

José Luis Trullo y Antonio Barnés (eds.)

# **PASADOS, PRESENTES Y FUTUROS DEL AFORISMO ESPAÑOL**

**Actas del Congreso Nacional de Aforismo  
(UCM, Madrid, 2022)**

**cypress**  
CULTURA

Apeadero de Aforistas

1ª ed., septiembre de 2022

Este libro se ha editado con una ayuda del Departamento de Literaturas Hispánicas y Bibliografía de la Universidad Complutense de Madrid, y recoge las intervenciones individuales realizadas en el curso del Congreso Nacional de Aforismo celebrado en la Facultad de Filología en Madrid, el 28 de marzo de 2022, bajo la dirección de José Luis Trullo y Antonio Barnés. Las mesas redondas y coloquios han quedado excluidos de la presente publicación, por su propia naturaleza.

Una publicación de:  
Cypress Cultura  
[www.cypress.com.es](http://www.cypress.com.es)

Con la colaboración de:  
Universidad Complutense de Madrid  
Apeadero de Aforistas

© de los textos, sus autores  
© Apeadero de Aforistas  
© Cypress Cultura

ISBN: 978-84-125200-8-8  
Depósito legal: SE 1242-2022

IMPRESO EN POLONIA

*Todos los derechos reservados a favor de los titulares de los derechos.  
Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización expresa por escrito de los editores.*

## ÍNDICE

7

*Nota de los editores*

9

*Gestar a los padres. Hacia una (re)construcción  
de la tradición aforística española*

Demetrio Fernández Muñoz

25

*Notas breves al nacimiento del aforismo en el siglo XVII*

Emilio Blanco

33

*Forjadores del aforismo español. Una tradición oculta*

Manuel Neila

39

*La edad dorada del aforismo español contemporáneo  
y su sentido filosófico*

Javier Recas

55

*Apuntes sobre el aforismo filosófico contemporáneo en España*

Mario Pérez Antolín

59

*Sobre filosofía y aforismo*

Emilio López Medina

63

*Entre dos aguas: aforismo y poema*

Álvaro Salvador

77

*Algunas marcas más en la piedra.*

*Dudas, anexos, novedades, remordimientos*

Aitor Francos

85

*Aforistas mesetarios de principios de siglo XXI*

Ricardo Virtanen

99

*Mujer y aforismo*

Carmen Canet

111

*Poderes y aportaciones del aforismo de inspiración cristiana*

Jesús Cotta

## **POST-SCRIPTUM**

125

*Prontuario de riesgos aforísticos*

José Luis Trullo

## **APÉNDICES**

129

Diccionario urgente de aforistas españoles del siglo XXI

149

Sumaria guía de lecturas del aforismo español en el siglo XXI

## NOTA DE LOS EDITORES

El aforismo español ha conocido, en el siglo XXI, una transformación que le ha llevado de la relativa clandestinidad a la primera página de la historia literaria. Este libro, correlato textual casi fiel del congreso homónimo celebrado en la Facultad de Filología de la Universidad Complutense de Madrid en marzo de 2022, es buena prueba de ello, pues se trata de la primera vez –se dice pronto– que se organizaba un evento de esta naturaleza en nuestro país. Como glosábamos los codirectores en su texto de presentación, “no obedece esta iniciativa al capricho o la arbitrariedad, sino que viene a coronar una trayectoria ascendente, compuesta por una inusitada proliferación de libros, colecciones, revistas digitales y eventos de todo tipo (premios, concursos, lecturas, encuentros, exposiciones, etc.) que han permitido poner sobre la mesa, no solo la vitalidad actual del género más breve, sino su vocación de permanencia y consolidación. El corolario de esta metamorfosis a la edad adulta ha sido la apertura del portal temático *Aforística Española Actual* en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, un hito al que ni el escéptico más recalcitrante podrá negarle su valor”.

Los contenidos reunidos en este libro abordan algunos aspectos esenciales de la evolución del género más breve en nuestro país en los últimos años, incidiendo en los aspectos de continuidad y permanencia frente a los más disruptivos y regeneradores. Es tiempo de consolidar una propuesta literaria que aún despierta suspicacias entre los más conspicuos de nuestros estudiosos; ya habrá tiempo de incidir en su dimensión más vanguardista (que la tiene, y muy acusada). Para ello, se ha invitado a los principales especialistas del país a realizar sus aportaciones, pero no siempre la respuesta ha sido positiva; téngase en cuenta a la hora de hacer balance de presencias y ausencias. En cualquier caso, los materiales reunidos aspiran a incitar a la prosecución en el ámbito de la investigación y la reflexión en torno al género. Esto no ha hecho más que empezar.

*José Luis Trullo y Antonio Barnés*  
*Sevilla, mayo de 2022*



## GESTAR A LOS PADRES

### Hacia una (re)construcción de la tradición aforística española

DEMETRIO FERNÁNDEZ MUÑOZ

Poner la historia del aforismo español (y me aventuraría a considerar el universal) negro sobre blanco no es tarea sencilla, ya que la tradición ha necesitado forjarse de un modo singular: no se construye, *stricto sensu*, o al menos en términos convencionales y absolutos.

Por lo pronto, con un simple rastreo superficial, pronto podemos percibir que lejos andaría el aforismo de afirmaciones del tipo *nomen est omen* (el nombre es la cosa), por lo que la recopilación del corpus no puede circunscribirse a criterios de detección puramente nominales. A pesar de que personalidades de la altura de Werner Helmich hayan establecido un *continuum* aglutinador a través de un uso metafórico del término<sup>1</sup>, el aforismo, al menos el aforismo tal y como lo entendemos hoy, no siempre (de hecho, casi nunca) se ha llamado aforismo, sino que lo ha hecho a partir de una confusión terminológica notable.

La evolución inmanente a través de diferentes campos del saber (de la medicina a la literatura, pasando por la política y la filosofía), la contaminación de formas breves vecinas o incluso los bautizos u olvidos particulares de cada aforista para sus textos, hace que haya aforismos tras una fórmula polinómica en la que se ha de atender a máximas, sentencias, adagios, apotegmas, proverbios... y también, por citar ejemplos conocidos por todos, centellas de Setantí, aflorismos de Castilla del Pino, sofismas de Vicente Núñez, aerolitos de Ory, nótulas de Cristóbal Serra, divinanzas de José Mateos, aforismas de Miguel Ángel Arcas, breverdades, de Manuel Neila, minimás de Carmen Camacho... Tal vez Marco Aurelio lo tuvo claro cuando tituló su libro de aforismos: *Tὰ εἰς ἑαυτόν*, cosas para sí mismo....

---

<sup>1</sup> Vid. W. Helmich, «L'aforisma come genere letterario», en G. Ruozi, (ed.), *Teoria e storia dell'aforisma*, Milán, Paravia Bruno Mondadori, 2004.

Sea como fuere, a lo largo del tiempo el aforismo se muestra y se esconde tras un maremágnum de nombres, me aventuraría a decir sin par, al menos en cantidad, con respecto al resto de géneros literarios.

Conclusiones de esto anterior: la verborragia y labilidad en la nomenclatura manifiesta una creatividad extrema, pero, al tiempo, una ausencia de originalidad (en el sentido etimológico, de raíz en el origen), de fijación del género a partir de una tradición propia. De hecho, no es absoluto, pero, con esta escurridiza nomenclatura, podríamos indicar que existe en la aforística un significativo desvío de la tradición a través de lo que podría concebirse como un autodio, un elitismo o una crisis identitaria (según se mire y según el caso) de los autores, a los que la palabra aforismo no les convence para denominar su texto, por lo que o acuden a otras o no saben a cuáles acudir o no acuden a ninguna. Ya he hecho mención de aquellos aforismos designados de forma personal por su aforista particular, lejos (creo), también hay que decir, de alejarse del todo de la tradición, pero deberíamos atender, por ejemplo, a aquellos aforistas que representan totalmente el caso contrario a la preocupación por la designación de su obra, aforistas cuyos textos han sido *anónimos*, hasta el punto de no considerarse siquiera su publicación y llegarnos, menos mal, como aforismos *post mortem*, y digo menos mal, porque sin estos textos, parte sustancial de la tradición estaría totalmente *perdida*. Baste como ejemplo la obra aforística de Lichtenberg.

No obstante, más allá de los nombres, creo que puede palparse la consanguineidad de una serie de textos breves en la historia de la literatura española que guardarían similitudes de construcción poética tanto en la forma como en el contenido, y que podrían llevarnos a concebir la existencia de una tradición aforística en nuestras letras. No han sido pocos los estudiosos que han visto en el aforismo en español un uso singular del ingenio respecto al de otras culturas. El ingenio hispánico supone un modo de inteligencia capaz de entremezclar parcelas contrapuestas que fructifican satisfactoriamente en un pensamiento anfíbio que acoge, de forma simultánea e inesperada, el chiste y el llanto, lo feo y lo bello, la profundidad y la levedad, el caos y el orden. Campoamor, Cernuda u Oliván, entre otros, perci-



bieron la “sobreexcitación nerviosa” y la “mezcla de llanto y risa”<sup>2</sup>, nota el primero; “el ingenio entre las cuatro esquinas de la realidad”<sup>3</sup>, dice el segundo; “el álgebra superior de las metáforas, el vértigo de las asociones sorprendentes”<sup>4</sup>, afirma el tercero.

Sin embargo, incido en la idea de que dicha tradición (del latín *tradere*: entregar), entendida como el trasvase directo que proporciona una generación mayor a una joven que la sucederá, ha constituido su decurso mediante el obstáculo o el silencio, hasta el punto de haberse fraguado a partir de corrientes y cauces que dificultosamente han surcado los tiempos y que, cuando lo han hecho, ha sido por vías alternativas y subalternas.

Sobresalen las cimas doradas de la historia del género (los siglos de oro o el primer tercio del siglo XX), pero antes, entre y después de esos períodos, ¿podemos hablar de una ligazón en el tiempo que determine propiamente una tradición aforística?

Pensé en darle voz a los silencios, cartografiar los valles que hay por debajo de las cimas, suturar la herida de una tradición a horcajadas con el fin de que pudiésemos establecer una cadena causal aforística en el tiempo: el hilo del collar donde engastar las perlas. Sin embargo, insisto en que no sé hasta qué punto los vacíos pueden rellenarse, al menos del modo en el que sucede, por lo general, con el resto de tradiciones textuales literarias. En consecuencia, sin desvincularme plenamente del objetivo marcado, he considerado llevar la reflexión un paso más allá, de manera que sí daremos un repaso panorámico a una hipotética tradición, pero también fundamentaremos su constitución a partir de una peculiaridad que la aforística le imprime a dicho proceso, ya que la *catena aurea*, el hilo de oro que entreteje y desenlaza sus cuentas, que traba imitaciones y enfrenta generaciones, que encara a Saturno con Crono, a Crono con Zeus, a Zeus

---

<sup>2</sup> R. de Campoamor, *Doloras y Humoradas*, Barcelona, Maucci, 1905; edición digitalizada en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes: <[http://www.cervantesvirtual.com/portales/ramon\\_de\\_campoamor/obra-visor-din/doloras-y-humoradas-0/html/ff0-e762a-82b1-11df-acc7-002185ce6064\\_8.html](http://www.cervantesvirtual.com/portales/ramon_de_campoamor/obra-visor-din/doloras-y-humoradas-0/html/ff0-e762a-82b1-11df-acc7-002185ce6064_8.html)> [consulta: 12 enero 2022].

<sup>3</sup> L. Cernuda, *Estudios sobre poesía española contemporánea*, Madrid, Guadarrama, 1972, p. 124.

<sup>4</sup> L. Oliván, «El fragmento poético: pensamiento y visión», *Poemad*, 7; <<http://poemad.com/el-fragmento-poetico-pensamiento-y-vision/>> [consulta: 14 noviembre 2014].

con... en el aforismo, si lo hay, es bastante sutil, por su transcurso intermitente, por su transmisión discontinua y por su proceso reversible. El caos de la tradición aforística española surca el tiempo por caminos de cabra (baste recordar el periplo de obras clave como la de Gracián), en virtud de lo cual podríamos llegar a afirmar que, de existir una linealidad en la aforística española, va de la mano de un cable de artificio. Hay pruebas objetivas de ello en la actualidad. Por ejemplo, en el “Cuestionario Chamfort” de la revista *El Aforista*, realizado a gran parte del elenco de aforistas españoles de hoy, ante la pregunta “¿Cuáles son tus aforistas de cabecera?”, la mayoría de los entrevistados denotan cierto desarraigo con la tradición hispánica al silenciarla o desconocerla, y al reconocer como influencias directas a autores comodín, y de pasados, pasados desfasados (diría) de la aforística universal (Nietzsche, Cioran, Canetti...). En otros géneros, ante la pregunta sobre las influencias, *otros gallos cantarían...*

De este modo, creo que a modo de superviviente anónimo es como llega el aforismo a nuestros días, a través de una tradición rota *inexistente*, a la que (y aquí reside la peculiaridad) el éxito del género en la actualidad quiere reconocerle, proporcionarle, aunque exógena en el método y en el proceso inversa, la voz que no tuvo, o no pudo tener.

Mi estudio *La lógica del fósforo. Claves de la aforística española*<sup>5</sup> centró parte de sus objetivos en rescatar (o fingir el rescate de) los eslabones de una tradición hispánica del género (cambiante, con sus más y sus menos, pero sin interrupción) hasta el esplendor de nuestros días. Con este como telón de fondo, de concha y de apuntador, a continuación daré un repaso sintético de lo que podría concebirse como una propuesta de historia esencial del aforismo español, centrándome (aunque sucintamente), sobre todo, en aquellos tramos oscuros, ángulos ciegos, puntos negros eclipsados por los períodos dorados, pero sin por ello desatender estos últimos del todo, ya que no quisiera romper lo que se pretende defender: una perspectiva diacrónica que saque a flote la línea de una tradición aforística española como tal.

---

<sup>5</sup> Sevilla, Thémata Editorial/Apeadero de Aforistas, 2020.

Sin embargo, antes de todo, quisiera notar que las orígenes de dicha tradición podrían traspasar (y de hecho traspasan) la frontera lingüística y el arco temporal de la literatura española. En general, lo hacen porque se encean en el exuberante terreno del protoaforismo clásico, en sus vertientes oriental, bíblica y, sobre todo, grecolatina, con autores de la tradición moral (Hesíodo, Epicuro, Menandro, Catón, Plutarco o Marco Aurelio), filosófica (Jenófanes, Heráclito o Epicteto) o científica (Hipócrates), que configuran una poética del género que, en no pocos de sus aspectos, es ya “moderna”. Y, en concreto, porque, al estilo de las interpretaciones dieciochescas, podemos establecer una conexión geográfica directa con clásicos particulares a través de un enfoque “hispanorromano” de nuestra historia literaria. Así, autores como Séneca o Marcial, romanos pero hispanos, pasarían a considerarse gérmenes *ante litteram* de la aforística, incluso de la literatura, española. El estilo sentencioso de uno y el epigrama personalizado del otro comienzan a perfilar una poética a partir de rasgos como la concisión extrema, la paradoja expresa, la sal humorística, el moralismo acidulado, el cuestionamiento de la *auctoritas*, la estructura en *fulmen in clausula*... un compendio de características que será el recetario del aforismo en lengua española posterior.

Y más adelante, ya en la Edad Media de nuestra literatura “romance”, “española”, el aforismo en español inicia el recorrido, recoge dicha poética y la vuelca, principalmente, en la corriente del *speculum principis*, de los consejos para los gobernantes. En estos tiempos, el aforismo cuenta con representantes como el Marqués de Santillana, en su *Centiloquio*, y los *Proverbios morales* del rabino Sem Tob de Carrión, quien nos dice que “[...] rrazon muy granada / se dize en pocos versos”<sup>6</sup>.

Pero, caso especial, en este periodo es Don Juan Manuel quien, en los poco (re)conocidos libros II, III y IV de *El Conde Lucanor*, constituye el máximo exponente del aforismo español medieval. Don Juan Manuel lleva al límite la *abbreviatio* y, sobre todo, avanza e incide en la senda de las posibilidades aforísticas al apologizar la duda

---

<sup>6</sup> Vid., Sem Tob de Carrión, *Proverbios morales*, ed. G. Álvarez, Salamanca, Anaya, 1970, p.181.

como fuente de conocimiento y de posicionamiento en el mundo: un claro anuncio del desbancamiento de la *auctoritas* que llevará a cabo el aforismo en períodos posteriores. “La dubda et la pregunta fazen llegar al omne a la verdat”<sup>7</sup>, nos propone Don Juan Manuel en el proverbio 23 del Libro III.

Así, justamente, en el período siguiente, en el Renacimiento, la *Floresta* de Melchor de Santa Cruz y *Los seiscientos apotegmas* de Juan Rufo recogen el testigo de esa duda y revolucionan la herencia medieval al insertarle, por un lado, un sesgo plenamente antiautoritario, y, por otro, el cariz expresivo del ingenio hispánico. Habrá duda, con parodia sobre la autoridad. El humor, los juegos alocados y frívolos de fonemas, los choques inesperados de las expectativas, incluso el propio desplazamiento o, más aún, la misma anulación de la pauta de autoridad, pueblan los aforismos de estos autores. Lejos de la seriedad doctrinal, Santa Cruz y Rufo escriben exclusivamente en función de la ingeniosidad, diluyendo totalmente la moralina. Del mensaje, importa sobre todo cómo se dice, no tanto quién lo dijo y ni siquiera qué se dijo. El cómo es el ingenio, y el ingenio es hispánico.

Siguiendo el curso de la tradición, sobre el siglo XVII, el Barroco, período cumbre, solo pretendo dar unas breves notas acerca de la peculiaridad del aforismo de estos tiempos. En esencia, en este momento el aforismo asume la facultad del ingenio, pero añadiéndole un nuevo giro que lo sublima y lo potencie, tanto literaria como filosóficamente, consiguiendo que resplandezca como nunca antes en una de las cumbres más doradas de su historia.

Por ejemplo, con la escuela tacitista (con Baltasar Álamos de Barrientos, Antonio Pérez o Joaquín Setantí) se cultivó el aforismo, ahora sí con ese nombre, dentro de los patrones de la *instructio principis*; sin embargo, se entendió que el género podía dar más de sí y aceptar estrategias poéticas para sus consejos (por ejemplo, “Sonrisas de reyes cortan más que filos de espadas afiladas”<sup>8</sup>, escribe Antonio Pérez), o incluso desvincularse totalmente de estos consejos para re-

---

<sup>7</sup> Don Juan Manuel, *El conde Lucanor*, ed. G. Serés, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2006, p. 78.

<sup>8</sup> A. Pérez, *Aforismos de las cartas y relaciones*, ed. A. Herrán Santiago & M. Santos López, Zaragoza, Larumbe, 2009, p. 41.

crearse en la escritura de aforismos plenamente poéticos, literarios, cercanos incluso a la greguería, para la que, dicho sea, tendremos que esperar 300 años aproximadamente (sirvan de ilustración los aforismos de Antonio Pérez, de nuevo, que suenan ya a siglo XX: “Raíz de la fe y del amor, el corazón”; “Vidrio, el cuerpo humano; tiene las mismas calidades”; o “El vino, leche de los viejos”).

También en el Barroco, la escuela conceptista, con autores como Cervantes, Quevedo y, sobre todo y sobre todos, con la figura clave de Gracián, llevó al aforismo a dar un salto cualitativo que rebasó toda la tradición previa. Entre el corpus conceptista, el *Oráculo manual y arte de prudencia* de Gracián resultó el hito para la historia aforística, no solo española, sino universal.

Más allá de la brevedad extrema (con ese aforismo que podemos recitar a coro), del cuestionamiento de la autoridad (“para el aprender es treta del discípulo contradecir al maestro”, nos dice), Gracián nos puede hacer hablar de aforismo moderno tanto por la estructura de la obra como por la forma de los textos, pero, sobre todo, por la sublimación del ingenio como categoría singular. Gracián va un paso más allá de los renacentistas. La ingeniosidad no está contemplada como simple recurso estético, sino como propiedad de la inteligencia que permite a cada ser humano construirse en cuanto individuo particular. Todo ello sin abandonar una dosis de humorismo, propia del ingenio hispánico. Escribe en su aforismo 79:

Genio genial. Si con templanza, prenda es, que no defecto: un grano de donosidad todo lo sazona. Los mayores hombres juegan también la pieza del donaire, que concilia con la gracia universal; pero guardando siempre los aires a la cordura, y haciendo la salva al decoro<sup>9</sup>.

Tras el Barroco, la aforística se sume en una decadencia de la que no despierta hasta el siglo XX. En el siglo XVIII, el estilo ilustrado, por cuestiones de poética interna, oponía taxativamente su dilatada cadena argumental a la ráfaga aforística. Y en el Romanticismo tampoco mejora la cuestión, a excepción de algunos cultivadores que abordaremos en un momento. Es un hecho, incluso en cifras, nos encontra-

---

<sup>9</sup> B. Gracián, *Obras completas*, Madrid, Cátedra, 2011, p. 122.

mos en el período de mayor sequía para el género: según Joan Verdegall, “entre 1750 y 1849 no existe aportación aforística”.<sup>10</sup>

De hecho, el aforismo, tal y como podríamos ubicarlo en una tradición que lo hermane con el de hoy, habría que buscarlo, como ha ido sucediendo, fuera de su nombre. Si quisiéramos observar ese hilo de oro literario, que había quedado en Gracián, tendríamos que acudir a figuras del tardorromanticismo como los poemarios de Augusto Ferrán o las *Humoradas* de Ramón de Campoamor. El primero retoma la tradición proverbial (que nos llevará a Machado y que nos venía de Sem Tob) a la que incluye una dosis significativa de romántica poeticidad y de densa compresión. El propio Bécquer percibió en el proverbio de Ferrán, y cito, “la chispa eléctrica”, “una sentencia profunda, encerrada en una forma concisa, sin más elevación que la que le presta la elevación del pensamiento que contiene”.<sup>11</sup>

Respecto al segundo, rescata conscientemente el perfil del ingenio hispánico, ese que “suele hacer reír con tristeza”, a través del prosaísmo yuxtapuesto, el humor agrio, el *fulmen in clausula* y la ideología discordante. De hecho, Campoamor se reconoce a sí mismo heredero de esta tradición, según declara en el prólogo de *Humoradas*, en el que encontramos también apologías aforísticas como las siguientes: “No hay nada sublime que no sea breve”; o “El transcendentalismo en el arte consiste en estas vistas a lo infinito que entreabren las frases cortas de algunos autores de arranques proféticos”.<sup>12</sup>

Avanzando en el tiempo, sobreviene otra de las reconocidas cimas del género: el primer tercio del siglo XX. Por mi parte, baste con señalar que nos encontramos ante un momento clave para la tradición aforística. Tiempo de grandes nombres: Palacio Valdés, Unamuno, Ramón y Cajal, Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Eugeni d’Ors, Gómez de la Serna, José Bergamín, Jardiel Poncela, Rafael Dieste, Max Aub, Juan Gil-Albert, entre otros, cada uno de ellos aporta su faceta personal. El aforismo se diversifica. Por ejemplo, Unamuno y Gil-Albert representan el aforismo introspectivo;

<sup>10</sup> J. Verdegall, «La evolución aforística francesa y su comparación con la española: recepción y traducción», *Trans*, 8 [2004], p. 123.

<sup>11</sup> A. Ferrán, *Obras completas*, Madrid, La España Moderna, 1890, p. 10.

<sup>12</sup> R. de Campoamor, *Doloras y Humoradas*, cit.

Antonio Machado y Max Aub encarnan el discrepante e irónico; Juan Ramón Jiménez y Rafael Dieste apuestan por el aforismo esencialista; Gómez de la Serna inyecta ingenio puro y humor a sus greguerías, un sesgo que compartirá Jardiel Poncela.

De entre todos los aforistas mencionados anteriormente, deberíamos destacar la figura de José Bergamín, quien profundiza en la literariedad del género hasta un nivel que no cede ante Gracián. Bergamín establece un complejo equilibrio ante la diversidad en su poética del aforismo: acoge en sus textos el humor y la apertura temática de Gómez de la Serna, los sublima con la estética esencialista de Juan Ramón, y los rebaja con la ética desmitificadora propia del ingenio hispánico, arma para Machado.

Durante la dictadura, la producción aforística descenderá en cifras y en calidad con respecto a tiempos previos. A finales de este período, una obra, a mi juicio, debe considerarse punto de inflexión para el posterior resurgimiento del género: *La dispersión*, de Eugenio Trías, conjunto de aforismos de corte nietzscheano, publicado en 1971, que prefigura la eclosión aforística a partir de 1980.

Después de esta fecha, la aforística va convirtiéndose, cada vez más, en un discurso recurrente y numeroso, tanto en la publicación de libros (baste acudir a las cifras que recogen Joaquín Verdegal, desde 1980 hasta 2000<sup>13</sup>, o José Ramón González, hasta 2013<sup>14</sup>, o a datos más actualizados), como en la nómina de autores, en la que concurren una generación *sénior*, una intermedia y una nutrida generación más joven, que no para de crecer, envejecer e incorporar vertiginosamente savia nueva.

Con esta catapulta de autores y de libros, cuya cresta de la ola todavía no ha mostrado su cénit, llegamos a este momento, el de ahora, un nuevo *floruit* aún *in media res*, al que podríamos calificar de extraordinario, de insólito con respecto a los otros dos del pasado (el de la primera mitad XVII y el del primer tercio del XX). Tres son los motivos.

<sup>13</sup> J. Verdegal, «La evolución aforística francesa y su comparación con la española: recepción y traducción», cit., p.129.

<sup>14</sup> J. R. González (ed.), *Pensar por lo breve. Aforística española de entresiglos. Antología (1980-2012)*, Gijón, Trea, 2013, p. 15.

En primer lugar, en este nuevo renacer, el aforismo, por fin, es literatura, se le reconozca el estatuto de literatura, o al menos cuenta con mayor predisposición a lo literario, con menos prejuicios. De hecho, me gustaría hacer notar que la literatura actual ha crecido, mejorado y ganado en calidad al incorporar al aforismo entre sus géneros. No es poca cosa. Todavía chirría a más de uno ver este género menor, “antipreceptivo”, entre las filas de la literatura, aun a sabiendas de que cumple tanto con sus requisitos internos (incluso puramente formalistas: ¿o un aforismo no produce desvío y extrañamiento?) como externos (baste señalar, por ejemplo, la entrada del género, de lleno, en el circuito de reconocimiento literario: el Premio Euskadi 2019 de literatura en castellano fue para un aforista, Ramón Eder, con un libro de aforismos, *Palmeras solitarias*). Todavía hay resquemor pero, insistimos, la aprensión tiende a la baja.

En segundo lugar, el aforismo actual se caracteriza por su inusual onda expansiva, una cantidad de corpus desmesurada sobre la que investigadoras como Erika Martínez ha fundamentado una serie de causas<sup>15</sup>. No obstante, dicha explosión conlleva sus peligros, ya que el (ab)uso desmedido termina por implantar en el panorama del género una *jornada de puertas abiertas* en la que el rasero, el criterio, el pase de la calidad se desdibuja. Paulo Gatica Cote nos advierte sobre ello: “Escribir breve se ha convertido en escribir formas breves sin reparar en que esta equivalencia conlleva confundir lo comunicativo con lo literario”.<sup>16</sup> Así, creo que, como podría dictar una norma aforística, deberíamos prevenirnos y aplicar la regla de que más no es mejor. Como he dicho, vivimos un tiempo de puertas abiertas para el aforismo, para lo bueno, pero también para lo malo. No pretendo ser inquisitorial, pero alerta con el karaoke del aforismo trivializado, con “la falsa moneda, que de mano en mano va...”.

---

<sup>15</sup> Vid., E. Martínez, «Añicos. El aforismo español de los siglos XX y XXI», en *Mercurio*, 137 (2012); <[http://www.revistamercurio.es/images/pdf/mercurio\\_137.pdf](http://www.revistamercurio.es/images/pdf/mercurio_137.pdf)> [consulta: 8 febrero 2014].

<sup>16</sup> P. Gatica Cote, «Añicos. El aforismo en la época de la retuiteabilidad» en *Quimera*, 422 (2019), p. 21.



En tercer lugar, es un hecho, en palabras de José Ramón González, el que “el aforismo está de moda o es un género de moda”.<sup>17</sup> De hecho, hasta la poesía da muestras de que tiende a aforizarse, o a pensar en libros aforizados, tal como puede ejemplificar *UniVersos*, publicado recientemente por Hiperión. Sin embargo, la moda puede no trivializarse y, en una parte sustancial, la aforística actual no se trivializa a sí misma, sino todo lo contrario. Más allá de la moda (y de que me parece también que se está pasando de moda afirmar la moda del aforismo, pues el aforismo sigue ahí, en la pasarela), me atrevería a decir que, de los diferentes *revival* de este género, podríamos estar hablando del ascua de oro a lo largo de su historia, una especie de año 0 en el que instalarse y reconocerse en una tradición, si no sumergida, pantanosa hasta el momento, como hemos venido anunciando. Me parece que, por primera vez, la aforística tiene una labor y una responsabilidad con el género, y hay multitud de hechos que respaldan esta ausencia de frivolidad, esta proyección de visibilidad.

Por ejemplo, es sabido por todos el compromiso (variable pero constante al cabo) de editoriales, que cuentan con colecciones exclusivas para el género, con publicaciones más o menos frecuentes; del mismo modo, la consagración que supone el *in crescendo* de las antologías, cuyos didácticos prólogos tanto ayudan a comprender el fenómeno; igualmente, la creación de premios literarios vinculados al género, como el pionero José Bergamín, al que se han sumado otros muchos de prestigio nacional y autonómico; o el interés en auge de la investigación por parte de concienzudos estudios de la mano de expertos como José Ramón González, Erika Martínez, José Luis Morante, Javier Recas, Manuel Neila, Carmen Camacho, Paulo Gatica Cote, entre otros y otras; o impensables hechos socioliterarios, nutridos a partir del propio aforismo, como eventos monográficos (caso de la Semana del Aforismo de Sevilla, celebrada en 2019, o el Congreso Nacional de Aforismo, en 2022 en Madrid), cursos de creación, exposiciones, o proyectos digitales como revistas (*El Aforista* o *Aforistas*) y asociaciones culturales (Apeadero de Aforistas), dedicadas íntegra e incansablemente al género. Cabe destacar que el medio

---

<sup>17</sup> J. R. González (ed.), *Pensar por lo breve. Aforística española de entresiglos. Antología (1980-2012)*, cit., p. 48.

digital protagoniza una empresa titánica de difusión a través de reseñas, entrevistas, promociones, publicaciones... A galope se suman las últimas conquistas, hasta el momento, de la divulgación del aforismo en español, rumbo incluso a su internacionalización: el portal de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes *Aforística Española Actual*.

Estos hechos, pero también previsiones, impresiones e intuiciones, permitirían sostener incluso cierta evolución en este *floruit* actual, de manera que el aforismo, en una primera fase, entre el 2000 y el 2015 aproximadamente, rompió la crisálida del *boom* editorial, pero en un segundo tramo, que llega hasta nuestros días, se ha lanzado a una nueva detonación del *boom* con mayor impacto en la esfera pública. Así, tras una primera fase de integración, compre(n)sión y consolidación del género, el aforismo, ahora, carga la maleta y se escapa de casa; sale a la calle, se abre al mundo, experimenta, se independiza, conquista y pierde terreno, se descontrola, se encuentra consigo y contra sí mismo: se autoexamina, hace balance. Hay, por tanto, una expansión descentralizada del fenómeno que (de)muestra los logros y los fiascos, las luces y las sombras, de este vorágine en la que convive una pluralidad desgobernada. Hay, por tanto, una metamorfosis que consiste en asumir la "publicidad" del aforismo.

Sin embargo, pese a estar en el ojo del huracán, disfrutar de ciertos aires de protagonismo y poder volar prácticamente solo, sorprendentemente, el aforismo de hoy no solo conserva los pies en la tierra, sino que es justo ahora, en pleno éxito, cuando demuestra voluntad de enraizarse, de reconocerse en una tradición, en un pasado, y de renegar de las famas de flores de un día, de los títulos de generación espontánea.

Como un hijo pródigo, el aforismo del siglo XXI se mira al ombligo y abre los brazos. Regresa. Así, los expertos actuales van rascando en la historia los descubrimientos del pasado, y, con ello, como dice Manuel Neila, conseguir "patentizar la presencia del género aforístico en el ámbito de las letras hispánicas, y de otra, poner de relieve el auge del mismo desde hace algunos años"<sup>18</sup>. Hoy se apuesta

---

<sup>18</sup> M. Neila, *La levedad y la gracia*, Sevilla, Renacimiento, 2016, p. 11.

por una tradición, no solo de la aforística universal, “presente en todas las épocas, culturas y tradiciones literarias”<sup>19</sup>, como nos hace saber Javier Recas, sino exclusiva de nuestras letras. Los testimonios de la crítica hablan por sí solos: “Existe en la literatura española una gran tradición en el cultivo del aforismo”<sup>20</sup>, afirman Regina Gutiérrez y Juana Pérez Romero; o anota el maestro José Ramón González: “no es un fenómeno nuevo y, con independencia de cualquier valoración subjetiva, es de justicia reconocer la existencia de una sólida tradición nacional que hunde sus raíces en las últimas décadas del siglo XIX y en las primeras del XX”. Para finalizar con la retahíla de citas, un testimonio sustancial sería el de Carmen Camacho, cuyo prólogo a la antología *Fuegos de palabras* es todo un ejemplo de este espíritu de recuperación tradicional del que venimos hablando. A este respecto, muchas de sus partes merecerían ser citadas, pero el tiempo manda y escogemos. Ella reclama directamente por “la vindicación del singularísimo y gran linaje del que los aforistas actuales se sienten (nos sentimos) herederos”<sup>21</sup>. Por mi parte, como he intentado defender, la tesis de *La lógica del fósforo* también se sumaría a esta línea de arraigamiento del género en su historia.

Soy consciente de que muchas veces la investigación corre el peligro de alejarse de la realidad a partir de su interpretación, pero no solo quienes nos dedicamos a investigar hacemos para esta empresa de recuperación histórica del aforismo. Así, sin tergiversaciones amparadas por la crítica, a pelo, también podríamos señalar con el dedo gestos de los propios aforistas actuales que, por sí solos, denotan una voluntad por establecer filiación con sus antecesores.

Por ejemplo, lo demuestran las editoriales, al constituir parte de sus catálogos con la reedición de clásicos. Así, La Isla de Siltolá reedita la obra de Juan Ramón; Apeadero de Aforistas, en coedición, la de Ángel Crespo, Camón Aznar o Dieste; Cuadernos del Vigía, la de

---

<sup>19</sup> J. Recas, *Relámpagos de lucidez: el arte del aforismo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2014, p. 22.

<sup>20</sup> R. Gutiérrez & J. Pérez, «El cultivo del aforismo en España», *AnMal*, XXXV, 1-2, (2012), p. 169. (en pdf). Última consulta: 14 de diciembre de 2021.

<sup>21</sup> C. Camacho, *Fuegos de palabras. El aforismo poético español de los siglos XX y XXI (1900-2014)*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2018, p. 72.

Bergamín (la no publicada de Bergamín, para más INRI); o Renacimiento, la de Machado, Eugeni d’Ors, Juan Gil-Albert, Cirlot, Ramón y Cajal, Jardiel Poncela... y otros tantos. O de forma más comprometida con el revuelo actual del género, si cabe, lo hacen las editoriales Apeadero de Aforistas en su colección “Sénior” o Libros del Aire en “Alto Aire”, al publicar antologías de aquellos aforistas *mayores*, que pasan a representar, salvando pero rescatando las distancias, el rol de clásicos en vida. En esta línea, las aforísticas de Dionisia García, Ramón Eder, Manuel Neila, Fernando Menéndez... cuentan ya con volúmenes recopilatorios de sus libros que dan cuenta de una obra consagrada al aforismo, merecedora de reconocimiento.

Sin embargo, más allá del *frío* pero necesario homenaje de las editoriales, podemos percibir estos gestos de hermandad incluso de forma más inmediata, más humana. De hecho, se están produciendo explícitas relaciones personales entre determinados aforistas de distintas generaciones, que parecen pasarse el relevo del género y, con ello, establecer una “historia” en común. Casos como los de Manuel Neila con Cristóbal Serra, José Ángel Cilleruelo con Rafael Pérez Estrada, Carmen Canet con Dionisia García o José Luis Trullo con Emilio López Medina, representan esta transmisión del testigo aforístico, el cual también ha dado sus frutos bibliográficos.

Existe, por tanto, una voluntad de los aforistas por establecer lazos, relacionarse, *familiarizarse*. Con apuestas de todo tipo: abundan los contactos directos *in praesentia*, como los ya apuntados, y otros que están en camino, pero también las deixis fantasmagóricas, con largos puentes hacia aforistas de un pasado remoto, tal como demuestran obras que, *ex profeso*, dialogan con el mundo clásico (*Meandros* de José Luis Trullo y Ander Mayora lo hacen con Heráclito, o Fernando Menéndez con los trágicos griegos en *Los sueños de las sombras*); o incluso con puentes artificiales en busca de padres putativos, que, en origen, son ajenos al propio aforismo (tal como hace Enrique García-Máiquez con las extracciones en la obra poética de Luis Rosales; Carmen Canet con la obra de Luis García Montero; o, de forma más general, algunos volúmenes de la extinta colección “Aforismos” de Edhasa).

Sea como fuere, tras una tradición huérfana, de toda clase y condición, se buscan aforistas. “La diversidad irradia tradición”<sup>22</sup>, afirma José Luis Morante, y la tradición se convierte, pues, en un bumerán recolector, en un casco de minero con el que escarbar y encarar un futuro esperanzador. Así lo contemplan especialistas como Carmen Camacho, quien le augura al aforismo “caminos prometedores”<sup>23</sup>, o Javier Sánchez Menéndez, al afirmar que “todo cuanto se ha escrito sobre el género breve camina por una senda cierta, real y generosa, porque el aforismo merece esa grandeza y precisa, para su reconocimiento, aún más dedicación”.<sup>24</sup>

En conclusión, es un hecho que el aforismo actual está cobrando fuerza como discurso literario, y que está desarrollándose una voluntad por (re)construir la historia del género para sostener y afianzar su presente en causas fundamentadas de su pasado. Por ahora, este regreso tradicional descubre, sobre todo, la aforística del siglo XX. No obstante, tal como he pretendido demostrar en esta intervención, una vez sacado a flote el siglo pasado, creo que sería posible y debería “avanzarse” en el rastreo hasta encontrar la aforística hispánica previa con la que poder continuar con la reconstrucción de esta tradición oculta. La utopía residiría en que un aforista actual llegue a concebir la pertenencia al género, el modelo y la hermandad de autores como Gracián, Setantí, Antonio Pérez, Don Juan Manuel, Rufo, Ferrán, Campoamor... por citar algunos nombres del pasado aforístico español que he ido mencionando.

Con el resto de géneros, la tradición no extraña. Se asume que se asentó y que se ha perpetuado de forma lineal, progresiva, acumulativa e irrevocable. En cambio, de forma singular, (*des*)aparece la tradición aforística, como rastro de huellas borradas. Surge en la aforística una necesidad de gestar a los padres, de reconocerse abiertamente en una genealogía literaria común, en la que los enanos del presente parecen querer subir a sus hombros a los gigantes del pasado para mirar un poco más allá. Reacios a la *querelle*, al debate/

<sup>22</sup> J. L. Morante, *11 aforistas a contrapié*, Mérida, Liliputienses, 2020, p. 11.

<sup>23</sup> C. Camacho, *Fuegos de palabras. El aforismo poético español de los siglos XX y XXI (1900-2014)*, cit., p. 72.

<sup>24</sup> J. Sánchez Menéndez, *Para una teoría del aforismo*, Gijón, Trea, 2020, p. 52.

discusión entre antiguos y modernos, los aforistas no reconstruyen, sino que plantan su árbol genealógico, porque sienten y saben que un árbol necesita de su raíz para mantenerse en pie, y que su raíz se la arrancaron. Para ello, se están tomando muy en serio la tarea de intentar responder a la siguiente pregunta (casi un aforismo) de Freud: “¿A dónde va un pensamiento cuando es olvidado?”. Yo respondería que a ninguna parte, que se pierde, incluso que deja de existir. Así que, en este caso para el aforismo, pero todos sabemos que no solo para el aforismo: tengamos, hagamos memoria, fragua del único metal que nos sostiene.

## NOTAS BREVES AL NACIMIENTO DEL AFORISMO EN EL SIGLO XVII

EMILIO BLANCO

Se atribuye a un famoso torero, y antes al Príncipe de Talleyrand, la frase “Lo que no puede ser, no puede ser, y además es imposible”. El famoso dicho viene bien para explicar la imposibilidad de abordar seriamente, en tan corto espacio, el estudio del aforismo en el siglo XVII, por cuanto la cuestión requiere varias aproximaciones previas, al ser este periodo el momento de nacimiento de esta nueva forma literaria y filosófica. Dividiré, pues, tan breve presentación en dos apartados, tendentes a explicar (demostrar será imposible) el proceso de agotamiento de otros géneros breves lapidarios a lo largo del siglo XVI, en primer lugar, lo que permitirá el surgimiento del género en España a comienzos del siglo XVII, para finalizar. A cambio del escamoteo de datos cruciales y parte de la argumentación<sup>25</sup>, se puede recordar el aforismo 105 del *Oráculo manual* de Baltasar Gracián, que señalaba aquello de que lo bueno breve era dos veces bueno, pero cuya continuación –no se olvide– rezaba así: “y aun lo malo, si poco, no tan malo”.

### **Agotamiento de las formas clásicas breves durante el siglo XVI: ejemplos y sentencias**

Cualquier lector, desde la filosofía griega y la Biblia hacia acá, sabe de la existencia de toda una serie de productos sentenciosos que han informado el pensamiento y la literatura del hombre occidental. A partir del siglo XIII, tras el conocido como renacimiento del siglo an-

---

<sup>25</sup> La brevedad de esta contribución impide la construcción de un aparato de notas *comme il faut*. Remito al lector interesado a dos trabajos previos que desarrollan por extenso y con las referencias ordenadas y completas las tesis aquí defendidas: Emilio Blanco, "Del dicho al hecho, o la invalidez del ejemplo: el caso de Gracián", *Dicenda. Cuadernos de Filología Hispánica*, 24 (2006), pp. 47-60; del mismo, véase el prólogo a Joaquín Setantí, *Centellas de varios conceptos*, ed. de Emilio Blanco, Palma de Mallorca: José J. de Olañeta y Edicions de la Universitat de les Illes Balears (Medio Maravedí, 11), 2006.

terior, puede atestiguar una floración de ejemplos narrados tanto en la cuentística como en la predicación medieval, y no es menos cierto que el humanismo de los siglos XV y XVI se deleitó en repetir algunos de estos relatos para instruir a ese nuevo público lector surgido con la imprenta. Sucederá algo parecido con las sentencias, otro microgénero bien familiar al lector occidental, desde los orígenes griegos y bíblicos citados hasta el mismo Renacimiento e incluso hasta hoy. Hasta donde alcanzo, la forma ejemplar recibió distintas denominaciones, pero también el campo semántico de la sentencia se materializó en distintos significantes: sentencias, máximas, dichos, castigos... Nadie utilizó, sin embargo, la voz *aforismo* antes del siglo XVII. O sí, pero con un sentido bien distinto al que nos ocupa ahora: el aforismo era un género científico, concretamente médico, que buscaba una finalidad completamente distinta de la del producto sentencioso. Es importante recordar, en este sentido, que el mayor filólogo del Renacimiento, Erasmo de Rotterdam, no emplea una sola vez la voz aforismo en el texto liminar de sus *Adagia*, cuando distingue las diferentes formas breves comunes en la época. Tampoco lo hace un coetáneo español, su amigo Juan Luis Vives, en la *Introducción a la sabiduría*: han sido los traductores modernos, traidores al original al fin y al cabo (como recuerda la conocida paronomasia italiana), quienes han recurrido a la voz “aforismo” para verter el término al castellano en su loable afán por evitar la repetición de la única forma léxica que aparece en esos textos latinos: *sententia*. Ni el holandés ni el valenciano recurrieron a ese término por la sencilla razón de que no existía por aquel entonces con el significado sentencioso que tendrá a partir del siglo XVII: basta consultar los diccionarios de la época, con el Calepino a la cabeza, para corroborar que la voz no existía, puesto que no la recogen los lexicógrafos de la época, como tampoco dieron cuenta de ella los autores de todas las enciclopedias renacentistas del saber llamadas *polyantheas*: ni Nanius Mirabellius, ni Joseph Langius, ni Beyerlinck se acordaron del género en sus libros. Y basta, igualmente, una consulta al CORDE de la Academia para corroborar que, antes de la década de 1590, ni un solo autor emplea la voz, tampoco en castellano, para referirse a otra cosa que no sean los textículos recogidos en el famoso librito clásico de Hipócrates (consulta hecha el 6 de marzo de 2022).



### *El nacimiento del aforismo en Europa (y España)*

Veamos ahora la posible causa del nacimiento del aforismo hacia finales del siglo XVI y sin duda a comienzos de la centuria siguiente. Un gran teórico de la literatura, el poeta Horacio, nos enseñó que las cosas repetidas gustan (“bis repetita placent”). Nuestros antepasados medievales, sabedores de que eran hombres enanos subidos a hombros de los gigantes que los precedieron, se tomaron al pie de la letra el *dictum* horaciano, al igual que sus herederos, los humanistas de fines del XV y de comienzos del siglo XVI. Tal vez por ello, repitieron con fruición y aplicación en sus textos los cuentecillos ejemplares procedentes de la Edad Media, así como las sentencias célebres procedentes de la Antigüedad. Y si es cierto que las cosas repetidas agradan, no lo es menos que todo tiene un límite, y que la repetición indiscriminada acaba por empalagar y aburrir al público. A lo largo del siglo XVI, el viejo “cognitum est omnibus” dejó de ser un tópico literario fructífero para convertirse en una rémora textual. Esto se ve primero en Italia, un país siempre más espabilado en términos literarios, desde los romanos hasta Maquiavelo al menos, y más tarde en España. No hay lugar aquí para antologar la batería de censuras objetivables en ambas penínsulas (primero allí que aquí, sin duda), pero su existencia demuestra a todas luces el aburrimiento, la caída de su efectividad, tanto en el ámbito estrictamente literario como en su aplicación moral. Valga un solo caso: “No se ha de obrar de ejemplo, por faltar siempre algunas de las circunstancias”, sentenciará Baltasar Gracián en su *Arte de Ingenio* de 1642. En el tratado teórico del jesuita cristaliza una desconfianza hacia el género sentencioso y ejemplar que se había ido larvando en un amplio número de textos en prosa italianos y españoles durante los cien años anteriores.

Asumiendo, pues, que es cierto que algunos autores y lectores rechazaban los viejos productos sentenciosos, las posibilidades eran dos: o bien renunciar a su uso, o bien acuñar una forma nueva, una variante, que cubriese las expectativas del desequilibrado y atormentado hombre barroco. Aquí nos encontramos con un problema de terminología y lexicografía: si aceptamos, con Umberto Eco, que nada salvo la brevedad distingue el aforismo de la sentencia y de la máxima, tendremos un problema, pues podremos llamar de forma in-

distinta las sentencias del Renacimiento y los aforismos del Barroco. Y basta leer los cientos de libros recopilatorios de sentencias publicados entre 1475 y 1700 y las decenas de gavillas de aforismos del siglo XVII para apercibirse de las evidentes diferencias entre ambos.

El origen de la nueva moda aforística se remonta, ya se ha dicho, a la Italia renacentista, pero la teoría no llegará hasta comienzos del siglo XVII, y lo hará de forma paralela fuera de la tierra del Petrarca, tanto en Inglaterra como en España. Es bien sabido que el filósofo inglés Francis Bacon se planteó reorganizar el método del estudio científico en su obra *El avance del saber*: es allí, en 1605, en el libro I, donde se plantea la diferencia entre sistemas de pensamiento abiertos y cerrados. Y señala que la reducción del conocimiento a artes y métodos encierra el saber, mientras que si se asedia a este mediante aforismos y observaciones, “está en tiempo de crecimiento”. Frente a la forma estática de ejemplos y sentencias, recogidas desde hace siglos en todo tipo de centones y empleadas como argumento en cientos de textos, la forma abierta del aforismo faculta para ir un punto más allá. Esto no es una ocurrencia puntual en el tratado del londinense: es más bien una recurrencia, pues en el libro XIV vuelve a la distinción de forma mucho más clara:

Otra división del método, de gran consecuencia, es la que se refiere a la transmisión del conocimiento en aforismos o de manera sistemática: a propósito de lo cual podemos observar que ha habido demasiada costumbre de, a partir de unos cuantos axiomas u observaciones acerca de cualquier tema, construir un arte solemne y formal, rellenándolo con algunos discursos, ilustrándolo con ejemplos y refundiéndolo todo en forma de sistema; pero la escritura en aforismos tiene muchas virtudes excelentes, a las cuales no alcanza la escritura sistemática.

La consecuencia de la afirmación anterior es evidente: a diferencia de ejemplos y sentencias, que son de fácil aplicación para cualquier autor, el aforismo pone a prueba al escritor, al revelar al lector si es superficial o profundo. Los aforismos solo se pueden hacer con el meollo y la médula de las ciencias, pero no caben en ellos –asegura Bacon– “ni el discurso ilustrativo, ni las enumeraciones de ejemplos, ni el discurso de conexión y orden, ni las descripciones de práctica, de suerte que no queda otra cosa con que llenar el aforismo más que

una buena dosis de observación”. Con tan sencillas palabras, Bacon ha expulsado toda la literatura del sistema científico, tanto como construcción general del texto cuanto como argamasa que encierra los géneros breves anteriores considerados hasta entonces probatorios: las sentencias y los ejemplos, sobre todo porque estos últimos invitan a asentir o a creer, pero no estimulan la acción. En tercer lugar, en fin, el aforismo es abierto e invita a seguir investigando, frente a la sentencia, forma cerrada, que tiende a aquietar el espíritu al hacerle creer que ha llegado a término.

Bacon se plantea también todo esto en términos históricos, y ya no le sirven como modelos los grandes historiadores de la antigüedad clásica que tanto habían gustado durante el Renacimiento. A Bacon no le valen, para avanzar en el saber, Salustio o Plutarco, a buen seguro por su carácter cerrado: recordemos que el traductor al castellano de este último acentuaba el valor del de Queronea porque junto al relato histórico ofrecía también la doctrina, esto es, las conclusiones que había que extraer de esos hechos históricos. Eran autores asociados a sistemas cerrados, que no permitían ir más allá de lo que ellos aseguraban en sus textos. Sin duda por ello, Bacon prefiere otro escritor latino, historiador responsable de unos *Anales*, Tácito, porque –asegura– incluye “las circunstancias de tiempos, motivaciones y ocasiones”. Circunstancia, tiempo, motivación, ocasión... Son los conceptos claves del hombre barroco, como sabemos.

Y el filósofo anglosajón no será el único en defender tesis parecidas: en España varios funcionarios del gobierno o escritores políticos van a avanzar tesis bien similares a las de Bacon. Me refiero ahora, claro es, a Baltasar Álamos de Barrientos y su *Tácito español ilustrado con aforismos*, verdadera piedra angular del género, no tanto por emplear ya la voz en cuestión y por extraer o “sacar” los fragmentos del texto latino, cuanto porque los paratextos liminares que anteceden a este libro de 1614 (aunque redactado seguramente en la última década del siglo XVI) suscriben las ideas del Verulano.

Los textos preliminares de Álamos de Barrientos dejan claro que, a finales del siglo XVI, existía en España un amplio número de denominaciones para estos géneros breves sentenciosos: preceptos, reglas, avisos, advertimientos, conclusiones, advertencias, principios, apuntamientos, doctrinas... Con esos nombres –todos ellos tradicio-

nales y ya empleados anteriormente por otros escritores— se refiere el autor al nuevo género, que terminará por llamar aforismos:

Y estas proposiciones generales he llamado Aforismos, que los derechos llaman reglas: “Que es una cosa que brevemente nos dibuxa y declara aquello que se pretende enseñar”, sirve para más fácil memoria dellos, y para más universal aplicación a los casos que suceden, y a las consultas y dudas que se han de resolver.

La explicación es clarísima e indica a todas luces por dónde van los tiros. Son también formas breves, de fácil recuerdo y, atención, de aplicación universal para las consultas y dudas que se planteen. Los fragmentos extraídos, sacados, de la obra de Tácito tendrán una utilidad evidente al poder orientar el comportamiento de los hombres, y especialmente de los gobernantes, pero ya no desde el ámbito de la filosofía moral, como lo habían querido los humanistas y otros autores religiosos de la centuria anterior. Se trata ahora del establecimiento de un sistema científico para el gobierno político:

¿No es ciencia esto, sin la qual todas las demás ciencias, artes y oficios serían inútiles, sin uso o sin provecho? ¿No tiene maestros y reglas, y principios generales y comunes a todos, y de donde se deriven los sucessos y juicios particulares? Por cierto sí es, que en cosa tan excelente no se avía de proceder a caso. Ciencia es la del gobierno y su Estado [...] Ciencia, pues, será esta, que nos enseñará a proceder en la vida, y casos della, y sus pronósticos y remedios.

Resumamos, pues, lo observado hasta ahora: tenemos un género nuevo, que va a sustituir a la sentencia clásica, que se movía en el ámbito de la filosofía moral, una esfera de comportamiento humano que servía para cualquier hombre y, por ende, también para el gobernante en tanto que ser humano. Ese género nuevo se llamará aforismo para diferenciarse de todo lo anterior, pues no son sentencias clásicas adscritas al campo de la filosofía moral, sino que se presentan como productos científicos encaminados a regular el comportamiento del gobernante, en principio. Frente a la validez universal de máximas y sentencias, el aforismo se pliega a la circunstancia, a la ocasión. ¿Cómo se ha producido esa diferencia?

Esto es algo que explica otro de los intervinientes en la aprobación del libro, el licenciado Antonio de Covarrubias. El toledano (casi veinte años antes de la publicación efectiva del volumen y tiempo antes, pues, que Francis Bacon) ya señalaba la utilidad de los fragmentos tacitistas tanto para hombres que gobiernan y tratan grandes estados como para los que en ellos son gobernados, levantaba acta de la nueva denominación, “aforismo”, e indicaba la utilidad general hacia el futuro de estos fragmentos, a diferencia de las sentencias, que nos llevaban hacia atrás siempre. Lo más importante, con todo, es que el toledano supo apreciar el avance gnoseológico que suponía el nuevo género, al establecer tres tipos:

... ay tres diferencias dellos. Vnos son que assí como están se pueden seguir. Otros, que assí como están, se deven huir. Otros, que es menester añadiendo, o quitando o mudando, ajustarlos con los casos y circunstancias diferentes que se ofrecerán en lo presente [...]. Que en esta parte de ciencia moral, pública o particular, no ay regla general segura; y que no requiera prudencia particular en las ocasiones (p. 16).

Ni que decir tiene que el último subgénero se adapta como un guante a la moral de acomodación que más adelante postularán otros autores de aforismos como Joaquín Setantí, Baltasar Gracián y tantos otros. Los dos primeros tipos corresponden con la sentencia o con la máxima, de validez y aplicación universal tanto en su sentido positivo (haz esto) como en el negativo (no hagas esto). Pero ambas se quedan pequeñas en un mundo en crisis que requiere diferentes soluciones ante un mismo problema en distintas ocasiones. De ahí la utilidad de la última variante, la que se distingue realmente de máximas y sentencias. Covarrubias notó bien, pues, que junto al molde tradicional de la sentencia, en los fragmentos recogidos por Álamos de Barrientos alentaba también una forma que no tenía un sentido único, sino que su entendimiento y puesta en práctica pasaba por un doble prisma: el del lector (pues unos interpretarían y resolverían de forma distinta a otros) y el de la circunstancia (que podría llevar incluso a un mismo lector a entender el aforismo de distinto modo y a actuar de distinta manera en función de la ocasión). El tercer tipo de la taxonomía de Covarrubias no tiene nada que ver con la sentencia, de cu-

ño medieval y tan exprimida por los humanistas, que solo tenía una lectura y que incitaba a obrar en un sentido u otro sin ambigüedades.

Así nace el aforismo en España, en paralelo a lo que sucede en otros países europeos, pues tanto en Francia como en Italia distintos autores de libros políticos habían recurrido a la voz latina *aphorismi* para denominar este tipo de textos, impresos siempre a partir de al menos 1610. Lo cierto es que, en suelo patrio, desde 1614, la voz aforismo quedará especializada para este tipo de sentencias de contenido político y de aplicación a los sistemas de gobierno, en la estela tacitista al no poder citarse a Maquiavelo, un autor prohibido. Podría decirse que la palabra aforismo, en el título de un libro, permitía identificar autores progresistas, defensores de una ciencia política objetiva y moderna, frente a los autores religiosos, defensores de las posturas políticas más tradicionales, que intitulaban sus volúmenes con denominaciones clásicas como sentencias, avisos, advertencias, proverbios...

El género aforístico, pues, nace en España –como en el resto de Europa– con una clara vocación innovadora frente al pensamiento tradicional moral y político, con un carácter científico o protocientífico, si se quiere (por esa razón precisamente acuden al marbete hipocrático frente al resto de denominaciones), y como un género breve que sustituye a los viejos tratados infolio *de regimine principum* de fines de la Edad Media y del Renacimiento, porque estos autores de libros de aforismos, cercanos todos ellos a la esfera del poder, saben de la escasez de tiempo del gobernante.

Desde bien pronto, sin embargo, algunos autores (y no pocos lectores, como el citado Covarrubias) se apercebieron de que la utilidad de estas píldoras de pensamiento podían tener una aplicación al hombre en general, no solo para el gobierno de los otros, sino también para el de uno mismo: Joaquín Setantí, quien publica el mismo año 1614 una colección de aforismos que tanto pueden valer para el gobernante local como para el hombre en general, los llamará *Centellas de varios conceptos*, término este –centellas– en el que la multivalencia del producto es evidente. Y tres décadas más tarde, un jesuita aragonés, Baltasar Gracián, ofrecerá al lector de su *Oráculo manual* un “epítome de aciertos del vivir” –ya no del gobernar–. Pero esa es otra parte de la historia.

# FORJADORES DEL AFORISMO ESPAÑOL

## *Una tradición oculta*

MANUEL NEILA

I. El aforismo es una forma de expresión secular que aparece, con una denominación u otra, en todas las culturas conocidas, tanto orientales como occidentales, y reaparece sensiblemente transformada en las literaturas de los dos últimos siglos, desde el Romanticismo hasta nuestros días. En tanto que expresión *secular*, se inscribe en el horizonte de significación de la “dictadología tópica”, revisada y actualizada hace unas décadas por Camilo José Cela, entre el grupo de las paremias, vale decir, entre los dictados sentenciosos de origen popular (refrán, adagio, proverbio) y los enunciados apodícticos de procedencia culta (apoteagma, sentencia, máxima). En cuanto que modalidad expresiva *moderna*, se sitúa en el horizonte de referencia de la “escritura fragmentaria”, teorizada y puesta al día por Maurice Blanchot en los años sesenta del siglo pasado. Ahora bien, el tiempo de la dictadología tópica ha pasado. Con el tránsito de las sociedades rurales a las sociedades urbanas, sus fuentes naturales se han secado y sus medios de influencia se han reducido. Solo el aforismo ha sabido adaptarse a los usos, costumbres y necesidades de nuestro tiempo, vertiginoso y áspero, y de nuestro mundo, urbano y teledirigido.

II. Los estudiosos y lectores de la escritura aforística suelen coincidir en la dificultad que entraña definir el término “aforismo”. Para Umberto Eco, el aforismo es una de las cosas más difíciles de definir. George Steiner insiste en la misma idea. Una de las causas de esa dificultad radica en los cambios que ha sufrido dicha forma expresiva, esa suerte de dicho o *pliegue verbal* de origen *culto*, carácter *autónimo* y expresión *logo-mítica*, con el paso del tiempo y las costumbres. Al hilo del *despliegue* o de la continuidad de la escritura aforística, no es difícil observar diferentes *repliegues* o discontinuidades en función de las sucesivas tradiciones o constelaciones semánticas en que aparece. En las culturas antiguas, tanto orientales como occidentales, la escritura aforística fue la forma preferida por la “tradición sapiencial”, de impronta claramente *sagrada*. Cuando esta suer-

te de pliegue verbal aparece en la “constelación de las paremias” tradicionales, suele diferenciarse en función de su origen *culto*. Los románticos alemanes, por su parte, lo sitúan en la “constelación de los fragmentos” y, andando el tiempo, se destaca el carácter decididamente *autónomo* del mismo, frente a los restos, las notas y los fragmentos propiamente dichos. Desde hace algunas décadas, la crítica posmoderna lo incluye en la “constelación de las formas breves”, junto al micro-poema, micro-relato, micro-ensayo, etcétera, y con frecuencia se subraya su carácter metafórico o literario.

III. En el ensayo titulado “José Bergamín en aforismos” (1936), Pedro Salinas aludía a algo como un cansancio de las dimensiones normales, una busca de velocidades y ritmos que se apartaran del siglo XIX. Ese anhelo –afirma– se ha expresado por dos caminos: uno de ellos, lo hipertrófico, el desmesurado extenderse de una obra artística, como en el caso de Proust, Joyce, entre otros. La contraria es la fragmentación del pensamiento, el “quintaesencialismo”, la ambición de la brevedad y de la concisión para reforzar los efectos. Pocos años más tarde, en el conocido ensayo “El signo de la literatura española del siglo XX” (1940), se refiere a un curioso fenómeno acaecido en la prosa española y europea de los últimos años: «Es la desintegración de sus formas discursivas, su fragmentación, a veces atomística, de la que resultan esas variantes del mismo hecho llamadas *glosas*, de Eugenio d’Ors; aforismos, de José Bergamín, y *greguerías*, de Ramón Gómez de la Serna». Hoy podemos decir sin miedo a equivocarnos que, a partir de las vanguardias históricas del siglo pasado, con el paso definitivo de la sociedad burguesa a la sociedad de masas, adquieren carta de naturaleza las formas breves en cualquiera de sus manifestaciones (micro-poemas, micro-relatos, micro-ensayos), entre las que se sitúa, desde entonces, el aforismo contemporáneo.

IV. Juan Ramón Jiménez fue, si no el primero, uno de los primeros forjadores del género aforístico contemporáneo en España. En una nota de 1949, que se encuentra en la Sala Zenobia-Juan Ramón de la Universidad de Puerto Rico, el poeta de Moguer se extraña de que el aforismo, tan popular en España bajo la forma de refranes y sentencias, y tan frecuente en la escritura de algunos clásicos españoles,



«no sea semilla propia de más escritores españoles contemporáneos, como lo ha sido y lo sigue siendo en la escritura jeneral europea». Al mismo tiempo, declara haberlo cultivado desde sus diecinueve años, o sea, desde principios de siglo, y reclama «la satisfacción disgustosa de escitarlo de diferente manera en la escritura española contemporánea». De este juicio se desprende, por una parte, la *primacía* del aforismo tradicional en España, asimilado a la categoría de las paremias, y por otra, la *precariedad* del aforismo moderno, vinculado desde el Romanticismo a la escritura fragmentaria. El hecho de que reclame su papel de difusor del género entre los coetáneos viene a indicar que el poeta era consciente de la emergencia del aforismo durante los años de entreguerras; pero no alcanzó a imaginar la pujanza que iba a alcanzar en las sucesivas generaciones de posguerra. Tampoco reparó en los dos únicos precedentes decimonónicos con que contamos, hasta donde llegan mis indagaciones: Manuel del Palacio y Santiago Ramón y Cajal, en la mejor tradición del aforismo sentencioso, apodíctico y disciplinario.

V. Estaba en su derecho Juan Ramón Jiménez al considerarse excitador del aforismo en la escritura española contemporánea. Respecto a su magisterio, huelga decir que la mayor parte de los coetáneos del poeta escribieron “a la sombra de Jiménez”, como reconocería Rafael Alberti, y así hasta nosotros. Ahora bien, no podemos olvidar la figura señera de Ramón Gómez de la Serna, el otro gran incitador de la escritura aforística, cuyas “greguerías” contaron con una legión de imitadores, y así hasta nuestros días. Comoquiera que sea, ambos contribuyeron en buena medida a la transvaloración del aforismo tradicional o sentencioso en dirección del aforismo moderno o literario durante las primeras décadas del siglo pasado. El caudal de voces aforísticas tradicionales no tardó en incrementarse con las de la generación noventayochista (Miguel de Unamuno, Jacinto Benavente, Antonio Machado) y otras más de la generación novecentista (Rafael Barret, Álvaro de Albornoz, Eugenio d’Ors).

VI. Acierta parcialmente Juan Ramón Jiménez al lamentar que el aforismo español «no sea semilla propia de más escritores españoles contemporáneos, como lo ha sido y lo sigue siendo en la escritura je-

neral europea». Durante el periodo de entreguerras, la precariedad del género aforístico comienza a remitir de manera considerable, estimulada en buena medida por el ejemplo tanto de él mismo como de Ramón Gómez de la Serna, lo que se deja sentir lo mismo entre los integrantes de la generación de 27 como entre los correspondientes a la generación del 36. Entre los primeros, podemos encontrar, junto a seguidores del primero (Rafael Porlán, Rafael Dieste) y afectos al segundo (Enrique Jardiel Poncela), aforistas principales (José Bergamín, Ramón J. Sender) y aforistas personales (José Camón Aznar, Max Aub). Algo parecido podría decirse de la generación del 36; aunque, en este caso, el número de cultores es sensiblemente menor: desde Juan Gil-Albert hasta Juan Eduardo Cirlot, pasado por Tomás Seral y Casas, Miguel Hernández y Gloria Fuertes.

VII. Si los escritores de principios de siglo iniciaron la renovación del género aforístico y los de entreguerras le imprimieron cierta actualidad, con las generaciones de posguerra da comienzo la verdadera normalización del género. El incremento del número de practicantes y la probidad de sus obras no dejan lugar a dudas. Entre los escritores pertenecientes a la generación del cincuenta, los nacidos entre 1920 y 1935, practicaron la escritura aforística los siguientes: Joan Fuster, Carlos Castilla del Pino, Cristóbal Serra, Carlos Edmundo de Ory, Ángel Crespo, Vicente Núñez, Luciano Castañón, Rafael Sánchez Ferlosio, José Ángel Valente, Dionisia García, María Asunción Echagüe y Rafael Pérez Estrada. La generación del sesenta y ocho, los escritores nacidos entre 1936 y 1950, duplica la nómina, en la que se incluyen: Carlos Pujol, Francisco Álvarez Velasco, Guillermo Puerto, Eugenio Trías, Vicente Verdú, Andrés Ortiz-Osés, Emilio López Medina, José Luis Cuerda, Ángel Guinda, Rafael Argullol, Manuel Fera, Miguel Cobo Rosa, Ricardo Martínez-Conde, Ángel Gabilondo, Antonio Merayo, Manuel Neila, José Luis García Martín, Javier Salvago y Álvaro Salvador. Podemos decir, sin miedo a equivocarnos, que con ellos se produce la normalización de la escritura aforística entre nosotros.

## ADENDA: TRES EJEMPLOS

I. Poeta, periodista y autor dramático, **Manuel del Palacio** (Lérida, 1932; Madrid, 1906) se graduó de bachiller en Valladolid, figuró como miembro de la famosa tertulia *Cuerda granadina* y formó parte de periódicos liberales en Madrid, por lo que sufrió persecuciones y fue deportado a Puerto Rico. Desempeñó diferentes cargos institucionales tanto en España como en el extranjero y fue miembro de la Real Academia Española y Presidente de la Sección de literatura del Ateneo de Madrid. El crítico ovetense Leopoldo Alas, “Clarín”, dijo que en la España de su tiempo había “dos poetas y medio”; los poetas eran Núñez de Arce y Campoamor; el medio, Manuel del Palacio. Entre sus obras se cuentan: *Museo cómico o tesoro de los chistes* (1863), *Cien sonetos* (1870), *Letra menuda* (1877), *Melodías íntimas* (1884), *Veladas de otoño* (1884), además de numerosas producciones dramáticas. La labor aforística de Manuel del Palacio se halla recogida en el diccionario de citas titulado *El amor, las mujeres y el matrimonio*, subtítulo *Cuentos, pensamientos y reflexiones, seleccionados, compuestos, traducidos y empernejados por Manuel del Palacio* (Madrid, 1864) y en el volumen propio *Fruta verde. Miscelánea en verso y prosa* (Madrid, 1881).

II. **Cristóbal Serra** (Palma de Mallorca, 1922-2012) es uno de los maestros indiscutibles del género aforístico en castellano. La primera serie, “Granos de polen”, aparece al final de *Péndulo y otros papeles*. Las series “Borrones y rasguños” y “Puntos negros” forman parte de *Diario de signos*. El pequeño volumen titulado *Con un solo ojo* está formado por apuntes, recuerdos, impresiones y aforismos. En *Augurio Hipocampo*, su obra más personal, aparecen “Los caprichos de un diarista”, una “breve selección de notas, cifras y estampas de Augurio Hipocampo, extraídas por don Apodenio Caparroja (editor) con la venia del autor”. Finalmente ha dado a la imprenta, bajo el significativo título de *Nótulas*, una breve recopilación de su escritura aforística, con lo más granado de su cosecha. Sin temor alguno puede afirmarse que las frases breves, los dichos fragmentarios, las nótuas serrianas constituyen un notable y refinado juego de escritura, mediante el cual la parquedad del decir se convierte, por mor de la agu-

deza y el arte de ingenio que le caracterizan, en opulencia del pensar. Paralelamente a su labor aforística, ha reflexionado sobre el carácter y la naturaleza del aforismo con una regularidad digna de encomio. Entre los trabajos que ha dedicado al tema, cabe destacar: “Los sabios solitarios”, artículo aparecido en el diario mallorquín *El Día*, y recopilado después en *La Linterna del ojo*; “La Logia de los Bustos”, antología de aforistas publicada en el *Diario de Mallorca*, y recogida más tarde en *La Soledad Esencial*, y “Grandes aforistas”, gavilla de aforismos aparecida en *Glosa-Revista de filología*. Mención especial merece *Efigies*, un auténtico museo del aforismo en el que reúne a sus autores dilectos.

III. **Ángel Guinda** (Zaragoza, 1948-2022) es uno de esos autores para los que la escritura aforística y la escritura poética manan de las mismas fuentes de la poesía. Su obra propiamente aforística, a la que convendría el conocido lema “menos es más” por su brevedad, consta de tres cuadernos: *Breviario* (1992), *Máximas mínimas* (1994) y *Huellas* (1998); a los que cabe añadir la colección *Todos los días del mundo. Minimal love poems* (2002), cuyos textos participan del aforismo y del poema, y muy principalmente *Libro de huellas* (2014), en el que destila toda su producción aforística. Como Antonio Porchia, José Bergamín o René Char, por quienes siente un respeto y una admiración indeclinables, cultiva un tipo de aforismo *sui generis*: un aforismo poético en el que el pensamiento se echa a reír, sin menoscabo de su gravedad, y el sentimiento rompe a llorar, sin menosprecio de su levedad. Consciente de que sus aforismos se hallan a medio camino entre los dichos sentenciosos y los escritos fragmentarios, opta por llamarlos “huellas”, aludiendo así a los vestigios y las impresiones que, a lo largo de su cotidiano vivir, le depara el hermoso y áspero mundo de la vida. Sus aforismos se presentan bajo una forma breve, condensada y cerrada, de modo que cada pensamiento posee relativa autonomía; a diferencia de los proverbios, no tienen carácter normativo, doctrinario, sino cuestionador de nuestras creencias. Como los escritos fragmentarios, abordan cuestiones de tipo cognoscitivo, moral y literario; a diferencia de los mismos, cuya forma se muestra constitutivamente incompleta, se presentan bajo una forma cerrada, con pretensión de validez por sí misma.

## LA EDAD DORADA DEL AFORISMO ESPAÑOL CONTEMPORÁNEO Y SU SENTIDO FILOSÓFICO

JAVIER RECAS

Han cambiado mucho las cosas desde que en 1949 Juan Ramón Jiménez se sorprendiera de que el aforismo no fuera semilla de más escritores contemporáneos en España. Una sorpresa comprensible, habida cuenta de la popularidad entre nosotros de refranes y sentencias, y de haber tenido grandes cultivadores entre los clásicos españoles, como San Juan de la Cruz, Quevedo o Gracián. En la actualidad, esa semilla de la que hablaba Juan Ramón ha germinado de forma extraordinaria. Desgraciadamente, él no llegó a ver el auge del aforismo en España.

Este apogeo tiene múltiples causas, entre las que se encuentran la sintonía del aforismo con la inmediatez de las redes sociales; el florecimiento de la literatura breve; la tradición refranera española; el acervo sentencioso de los grandes clásicos de nuestra literatura, al que aludía Juan Ramón; la crisis de los grandes sistemas filosóficos, con sus proyectos de una fundamentación omniabarcadora del mundo; la afinidad del aforismo con el estilo epistemológico posmoderno y su reivindicación de lo provisional, lo fragmentario, lo intuitivo... Pero en la actual eclosión del género en España hay otro factor fundamental específico de nuestra cultura sobre el que quiero poner el foco aquí. Este factor no es otro que la trascendencia del aforismo en los poetas de las generaciones del 98 y de 1914. Poetas como Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Ramón Gómez de la Serna, José Bergamín, Max Aub, entre otros, que han marcado el decurso posterior del aforismo hispano. Fue la gran época dorada del aforismo español contemporáneo. Sin ellos, no se entendería su pujanza actual ni tampoco su desarrollo específico.

Tras las evidentes diferencias de forma y contenido, de estética y propósito, entre los grandes poetas-aforistas españoles de la primera mitad de siglo XX, hay una serie de rasgos compartidos que configuran una valiosísima herencia que late en las actuales generaciones de aforistas, muchas veces, sin embargo, oscurecida por la luminosidad de su obra poética. Todos ellos apreciaron que aforismo y poe-

sía no eran instrumentos disonantes, sino armónicos; fue común su convicción de que en lo breve puede hallarse lo más grande y profundo, sin merma alguna; se propusieron captar la fugacidad del instante en lo conciso; concibieron el pensamiento como intrínsecamente poético, llevando a cabo una fusión de filosofía y poesía; reivindicaron con firmeza la subjetividad como forma de acceso a la realidad; apreciaron el valor de lo sensorial y lo corporal como una vía de conocimiento complementaria a la razón; percibieron, en fin, que el aforismo era, más allá de una mera forma literaria, un estilo de pensamiento con caracteres de modestia, provisionalidad y fragmentariedad, rehabilitando la intuición y la imaginación frente a los rasgos del paradigma filosófico dominante de objetividad, sistematicidad, completitud, fundamentación y coherencia. Juan Ramón Jiménez escribió: “Nada importa contradecirse. El pensamiento, como el amor y la vida toda, no es un fin, sino un ejercicio maravilloso”. En este marco, el mundo onírico emerge con fuerza frente a la pura racionalidad: “Por las mañanas barro las hojarascas de mis sueños como el jardinero las hojas secas”, escribió. A Antonio Machado, influido por Freud, también le apasionaron los sueños: “El que no recuerda sus sueños ni siquiera se conoce a sí mismo”. Y qué decir de la influencia del mundo onírico en Gómez de la Serna, tan cercano siempre al surrealismo. “El sueño es un depósito de objetos extrañados”. Para él la lógica siempre se queda corta, pues no alcanza a descubrir las maravillosas relaciones ocultas entre las cosas: “No creemos en las cosas lógicas que hay para llenar el vacío, y por eso nos precipitamos en respuestas incongruentes, en palabras sueltas, en frases inauditas... Entremos en lo indecible como descubridores... Es una liberación por la incongruencia”.

Juan Ramón Jiménez cultivó el aforismo desde siempre, como él decía; los primeros datan de 1897, cuando tenía 19 años. Hasta 1957 se datan más de cuatro mil, muchos diseminados en revistas y periódicos de España y América, y otros inéditos, olvidados o abandonados. Tuvo pronto en mente reunirlos, pero primero la guerra y después el exilio, le privaron de sus papeles y libros, y aunque en 1953 se propuso retomar el proyecto, nunca lo vería materializado. Habría que esperar hasta 1990 para que viera la luz su anhelada *Ideología* en una excelente edición a cargo de Antonio Sánchez Romeralo.

La identificación juanramoniana del aforismo con lo fragmentario fue tal, que solía escribirlos en pequeños papeles, una forma, según su propia confesión, de mantener la proporción. Sobre su incontestable vocación de concisión escribió: “Soy amigo de la síntesis. Por eso prefiero la rosa a la rosaleda, el ruiseñor a la ruiseñorera, el aforismo a la monserga ensayística, la lírica a la épica”.

Que prendiera la llama del aforismo entre los grandes poetas españoles de la primera mitad del siglo XX (y que lo siga haciendo ahora) no fue extraño ni casual. Las relaciones entre aforismo y poesía son antiguas y profundas, y aunque no podemos entrar aquí a detallarlas, diremos tan solo que se pueden establecer desde tres perspectivas, a las que no fueron ajenos nuestros grandes poetas: primero, considerando el lenguaje metafórico, en el que muchos aforismos se expresan; en segundo lugar, desde la existencia de un núcleo poético en el aforismo, en tanto comparte con la poesía una serie de rasgos (ritmo, precisión, seducción...); y, finalmente, descendiendo (como hizo María Zambrano) al fundamento común entre poesía y aforismo: una forma de pensamiento distinta a la *ratio* calculadora. Lamentablemente, la atención de los filósofos “profesionales” ha sido relativamente escasa, lo cual, en modo alguno implica merma de carga filosófica al aforismo, pues en los grandes cultivadores del género conviven, como no podía ser de otra manera, lo metafórico y lo filosófico. Recordemos a poetas como Antonio Machado, José Bergamín, Antidio Cabal, José Luis Gallero..., así como también a filósofos como Séneca, Ramón Llull, María Zambrano, Eugenio Trías..., por citar solo a españoles

A lo que verdaderamente se opuso la tendencia metafórica del aforismo, actualmente preponderante, fue al aforismo tradicional de propósito normativo, didáctico o puramente conceptual. No han faltado quienes ven en este giro la relegación de la pretensión de verdad en favor de la belleza, opinión que no comparto en tanto el aforismo metafórico actual, como luego veremos, no elude la verdad, tan solo la reubica en otro territorio más modesto y también más auténtico: el de nuestra experiencia mundana, más allá (o, tal vez, más acá) de artificios metodológicos.

El paradigma filosófico históricamente dominante, como es sabido, siempre consideró como requisito de toda auténtica reflexión

que esta recorra el cauce de la argumentación, y que tal recorrido se ajuste a un discurso lógico coherente, objetivo y fundamentado. Platón, ya en el siglo IV a.C., argumentaba en el *Menón* que, aunque las opiniones aisladas puedan ser bellas y verdaderas, no valen de mucho si no las conectamos con su fundamento. El aforismo se asemeja, como diría muchos siglos después Julián Marías, a una flor cortada. María Zambrano escribió en *Hacia un saber sobre el alma* (1950): “La forma sistemática ha vencido a las demás y ha arrojado sobre ellas una especie de descalificadoras sombras”, y nos exhortaba a tender puentes entre filosofía y poesía y rescatar esas formas que han permanecido oscurecidas por la cegadora luz de los grandes sistemas. Entre ellas está el aforismo, pero también la epístola, el diálogo, el diario... El dominio de la epistemología logicista en Occidente fue incontestable hasta bien entrado el siglo XIX, cuando filósofos como Kierkegaard o Nietzsche se revelaron contra este ideal de la monumentalidad de la verdad. Nuestros poetas-aforistas siguieron esta estela antes de que aquellas ideas penetraran en la filosofía académica.

El aforismo, obviamente, rehúsa argumentar, pero no por ello se desentiende de la verdad, es tan solo una píldora que destila el néctar de la reflexión. No explica nada, no debate, no demuestra, tan solo manifiesta y alumbra el horizonte, y, con frecuencia, nos mueve y conmueve con una fuerza mayor que el minucioso trabajo del argumento. Esta es su seña de identidad y el sentido de su admirable intensidad. Lo que requiere explicación, volviendo a Nietzsche, pierde su magia, su fuerza y su carácter provocador. El aforismo huye de la rigidez arquitectónica del concepto para perseguir la liquidez del instante, porque siente que, como dijera Juan Ramón Jiménez, “la única manera de vivir es hacer definitivo cada instante”.

Toda forma de escritura esconde una visión del mundo y el aforismo no es una excepción: encierra una filosofía del saber humilde, socrática, de quien es consciente de que tan solo posee la palabra como un eventual chispazo de momentánea lucidez en un mar de duda. Esta filosofía de fondo aparece de manera rotunda en nuestros grandes poetas del siglo XX.

Por su parte, la duda era para Antonio Machado un pilar de su visión del mundo. En boca de Juan de Mairena, la concibió como “duda poética, que es duda humana, de hombre solitario y desencami-



nado, entre caminos. Entre caminos que no conducen a ninguna parte”. Pero el escepticismo machadiano no es doctrinal, es una forma de aprender a “repensar lo pensado, a desaber lo sabido y a dudar de su propia duda, que es el único modo de empezar a creer en algo”. Por eso es tan cercano a la aforística actual.

Juan Ramón Jiménez también fue un lúcido escéptico: “De nada se sabrá nunca nada –escribió–. La vida (y en esto está su valor) es la gran apariencia”. “Saber es ir llenando de cajas vacías el desván de la ilusión”. Este escepticismo humano es solo la guinda de lo que Max Aub caracteriza como mediocridad humana. En sus aforismos abunda en esta idea: “Si Dios existe, ¿por qué nos ha hecho tan mediocres?”. Una pequeñez que se hace muy visible en nuestra exigua inteligencia y lenguaje: “No es que no sepamos lo que quieren decir las palabras. Es que las palabras, en el fondo, no dicen gran cosa”. “La inteligencia tiene tales límites que dan ganas de llorar. Toda la desesperación humana radica en la imposibilidad de expresarse con exactitud”. Esta percepción, la valoremos como queramos, es profundamente actual.

Los grandes aforistas siempre han tenido, como nuestros autores, vocación antidiscursiva, han esquivado las formas tradicionales de pensamiento, propensos a perseguir la intuición y a potenciar la estrategia divergente. Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez o Ramón Gómez de la Serna, atisbaron el vendaval desfundamentador de la filosofía posmoderna que hoy recorre el mundo con sus caracteres de inmediatez, fragmentariedad, fugacidad, dinamismo, concisión... “Pensar –escribió Machado– es deambular de calle en calleja, de calleja en callejón, hasta dar con un callejón sin salida. Llegados a este callejón pensamos que la gracia estaría en salir de él. Y entonces es cuando se busca la puerta al campo”.

Para Antonio Machado, la racionalidad objetivadora era estéril si es que queremos captar la heterogeneidad, el dinamismo y la autenticidad del ser. Por ello, las ideas del poeta son intuiciones, no cápsulas formales. Intuiciones espontáneas que forjan un perfil heterodoxo porque se es propenso a percibir el mundo desde la paradoja, la ironía, la duda... El aforismo encaja en este perfil porque brota de una aprehensión inmediata del objeto en la conciencia, sin intermediación metodológica o instrumental.

Juan Ramón Jiménez fue también un gran defensor de la intuición: “Lo entrevisto es mejor, y dura más que lo visto”; y amante del mundo de los sueños como una realidad genuina: “He soñado mi vida y he vivido mi sueño”.

Las greguerías de Gómez de la Serna ensalzaron asimismo a la intuición y a la imaginación para extraer de la más palmaria realidad sensible de las cosas sus relaciones más absurdas. Recordemos la estrecha relación de Gómez de la Serna con la vanguardia surrealista. Y en ese objetivo había un elemento primordial: la metáfora, capaz de transportarnos hacia el nuevo territorio de relaciones inéditas entre las cosas. Don Ramón citaba esta frase de Proust, que siempre consideró incuestionable: “La calidad de la metáfora es lo único que da la medida de un artista y su estilo”. Algunas gemas: “La gasolina es el incienso de la civilización”, “El libro es un pájaro con más de cien alas para volar”, “La ametralladora suena a máquina de escribir de la muerte”, “En el vinagre está todo el mal humor del vino”... “La greguería –escribe don Ramón– es el atrevimiento a definir lo que no puede definirse, a capturar lo pasajero, a acertar o a no acertar lo que puede no estar en nadie o puede estar en todos”. Una “psicología de lo pequeño”, como él dice, tras la que subyace una consciencia del absurdo y comicidad del mundo, pero también, una consciencia de lo poético que encierran las cosas. La defensa de la intuición, de mantener viva la experiencia vivida, la hondura de la sencillez y la grandeza de lo fugaz, de atrapar una idea al vuelo, era el fundamento de las greguerías: “Hay flores en el aire –escribe– que hay que recoger, medallas que dan los árboles al pasar, relojes que roba el viento y nos mete apresuradamente en el bolsillo mientras él huye...”. Siempre a vuelapluma, con la urgencia de que no se escape el momento, cuando tal desvelamiento sucedía, Gómez de la Serna corría a anotarlo donde fuera antes de que el fogonazo se hundiera en la desmemoria que todo lo entierra. Esta consciencia de hallarse ante un mundo que se deshilacha, este impulso de capturar lo pasajero, de encumbrar lo subjetivo, de desvelar el absurdo del mundo frente a la dictadura de la lógica, es un valioso legado que ha arraigado en el aforismo actual y, en general, en el mundo contemporáneo. Es por esta capacidad de captar la intuición y la fugacidad de la vida, (frente a aquella tendencia de la tradición cultural occidental al “egipticismo” de la que ha-

blara Nietzsche en *El crepúsculo de los ídolos*), que el aforismo es mucho más que un mero recurso estilístico.

Antonio Machado se vio deslumbrado por el misterio de la temporalidad e hizo de él uno de los motores de su obra (poética y aforística). Fue su obsesión y su angustia: “Sin el tiempo –escribió–, esa invención de Satanás, el mundo perdería la angustia de la espera y el consuelo de la esperanza. Y el diablo ya no tendría nada que hacer. Y los poetas tampoco”. “El mundo es, un momento,/ transparente, vacío, ciego, álalo”: mejor ir “ligero de equipaje”. Juan Ramón Jiménez también anduvo siempre en busca de eternizar el instante, y tampoco lo hizo sin angustia: “Soy el mártir del perenne proyecto fujitivo”.

El aforismo, aunque les chirrié a quienes ven en él un extravío de la auténtica reflexión filosófica, es una forma especialmente dotada para captar la espontaneidad de nuestra aprehensión del mundo, que en modo alguno es coherente y armoniosa (ese “monstruo de la totalidad”, como dijera Roland Barthes). Nuestra comprensión del mundo y de nosotros mismos está forjada por piezas dispersas, por destellos de discontinua claridad. Esta percepción estaba muy presente en nuestros poetas. Ramón Gómez de la Serna escribió: “Reaccionar contra lo fragmentario es absurdo porque la constitución del mundo es fragmentaria, su fondo es atómico, su verdad es disolventia”. En el prólogo a la edición de *Total de greguerías* (1962), Gómez de la Serna nos habla del surgimiento de la greguería de la amalgama, de la unión de lo diverso: nació un día de escepticismo y cansancio en el que “cogí todos los ingredientes de mi laboratorio, frasco por frasco, y los mezclé, surgiendo de su precipitado, depuración y disolución racional, la Greguería”.

El aforismo sobrepasa la trama lógica y su artificioso encadenamiento porque es una forma de imaginación creadora, de pensamiento poético, que pone en juego nuestra experiencia inmediata del mundo. “Para encontrar la verdad –afirma Bergamín– hay que perder la razón [...] porque el mayor riesgo para la vida del pensador es no darse cuenta de que el pensamiento es poético”. Claro que tiene sus riesgos: “Cuando se tiene la cabeza a pájaros, hay que andarse con pies de plomo”. Y, concluye: “tener la cabeza a pájaros es pensar en aforismos”.

El sentido profundo del carácter poético (*poiético*) del aforismo reside en su condición de pensamiento meditativo, más allá de la razón calculadora y aseguradora, extra-metódico y extra-discursivo. Un pensar que nos sitúa en presencia de las cosas mediante una palabra que no violenta el Ser, sino que lo reúne, mostrándolo. Esta es la fuente común de la que beben poesía y aforismo. Todos los grandes poetas-aforistas de principios del siglo XX percibieron esta idea de que el pensamiento es intrínsecamente poético. Una idea nuclear, por cierto, en la obra del segundo Heidegger (*Hölderlin y la esencia de la poesía*): “La realidad de verdad del hombre es, en su fondo, poética”. María Zambrano, que tanto y tan profundamente abordó las relaciones entre filosofía y poesía, comprendió bajo el nombre de razón poética esta fusión y su específico modo de pensamiento. Antonio Machado ya había opuesto el pensamiento lógico, homegeneizador, al pensamiento poético, heterogeneizador. “La lógica –decía Mairena– es la gran rueda de molino con que comulga la Humanidad entera a través de los siglos”. “El hombre es por natura la bestia paradójica,/ un animal absurdo que necesita lógica”, pero también precisa ir más allá. Y es precisamente en este punto donde encuentran su sentido la filosofía y la poesía, que, de distintos modos, asumen y desarrollan nuestra perplejidad ante la experiencia de la alteridad (el yo frente a lo otro) y el desconuelo de una temporalidad devoradora. La “metafísica de poeta”, como la denomina Abel Martín, es un pensar poético y a la inversa, una poesía cuya esencia es necesariamente metafísica. Una metafísica asistemática y fragmentaria que no es sino “una hipótesis más o menos atrevida de la razón sobre la realidad absoluta”, como decía Mairena.

Juan Ramón Jiménez también percibió su labor poética estrechamente vinculada a una determinada filosofía, para ser más preciso, a una metafísica de la inmanencia, según la cual el mundo real se identifica con mi conciencia, en tanto que solo en ella y por ella descubro lo que es real. Una idea, por cierto, muy cercana al krausismo, tan influyente por aquellos años en España. En *Animal de fondo* encontramos un penetrante diálogo del poeta con su conciencia. “Tú, esencia, eres conciencia, mi conciencia/ y la de otros, la de todos/ con la forma suma de conciencia”. Un yo autosuficiente: “Que nada me invada de fuera, que solo me escuche yo dentro. Yo dios de mi pecho”. “Sé

bien –escribió– que, cuando el hacha/ de la muerte me tale/ se vendrá abajo el firmamento”. El mundo es mi conciencia.

A Antonio Machado, su pensar poético del ser en el tiempo le llevó a la reflexión sobre la nada. “La angustia esencialmente poética del ser junto a la nada”. La nada era el elemento primigenio para él, elemento necesario para pensar el ser, la gran obra de Dios, como decía Abel Martín. A la nada dedicó su enigmático poema «Al gran cero», (escrito en 1926, un año antes que *Ser y tiempo* de Hiedegger). La nada también cautivaba a Juan Ramón Jiménez : “La nada es sin duda alguna la eternidad perfecta”. Y nosotros “somos vida y muerte –como la chispa de luz y sombra– entre dos nadas”. Empezar por pensar el ser también le llevó a él a la nada: “Pensar «del todo» («el redondo todo») hasta quedarme contento (y con) la «redonda nada»”.

Uno de los rasgos más característicos de la aforística moderna es su profundo carácter subjetivista: el sujeto de la reflexión, de la creación, se ha situado en el centro de la escena, en sintonía con la evolución epistemológica del paradigma filosófico moderno. También en ello los grandes poetas-aforistas de la primera mitad del XX nos dejaron un extraordinario legado, abrazando sin miramientos todo el mosaico de la experiencia subjetiva: vivencias personales, impresiones, sentimientos, dudas, interrogantes, anécdotas, imágenes poéticas, proclamas, monólogos, ejercicios lúdicos... Este giro subjetivista ha inundado la aforística actual, buena parte de la cual se ha desarrollado, no por azar, en textos autobiográficos, diarios, cuadernos de apuntes...

Juan Ramón Jiménez, como era habitual en su época, comenzó entendiendo el aforismo como una sentencia breve o una máxima de tono grandilocuente, doctrinal, pero poco a poco fue transformando sus aforismos en algo más cálido, más personal, dejando ver las dudas, los interrogantes y juicios de valor del autor. “Nunca he vivido en el presente; mi vida es toda de recuerdos y esperanzas”.

Los apócrifos machadianos Juan de Mairena y Abel Martín son fruto de esa centralidad nuclear del sujeto creador. En su célebre *Retrato* resume Machado su desdoblamiento reflexivo: “Converso con el hombre que siempre va conmigo”. Los apócrifos son una forma de desvelamiento, de autoconocimiento, de reconciliación del yo, pero también de perplejidad ante el enigma de la identidad. Porque para Machado, en boca de Mairena, el gran tema de la metafísica es el “de

lo uno a lo otro”, el abismo existente entre la ciudadela de mi conciencia y la realidad que se me opone como ajena. Identidad *versus* alteridad. El alma humana, decía Mairena, es pura intimidad: “Somos una melodía que se canta y se escucha a sí misma, sorda e indiferente a otras posibles melodías”. Gran semejanza, como puede apreciarse, con la metafísica de la inmanencia juanramoniana. Para Machado, es posible salir de esta clausura, pero no mediante la razón sino por vía emocional. Solo el amor nos permite salir, porque en los otros nos reconocemos, a través de ellos llegamos a ser lo que somos (una influencia de Jaspers). No obstante, aunque el amor nos abra al mundo, no es la belleza su motor, sino “la sed metafísica de lo esencialmente otro”.

Hay en estas metafísicas de Machado y Juan Ramón una notable influencia de Ortega y Gasset y su idea del yo como “realidad radical”, respecto de la cual todo lo demás son “realidades radicadas” en aquella. Desde esta perspectiva, la objetividad es un espejismo. “Vivimos –decía Mairena– en un cosmos o poema de nuestro pensar”. En esta exaltación del sujeto, del yo forjador de mundos, hay también una gran influencia de San Agustín y su reivindicación de la interiorización (*Noli foras ire...*): “no salgas, porque solo en el alma hallarás la verdad y la belleza”. Juan Ramón Jiménez reformuló esta célebre sentencia agustiniana en un conocido aforismo: “¡No corras. Ve despacio,/ que donde tienes que ir/ es a ti solo!”. Max Aub compartió también esta idea: “Pero la verdad está dentro. ¿Qué es adentro, lo que veo y me rodea, o lo que siento? Así andamos, perdidos, de lo uno a lo otro”.

Las reflexiones de Juan de Mairena irán apareciendo en diversos diarios desde noviembre de 1934 hasta junio de 1936, para salir en forma de libro en la editorial Espasa-Calpe pocas semanas después de comenzada la guerra civil. Su estructura es muy actual, con reflexiones de estilo aforístico, carentes de sistematicidad, fruto de la espontaneidad y libertad del poeta, en un deambular por temas diversos sin más sentido que las inquietudes de un hombre culto de su tiempo. Temporalmente discontinuos, unos fragmentos son antiguos y otros fueron específicamente escritos para su colaboraciones en prensa. No obstante, comparten su elegancia formal, su sobriedad, su fino sentido del humor irónico, su inclinación pedagógica, así como su com-

promiso social y político. Sus aforismos, o como él prefería, sus *de-cires*, no eran informativos, descriptivos, sino una suerte de diálogos en voz alta. De nuevo, el “yo” se hace tema y objetivo.

Ramón Gómez de la Serna ve igualmente su arte literario como un ejercicio de profundo individualismo, de “ramonismo”, que para él es fruto de la necesidad de lo íntimo, del despliegue del yo en cada párrafo. Porque, si eliminamos los ojos del artista, opinaba, la literatura resulta desvitalizada, sin alma: la realidad en nada queda sin la experiencia de quien la ve y el modo como la ve. Ortega, de nuevo.

La aforística, género vocacional, como la poesía, se asemeja más a un arte que a una ciencia, y es por ello que requiere de ingenio, imaginación y creatividad, huyendo del academicismo y de la erudición. También en esta perspectiva hallamos implicados a nuestros poetas. Antonio Machado puso en boca de Juan de Mairena su dardo irónico contra la estéril erudición: “Aprendió tantas cosas –escribía mi maestro, a la muerte de un amigo erudito–, que no tuvo tiempo de pensar en ninguna de ellas”. “Para leer muchos libros, comprar pocos”, escribió Juan Ramón.

Machado estaba en las antípodas de la impostura de ciertos intelectuales tanto como de la especialización del saber, algo que él consideraba uno de los nefastos tributos de los tiempos modernos. Lo criticaba desde una reivindicación de la auténtica sabiduría, demanda tan habitual en la tradición aforística como necesaria en la actualidad. Por ello detestaba el saber libresco y admiraba la sencillez de la sabiduría popular; recordemos la maireniana Escuela Popular de Sabiduría Superior: “habría que ahondar en las frases hechas antes de pretender hacer otras mejores”. O, en sentencia provocadora de Mairena: “En nuestra literatura casi todo lo que no es folklore es pedantería”.

Otro de los grandes aforistas de esta época dorada fue José Bergamín. Como su gran amigo Antonio Machado, también gustó siempre de la reinterpretación aforística de los dichos populares: “¿Para qué saber a qué carta quedarte, si de todos modos no te vas a quedar?”. También lo hizo Gómez de la Serna: “Más vale soltar el pájaro que tenerlo en la mano”.

Aunque Gómez de la Serna detestaba –en sus propias palabras– el carácter enfático y dictaminador del aforismo, ha influido enorme-

mente en el aforismo hispano, llevándolo hacia una versión más lúdica, más subjetiva, más metafórica y más irracional también (en el noble sentido de la palabra), desactivando los prejuicios que hacia estos registros eran comunes en la aforística. Es evidente que don Ramón tenía en mente la versión clásica del aforismo, pero en este asunto no entraremos aquí. “Si la greguería puede tener algo de algo –decía– es del haikú, pero es haikú en prosa”, una forma poética, dicho sea de paso, por la que tenía gran simpatía.

La greguería, en todo caso, no solo aporta al género aforístico su visible carácter lúdico, sino algo mucho más hondo: su carácter ruperturista con una aprehensión lógica, racional del mundo. La greguería, ese “arte de la sensación sutil”, rompe con la lógica y sus principios para desvelarnos una novedosa e ingeniosa asociación de ideas, en clave humorística, plasmada en una imagen metafórica. Pedro Salinas, en su *Escorzo de Ramón*, ensalza como fundamental este factor de la greguería: ser “una breve revelación súbita que en virtud de un desusado modo de relacionar ideas o cosas nos alumbramos una visión nueva de algo”. Gómez de la Serna fue un “psicólogo de las cosas”, decía Azorín (uno de los primeros, por cierto, en comprender y defender la grandeza de las greguerías), capaz de ver en ellas algo que nadie percibe, y capaz de oír “lo que gritan las cosas”. El greguerista es un gran observador: “la vida es mirar”, dice nuestro autor en *Automoribundia*, pero conlleva una nueva manera de mirar lo cotidiano, a la vez personal y objetiva. Nuevamente, el perspectivismo de Ortega y Gasset, al que admiraba, le ofrecía sustento teórico: solo puedo mirar desde mi yo, con mi pupila percibo los objetos, pero también los constituyo. Ortega le devolvió el cumplido a don Ramón cuando afirmó: “La poesía es hoy el álgebra superior de las metáforas”.

El objeto, aun estando ahí, se torna fragmentario, y el acto de conocimiento inexorablemente limitado, relativo y circunstancial. El concepto de *perspectiva* (fundamental en Gómez de la Serna, Machado o Juan Ramón Jiménez) aparece como elemento fundamental del aforismo moderno, en tanto asume que este nace de una peripecia existencial. “La realidad ya no radica en las cosas –escribe Juan Ramón– sino en la experiencia del yo con las cosas”.

Juan Ramón Jiménez fue un perseguidor incansable de ese estado de sorpresa en que se halla la belleza: “Para mí la virtud supre-



ma de la vida, en lo útil o en lo bello, es la sorpresa”. Por eso un gran aforismo está siempre lejos de los lugares comunes, de las ideas manidas. El aforismo es el resultado de la convicción de que las imágenes e intuiciones sentidas albergan pensamiento, y a la inversa, de que en este también residen sentimientos. Esta fusión de emoción y reflexión es ya un rasgo hondamente arraigado en el aforismo contemporáneo. Juan Ramón Jiménez hablaba de “pensamiento sensitivo” para calificar esta necesidad suya de “sentir profundamente la idea, pensar con agudeza el sentimiento”. “Mi ágata –decía– es la inteligencia sensitiva”. Lo expresó asimismo en este bello y brillante aforismo: “Las ideas también tienen su paisaje”. Esta firme unidad intelectual-sensorial la percibe él, sin embargo, como dramática: “Esta es la razón de mi dolencia”.

Nuestros grandes poetas de la edad dorada del aforismo español contemporáneo fueron, como lo son hoy sus sucesores, obstinados buscadores de esa pepita de oro de la concisión. José Bergamín, que ha escrito excelentes aforismos sobre el aforismo, expresó este ideal así: “Ni una palabra más: aforismo perfecto”. Aunque no una concisión cualquiera: ha de ser profunda, y es entonces cuando cobra sentido su ya legendaria sentencia: “El aforismo no es breve, es inconmensurable”. Sin esta desproporción entre su cortedad formal y su largueza alusiva, los aforismos perderían su embrujo cautivador. Esas “máximas mínimas”, en feliz expresión de Enrique Jardiel Poncela, requieren una hondura intangible, un plus de sentido. Juan Ramón escribió: “Lo infinitamente pequeño, llegado a cierto punto de perfección, es tan grande como lo infinitamente grande”. Su contenido se convierte en un destello de comprensión, en un relámpago de lucidez, o en una “idea liebre”, en expresión nuevamente de Bergamín. Porque hay que hacer correr a las ideas como las liebres, dejarlas sueltas y no perseguirlas demasiado, para no cansarlas.

La profundidad también debe ser comprendida adecuadamente, no como complejidad, ni impostura pedante, sino como condición de la propia elevación. José Bergamín veía así el aforismo como un cohete que se eleva hacia lo alto, hacia lo sublime. En *El cohete y la estrella*, su primer libro de aforismos (1923), compara a este con un cohete que estalla inundando la noche de vivos colores. “Un cohete es un experimento; una estrella es una observación”. Como subtítulo

del libro puso Bergamín: “Afirmaciones y dudas aforísticas lanzadas por elevación”, porque la profundidad, paradójicamente, se torna ascensión. Juan Ramón Jiménez expresó la misma idea: “Profundidad... hacia arriba”. “La profundidad de la poesía será mayor cuanto mayor sea su poder de elevación”.

Cuando se habla de aforismo metafórico, o en general de aforismo y poesía, surge una cuestión con la que quiero acabar. Y no es otra que la cuestión de la verdad del aforismo. Como hemos mencionado, no han faltado opiniones según las cuales cuando el aforismo privilegia la forma metafórica, de algún modo, se está sacrificando la verdad en favor de la belleza. Acudir nuevamente a los grandes poetas aforistas del siglo XX español arrojará luz sobre esta cuestión.

La verdad del aforismo moderno, como dijimos, se reubica en un territorio más modesto que el aforismo sentencioso, cuyo propósito era ofrecer una verdad indudable y universal o una orientación de conducta normativamente inapelable. Ahora se trata, sin embargo, del mucho más humilde propósito de desvelar una experiencia vital. Hay un célebre aforismo de José Bergamín que resulta especialmente esclarecedor al respecto: “No importa si un aforismo es cierto o incierto. Lo que importa es que sea certero”. Esta frase contiene una lúcida aprehensión del anhelo fundamental de todo aforismo, que no es otro que dar en la diana con el dardo de la palabra mediante la máxima concisión. Ser certero es atinar con la palabra adecuada (“esa elusiva y furtiva pepita de oro”, de la que hablaba Mark Twain) que transforma una modesta frase en el embrujo de un gran aforismo. El aforismo logrado da en el blanco, no porque en él se halle la verdad objetiva (enlazando de nuevo con Bergamín), sino porque antes que a describir con justeza, el aforismo aspira a esbozar o evocar con lucidez. La verdad en el aforismo debe entenderse como una manera renovada de mirar las cosas. Lichtenberg, siempre tan elocuente y sugerente con sus metáforas, lo expresó así: “Nuevas miradas por antiguos agujeros”. Pero esa mirada no objetiva el mundo, lo recrea desde la implacable incertidumbre, desde la “duda poética” del perpetuo aprendizaje, alejados, como decía Machado, de quien pretende estar de vuelta de todo: “Ya es mucho que vayamos a alguna parte. Estar de vuelta, ¡ni soñarlo!”.

La verdad del aforismo, y también de la poesía, requiere, como reclamaba Heidegger, una vuelta al sentido originario de la verdad del ser, abandonada en favor de la pregunta por el ente, de una verdad puramente cuantitativa. Son dos formas completamente distintas de pensamiento: *logos* frente a *ratio*. El primero saca a la luz lo oculto, sin violentarlo, para mostrar lo que es propio del ser, lo que se desvela en el propio lenguaje; la segunda surge de doblegar lo real, de someterlo con el fin de modificarlo, para lo que necesita convertirse en un cálculo asegurador. En un conocido poema de *Proverbios y cantares* distingue Machado los dos modos de pensamiento: “Hay dos modos de conciencia: una es luz, y otra, paciencia...”; qué es mejor, se pregunta: “¿Conciencia de visionario/ que mira en el hondo acuario/ peces vivos,/ fugitivos,/ que no se pueden pescar,/ o esa maldita faena de ir arrojando a la arena,/ muertos los peces del mar?”.

Alumbrar más que describir, mostrar más que demostrar. Triunfó históricamente la *ratio* sobre el *logos*, y, con ella, para expresarlo ahora con Wittgenstein, el juego de lenguaje lógico-discursivo, pero hoy muchos comienzan ya a comprender la verdad de esta idea de Nietzsche: “En las montañas el camino más corto es el que va de cumbre a cumbre, ¡mas para ello has de tener las piernas largas! Las sentencias son cumbres”. Es la del aforismo una forma de filosofía minimalista, de modestos resplandores, pero capaces de movernos, removernos y conmovernos con mayor fuerza que un tratado sistemático. Por ello, un aforista firmaría sin dudarlo un instante la siguiente afirmación de Eugenio Trías sobre la naturaleza de la verdad: “El criterio de verdad de un enunciado es siempre la amplitud de su capacidad de seducción”.



## APUNTES SOBRE EL AFORISMO FILOSÓFICO CONTEMPORÁNEO EN ESPAÑA

MARIO PÉREZ ANTOLÍN

En lo que al aforismo filosófico actual se refiere, en España y fuera de ella, la influencia de Nietzsche, Wittgenstein y Cioran es notoria y duradera. Resulta muy difícil salir de su potente campo de atracción.

\*

El pensamiento de la posmodernidad, que refuerza lo antisistémico, lo fragmentario y lo misceláneo, encaja bien en el género aforístico como forma de expresión óptima de unidades esquemáticas.

\*

El discurso fronterizo y transversal vertebrado, en buena medida, la aforística contemporánea; por eso Eugenio Trías y Rafael Argullol, entre otros, destacan en España con sus formas liminares de composición mixta.

\*

Si al capítulo de un libro de ensayo correctamente fundamentado le quitamos lo superfluo, lo repetido, lo anodino, lo anecdótico, y nos quedamos con el meollo de la idea cardinal, dándole además al conjunto la rítmica sorpresa emotiva del poema, tendremos un buen aforismo.

\*

La escritura creativa no se contrapone a la escritura sapiencial, ambas se complementan y se retroalimentan para abrir nuevas posibilidades de conocimiento. La aforística filosófica ha entendido bien este enfoque, y, en especial, la aforística que se realiza en nuestro país.

Cualquier sistema filosófico que se precie tiene que resultar convincente no solo en la especulación de los expertos, sino también, por ejemplo, en un debate entre los que van a comprar al mercado. A la larga, las ideas que no calan en el común de las gentes, por muy bien concebidas que estén, terminan por desvanecerse en las brumas de lo etéreo. Costará más o menos, tardará mucho o poco, pero ninguna doctrina debería cantar victoria hasta que no se interiorice, al menos, su fundamento.

\*

¿Qué es un aforismo sino pensar bellamente y de forma concisa, añadiendo fulguración a la ideación?

\*

Existe un gran problema de ilegibilidad metafórica. Cada vez hay menos capas de lectura. A este paso, pronto la insignificancia se adueñará del texto, y el esquematismo funcional quizá pase del acto de comunicación a la inteligencia en su conjunto. Es mucho lo que tienen que hacer los poetas-filósofos de la brevedad para contrarrestar esta perniciosa tendencia actual.

\*

Las ideas filosóficas no buscan la verdad, sino la aminoración de la falsedad. Con ser menos erróneas que las doctrinas precedentes, se conforman. Alcanzar la completa certeza arruinaría el avance ontológico.

\*

Un buen aforismo, como algunos peces abisales, debe lucir en lo más hondo.

La escritura es un declive. Ninguna palabra mejora a la anterior. Con cada frase se va estrechando el sentido o abigarrando el estilo. Ponemos punto y final para no caer en el infierno del lenguaje.

\*

Un escritor prolífico acepta lo que un escritor sucinto descarta. Son dos formas de entender el hecho creativo: por adición o por sustracción.

\*

Los apotegmas que no empiezan con un presentimiento y no acaban con un estremecimiento carecen de amplitud argumentativa.

\*

Eugenio Trías encuentra en los aforismos el envés de su sistema filosófico: frente a la unidad, la dispersión; frente a lo absoluto, lo fragmentario. Su pensamiento se hace nómada y eminentemente lingüístico. Escribe a saltos y a la deriva, con más nervio que grasa. “Comunicar es seducir a golpe de signo”.

\*

Ignacio Gómez de Liaño prefiere los apuntes filosóficos para no atragantarse de retórica. En filosofía las partes no son excluyentes, por eso sus aforismos se entrelazan. Las diferencias contextuales hacen que una misma afirmación cobre nuevos valores, manteniendo siempre la claridad y la exactitud del enunciado. Con cada iluminación, Gómez de Liaño pergeña una metodología de las formas anímicas y espirituales sin dar la espalda a la ciencia: “la integración de un sentir infinito con un entender perfecto”.

La escritura transversal de Rafael Argullol rompe deliberadamente la separación rígida de los géneros literarios. Las instantáneas resaltan imágenes e ideas que se entrelazan para acceder a la memoria. Argullol, en su travesía, busca las marcas que le permitan reconstruir el mapa de una geografía espiritual completa, aunque sea a través de los intersticios que deja la realidad disgregada. Estas anotaciones atraviesan diferentes ámbitos expresivos en un proyecto siempre en marcha. Así se concreta su *Fragmentarium*, porque “mientras pongamos nombres a las formas, y formas a las cosas, perdurará nuestra obsesión por dejar señales en el camino”.

\*

En la escritura aforística de Miguel Catalán quizás se encuentre el equilibrio más logrado entre el ingenio creativo del literato y el rigor analítico del pensador. Ninguna idea profunda sin su agudeza centelleante y ninguna ocurrencia ingeniosa sin su indagación ontológica. La amplitud temática de sus libros, que deja a las claras su dominio de vastas disciplinas del saber, no impide el preciso acotamiento de los enunciados para que sean más exactos.

\*

Son pocos los que se atreven a filosofar con ideas originales en este país; de ellos, muchos practican el aforismo: este género aborrece las ideas prestadas.



# **SOBRE FILOSOFÍA Y AFORISMO**

EMILIO LÓPEZ MEDINA

Un filósofo es el que se pregunta por el sentido de las cosas. Un sabio es el que llega a percibir el lado ridículo de las cosas.

\*

Conozco a personas terribles: se toman la filosofía en serio. Olvidan aquella advertencia de Pascal: “Burlarse de la filosofía es verdaderamente filosofar”.

\*

No es que tú cambies por una filosofía: tu filosofía cambia porque tú cambias. La filosofía no cambia si tú no cambias. En efecto, como dijo Fichte, el tipo de filosofía que se tenga depende del tipo de hombre que se sea (¿en cada momento?).

\*

Cada individuo se harta de su profesión, pero cuando se harta un filósofo escribe un libro en contra de la filosofía y, si este filósofo es importante, propicia una nueva crisis de la misma, en que se vuelven a cuestionar sus fundamentos, sus resultados y su función.

\*

Desde el inicio de la cultura existen dos tipos de filósofos (como existen dos tipos de políticos): el del filósofo que dona a los hombres el fuego y el del filósofo pirómano.

\*

Un libro de aforismos es como un puzzle que se presenta en piezas y que el lector debe –o, simplemente, puede– armar..., bien porque el

autor no tiene tiempo para ello, o no tiene salud, o porque se va a morir o porque no tiene paciencia. Por eso decía Nietzsche: “¿De modo que creéis estar ante una obra fragmentaria simplemente porque se os presenta en fragmentos?”.

\*

Toda la filosofía es producto de una alegría de vivir, incluso la filosofía más pesimista. Y es que en toda filosofía hay un interés (al menos por ella misma), y todo interés es un optimismo. El verdadero pesimismo sobre la vida la despreciaría hasta el punto de no hacerla objeto de una actividad.

\*

El filósofo, el genuino filósofo transita, desde el Universo en su infinitud a la propia soledad, y desde su soledad vuelve a los confines de lo infinitamente grande y de lo infinitamente pequeño, sin hacer escalas intermedias en las cosas de este mundo. Quienes se entretienen en estas escalas están más bien en la literatura o en el negocio.

\*

La paradoja lógica es un espejo con que la razón le hace reflejar a la realidad los mismos principios con que esta se compuso: el absurdo.

\*

El corazón da los temas a la cabeza y la llena de zozobra. La cabeza y su filosofía solo aciertan a defenderse a duras penas con la batería de las objeciones. La razón es el filtro del corazón.

\*

Todo está dicho... Tal vez. Lo único que ocurre es que todo lo dicho no está ordenado adecuadamente. Quizás si todas las supuestas ver-

dades y las supuestas falsedades pudieran ponerse coherentemente juntas, habríamos descubierto el sistema total del Universo.

\*

Los aforismos no son una sabiduría a raudales, sino, como se ha dicho en alguna ocasión, una sabiduría gota a gota. Según esto, un libro de aforismos vendría a ser como el gotero puesto en la cabecera de la cama del enfermo.

\*

Uno puede ahorrarse, mediante un aforismo, escribir un tratado. Pero curiosamente, no hay caminos para ahorrarse una obra de arte.

\*

Así como la filosofía es la forma laica de la religión, la poesía es la forma laica del éxtasis religioso.

\*

El arte introduce al hombre en la ebriedad universal. La filosofía finalmente lo introduce en la resaca universal.

\*

Mis largos estudios de la filosofía no me han ayudado a descubrir la famosa verdad, sino todo lo contrario... Pero, por lo menos, me han reportado una utilidad: me han ayudado a reconocer las tonterías de la vida y hasta de la propia filosofía.

\*

Analizar el propio sufrimiento es disolverlo... Así pues, la filosofía es el detergente de las penalidades.



## ENTRE DOS AGUAS: AFORISMO Y POEMA

ÁLVARO SALVADOR

I. Umberto Eco afirmaba que “nunca había visto algo menos definible que un aforismo”.<sup>1</sup> Efectivamente, por aforismos se dan a menudo fragmentos filosóficos, máximas, sentencias, epigramas, apuntes, notas, apólogos, paradojas, humoradas, dichos, apóstrofes, donaires, lemas, caprichos, greguerías, cazurrerías, idioteces, ocurrencias y, por supuesto, instantáneas líricas.

Una definición generalmente admitida del aforismo moderno es la que plantea Alex Falzon cuando edita los *Aforismos y paradojas* de Oscar Wilde: “Es una máxima en la que no solo cuenta la brevedad, sino también la agudeza”. Es decir, tendríamos ya dos características que lo alejarían de la máxima: la brevedad y la agudeza. De cualquier modo, el aforismo no solamente se diferencia por estos rasgos, sino que también se define por profundizar en un tema –o en un aspecto o característica de ese tema– que es tratado superficialmente por la opinión pública. Esto hace que el aforismo contemporáneo se sirva a menudo de la gracia y el ingenio por encima de la verosimilitud o la pretendida verdad convencional.

Distintos estudios han trazado ya una historia del desarrollo de este género y han intentado levantar una teoría del mismo, incluso del aforismo moderno que, al parecer, parte de los apuntes o fragmentos filosóficos de Pascal y se continúa más tarde en los salones aristocráticos del Rey Sol.<sup>2</sup> No obstante, la caracterización del mismo está sumida aún hoy en un mar de dudas. Si se trata de superar la má-

---

<sup>1</sup> Eco, U. “El arte de la agudeza”, en *El País. Babelia*, 2 de marzo de 2002, pág. 4 y también en “Wilde, Paradoja y aforismo” en *Sobre literatura*, Barcelona, RqueR, 2002, pp. 73-92. Ver también para este tema *Teoria e storia dell’ aforisma*, de Eco, Rouzzi, Tosi y otros, Milán, Mondadori, 2004.

<sup>2</sup> El libro de Eco *et alii* antecitado; el de Andrew Hui, *Teoría del aforismo*, Madrid, Cátedra, 2021; el de Javier Sánchez Menéndez, *Para una teoría del aforismo*, Oviedo, Trea, 2020; la “Introducción” de José Ramón González a su antología *Pensar por lo breve. Aforística española de entresiglos (1980-2012)*, Oviedo, Trea, 2013, pp. 13- 76; etc.

xima a base de ingenio y de gracia, ¿qué lo separaría de la humorada, de la *boutade*? Sin duda, su carácter crítico. El aforismo es, como señala Justo Serna, “una brecha que se abre en el saber”.<sup>3</sup> Y para que la brecha profundice en la herida del intelecto, cualquier recurso es pertinente, desde el más grave al más burlón. Se produce como un chispazo, como un relámpago que salta de la complejidad neuronal cuando esta se enfrenta a un hecho, a una reflexión, a una lectura o a un estado de ánimo. Y lo suele hacer con violencia, violencia que se traslada a su estructura, a sus recursos. Es como un disparo del intelecto y en este sentido es en el que, creo, debe entenderse su brevedad. Como señala Erika Martínez:

Podría decirse que el aforismo moderno parte de la economía expresiva (concisión, agudeza, intensidad) para después violentarla. Y hacerlo con una violencia liberadora cuya especificidad es... la discrepancia.<sup>4</sup>

Bien, podemos llamarla como queramos o nos convenga, pero a esa discrepancia es a la que me refiero, a ese “no estoy de acuerdo” que el aforismo enuncia, cuando hablo de su vocación irremediamente crítica. ¿En qué se asienta? Fundamentalmente en su carácter paradójico. Por una parte, la paradoja es la expresión de lo que cuestiona la lógica, es decir, el orden y, por otra, es el vehículo de la contradicción expresiva. Es, por tanto, el mejor recurso para elaborar ese fongazo, violento y urgente, que el aforismo necesita para cuestionar la realidad, o la realidad del discurso, es decir, su convencionalidad, su pacto.

Hemos dicho que el aforismo reacciona ante un hecho, una reflexión, una lectura, un estado de ánimo, un juicio, e intenta con velocidad y brevedad hacerlo partícipe de la escritura. El aforista observa y luego emite un juicio moral, en el sentido etimológico del término, un “juicio de mores, de costumbres”. Es un observador que,

---

<sup>3</sup> “Actualidad del aforismo” en *Mercurio*, n.º 137, enero de 2012, pág. 8.

<sup>4</sup> Martínez, Erika, “Ideas en desbandada. Notas sobre el aforismo contemporáneo”, en *Ínsula*, núm. 801, extraordinario dedicado a “El aforismo español del siglo XX”, pág. 3.

como dice Justo Serna, “percibe lo insólito, lo inaudito, lo paradójico de la vida y de sus normas”.<sup>5</sup> Por su parte, Erika Martínez define a la aforística como una “literatura de urgencia”:

Aforismos y microrrelatos son urgentes porque precisan de la pronta explosión de sus sentidos: tienen algo importante que resolver y deben resolverlo rápido.<sup>6</sup>

De esa rapidez, de esa velocidad, deriva el “efecto sorpresa”: el aforismo sorprende porque no se le espera, precisamente porque no tiene argumento en el sentido de relato con un antes y un después; el aforismo sorprende porque es la palabra que estalla en el concepto más inesperado, en la contradicción más escondida o en la realidad más evidente, pero que no se ha cuestionado hasta que el aforismo deja escapar su violencia verbal.

Hay un hecho incontrovertible que modifica, sin duda, la condición del aforismo contemporáneo: la aparición de nuevos géneros o subgéneros breves en el siglo XX, motivados por una serie de fenómenos culturales, sociales o tecnológicos. Me refiero a escrituras como la de los *graffitis*, los mensajes publicitarios o los mensajes de las redes sociales. Estos mensajes breves –los *graffitis* de Mayo del 68, “la chispa de la vida” o las ingeniosidades de las redes sociales–, han modificado, sin duda, la intención y los recursos de la aforística contemporánea. En una ocasión, y para referirse a una parte de mis propios aforismos al presentarlos, la profesora Erika Martínez se refirió a ellos como “basura cultural”, como “escombros de realidad” en la medida en que yo recogía de los *media* frases sueltas que utilizaba como aforismos. Por ejemplo: “Oído en una película norteamericana: *La verdad es solo de los mamones, Johnny*”; o bien: “Glosando a Bardem: *El mejor viaje de vuelta es el de vuelta a uno mismo*”; o, por último: “Escrito en un escalón: *Lo que me queda está por venir*”. Es decir, hoy en día, en la era del descreimiento y la ironía radical, la poética de los “desechos” es un yacimiento muy fructífero donde encontrar temáticas y recursos propios del arte y no sola-

---

<sup>5</sup> *Loc. cit.*, pág. 9.

<sup>6</sup> *Loc. cit.*, pág. 3.

mente del arte efímero o del industrial, sino también de la literatura y de su tradición, porque los “escombros” de esta han sustituido a la vieja idea de originalidad: se trata de las ruinas, de los fragmentos de nuestra cultura. Andrew Hui lo explica muy bien cuando, al hablar de la concepción romántica del arte, afirma que “el arte es un repositorio del mundo que lo originó –pero ha de desgajarse de él para alcanzar autonomía. En este acto de ruptura, nace el fragmento”.<sup>7</sup>

Hay, no obstante, otra cualidad del aforismo en su arquitectura, que me parece fundamental y que la ha señalado muy lúcida-mente Lorenzo Oliván, la del riesgo: “El arte del aforismo enseña a vivir con el pie en el estribo, con sabia expectación por ver hacia dónde se desboca nuestro pulso o nuestra mente, pese a la constante posibilidad de tropezar y de caer al suelo”.<sup>8</sup> Una poética, por tanto, también del riesgo, del equilibrio, tal y como definía en el título de su libro su condición de aforista el propio Andrés Neuman.<sup>9</sup>

Recogiendo las reflexiones de Erika Martínez, podríamos concluir una definición del aforismo contemporáneo, siempre sujeta a debate y nuevas consideraciones, como “un texto en prosa extremadamente breve, de carácter gnómico, no narrativo, no ficcional”.<sup>10</sup> Y a estas características habría que añadirle otras varias: su vocación crítica, discrepante, la agudeza, su vocación de elipsis, el efecto sorpresa que produce y la discontinuidad. Aunque, como decimos, esta defi-

<sup>7</sup> *Op. cit.*, pág. 27.

<sup>8</sup> “El miedo a derrumbarse en las palabras”, prólogo a *Después de la poesía*, de Álvaro Salvador. Almería, El Gaviero, 2007, pág. 9.

<sup>9</sup> Refiriéndonos a Neuman, cuya vocación de aforista es suficientemente conocida, hay que señalar un fenómeno bastante original que se produce en su última novela, *Fractura*: en las frases breves y cortantes de sus primeros capítulos podemos detectar muchos aforismos. Por ejemplo, en el primer capítulo, “Placas de la memoria”, el comienzo absoluto del libro, es como sigue: “La tarde parece serena, pero el tiempo está en guardia”. Y a continuación se suceden otros tantos: “Los pies son el metrónomo del viernes”; “Por los andenes ronda la siembra de la duda”; “Lo subterráneo se expresa en lo subterráneo”; “Las cosas en el sueño juegan a su manera”; “Un terremoto fractura el presente, quiebra la perspectiva, remueve las placas de la memoria”. Es un buen ejemplo de ese carácter eminentemente híbrido y fronterizo del aforismo. *Fractura*, Madrid, Alfaguara, 2018, pp. 15-19.

<sup>10</sup> *Loc. cit.*, pág. 4.



nición también necesita sus puntualizaciones, sus aclaraciones e incluso sus discrepancias. Sobre todo en el tema que nos ocupa, es decir, en la diferenciación o proximidad con otro tipo de discursos y, en este caso en concreto, con el poético.

En este sentido, Juan Varo aporta algunas matizaciones al señalar que

el aforismo admite, como elementos accidentales, sujetos a las condiciones particulares de nuestro momento histórico, la poeticidad, la interrogación por una subjetividad puesta en primer plano y la ejemplaridad, como en otro tiempo aceptó la rigurosidad conceptual, la impersonalidad y la generalización.<sup>11</sup>

II. Hemos hablado de la brevedad, de la agudeza, de la intensidad, del carácter crítico, de la violencia, de la capacidad de sorpresa, de la velocidad, etc., del aforismo. Pero, entonces, ¿qué hacer con los epigramas de Marcial y de Catulo, con los haikus orientales, con los poemas breves de carácter popular, o bien con ciertos mecanismos poéticos heterodoxos de la modernidad, como los “artefactos” de Niccanor Parra o los “aforemas” de Miguel Ángel Arcas, por citar solo algunos ejemplos? Vayamos por partes.

Parece claro que la brevedad en sí misma no es una característica que nos sirva para diferenciar el aforismo del poema, porque todos sabemos que, a lo largo de la tradición poética tanto occidental como oriental, se han cultivado poemas breves, muy breves, incluso de un verso. Vuelvo a un ejemplo de mi propia cosecha, por lo que pido disculpas por anticipado, pero es el que más a mano tengo a la hora de elaborar este trabajo. Y me cito:

¿Has sentido en la noche el terror de estar vivo?

¿Por qué razón podemos definir a este texto que se titula “Los motivos del suicida” como un poema, aunque solamente lo componga

---

<sup>11</sup> “El aforismo, género y concepto”, en *Romane*, núm. 45, vol. 2, 2010, pp. 296-314 [312].

un único verso?<sup>12</sup> O sea, breve y relampagueante. Además, estando muy claro el carácter paradójico del mismo que, como hemos dicho, es uno de los rasgos presentes en el aforismo, no obstante, conviene señalar que se trata de un poema igualmente excepcional: no abundan en nuestra lírica moderna los poemas de un verso. Es decir, la forma poética también se muestra fronteriza, al igual que la forma aforística, siempre en tierra de nadie, tanto en el aspecto formal como en la revelación que produce.<sup>13</sup> Bástenos simplemente una razón en principio: ese aparente trozo de prosa está atravesado por unas reglas determinadas –metro y acentuación– que habitualmente se relacionan con la formalización poética. En cualquier caso, eso no es todo, así que... sigamos.

En relación con esta contaminación o roces con otros géneros, la profesora Martínez señalaba que “la poesía construye una ficción de subjetividad y esa ficción es la puerta de entrada de lo que podríamos denominar dialogismo”. Para añadir más adelante: “Un aforismo o un poema no son más autobiográficos ni más honestos que una novela, pero fingen serlo. Y es en ese fingimiento, en esa ficción autobiográfica, donde descansa su pacto específico con el lector.” Así dicho fuera de contexto, hay que aclarar que la novela también puede fingir ser una autobiografía con total deshonestidad, cosa que la profesora Martínez sabe perfectamente. Pero si me interesa disentir de esta afirmación, es porque la distancia que podemos apreciar entre poema y aforismo en este terreno es considerable, ya que el aforismo “señala”, con sus distintos recursos (brevedad, rapidez, violencia, sorpresa, paradoja, etc.), ese fingimiento, mientras que el poema lo “disimula”, lo sublima. Y creo que en esta función aparece uno de los rasgos diferenciadores –no claramente ni en todos los casos– entre un discurso y otro: el objetivo de su apelación. Porque la poesía apela, en general repito, a un lugar muy distinto al que, en general, apela el aforismo.

No obstante, hay autores que defienden la identificación entre la estructura y el funcionamiento del aforismo y del poema. Autores tan ilustres como, por ejemplo, Steiner cuando afirma que:

---

<sup>12</sup> *Ahora todavía*, Sevilla, Renacimiento, 2001, pág. 52.

<sup>13</sup> *Loc. cit.*, pág. 6.

Casi por definición [...] el aforismo se acerca a la condición de la poesía. Su economía formal aspira a sorprender con un destello de autoridad; aspira a ser singularmente memorable, lo mismo que un poema.<sup>14</sup>

O bien, Werner Helmich, quien en su *El aforismo como género literario* distingue entre un “aforismo conceptual” que identifica con la máxima –aunque todos sabemos que, en rigor, la máxima es más extensa que el aforismo propiamente dicho–, y un “aforismo metafórico” o “analógico” que se identificaría con la poesía.<sup>15</sup> Lo que viene a ser una concepción dual, muy tradicional y muy simplista, de un hecho literario mucho más complejo.

En el ámbito español, José Ramón González se muestra partidario de esa identificación cuando afirma que “el rigor, la concisión, la rotundidad, la capacidad de sugerir nuevos sentidos, la tensión y la intensidad son elementos que acercan el aforismo a la poesía y justifican su consideración como género poético”.<sup>16</sup> Y a continuación intenta consolidar esta última afirmación con la “frecuente confluencia” en muchos autores de la creación aforística y la creación poética, comenzando por Juan Ramón Jiménez. En fin, lo primero que habría que discutir es si el aforismo se acerca a la “Poesía” –término que no dice nada queriendo decirlo todo–, o más bien al “poema”. Pero, de cualquier manera, si en las mismas páginas se identifica al poema por su brevedad, habría que decir que el aforismo –por alguna, que no todas, de las razones señaladas– se acerca a “algunos” poemas. Es decir, a algunos poemas breves o brevísimos, en primer lugar. En cuanto al resto de los rasgos comunes que González señala de la concisión, tendríamos que argumentar algo parecido: hay poemas concisos, pero hay otros muchos dispersos por extensos o por fragmentarios. Y en cuanto a la rotundidad, la definición de ro-

---

<sup>14</sup> “En abreviatura”, en *Steiner en The New Yorker*, Madrid, Siruela, pp. 285-294 [285].

<sup>15</sup> “El aforismo como género literario”, en Mario Andre Rignoni editor, *La brevitá felice. Contributi alla teoria e alla storia dell’ aforisma*, Venecia, Marsilio Editori, pp. 19-49 [44].

<sup>16</sup> *Op. cit.*, pág. 38.

tundo que da el diccionario de la RAE en su primera acepción es la de “lleno y sonoro”. Un poema puede ser lleno y sonoro, pero creo que esos adjetivos no casan bien con un aforismo. No obstante, alguien puede decirme que existe una segunda acepción en la que rotundo se identifica con lo “completo, preciso y terminante” que sí podemos identificar como cualidades de un aforismo, y es cierto. Pero también lo es que nos costaría trabajo identificar esa cualidad con la idea general que tenemos de un poema, sobre todo de un poema posmoderno o contemporáneo.

Más adelante, José Ramón González, refuerza la idea ya citada de Helmich al afirmar que este pone de manifiesto “la coincidencia de estrategias enunciativas y verbales entre el lenguaje del poema y el lenguaje del aforismo”. Y añade: “El juego de imágenes orienta en ambos casos el texto [...] hacia un eje subjetivo que puede no revelarse abiertamente, pero que es el punto central de la integración textual, porque en él se origina –y se justifica– la analogía y el ejercicio metafórico”.<sup>17</sup> Dejemos al margen los pequeños detalles de la extensión, de la concisión, de la rotundidad... Aun así, parece que el autor se refiere solo al poema, porque un aforismo, como ya hemos dicho, “señala”, “denuncia” siempre el “fingimiento” de la subjetividad desde una voz aparentemente autorizada, omnisciente. Lo que prácticamente no ocurre nunca en un poema, a no ser que se trate de poemas religiosos. Además, es cierto que el aforismo utiliza a menudo el recurso analógico, pero el metafórico muy poco, en casos muy puntuales y en lo que podríamos llamar ya “aforismos fronterizos”, o “transgenéricos” como los califica Erika Martínez. Incluso se podría afirmar que la razón de ser más profunda del aforismo es contraria al procedimiento metafórico.

Por otra parte, tanto Manuel Neila como Justo Serna abundan en esta identificación entre el aforismo y el poema. El primero afirma que “la cualidad más destacada de la escritura aforística moderna es, sin duda, su carácter poético”.<sup>18</sup> Y más adelante añade que “la subjetivación y la fragmentación son rasgos esencialmente poéticos”. No

---

<sup>17</sup> *Ibíd.*

<sup>18</sup> “La levedad y la gracia. Acerca de los aforismos y sus formas”, en *Turia*, núm. 71-72, pp. 38- 48 [45].

podemos estar de acuerdo con estas afirmaciones. Si eso fuese así, no habría diferencia entre los aforismos y los poemas breves, tampoco semejanzas. La subjetivación, el “fingimiento” o la “construcción” de esa subjetivación, es sin duda un rasgo poético, pero, como hemos visto, no lo es del aforismo que habla por una voz omnisciente, una voz en “off”, sin subjetividad, o con toda la posible. La fragmentación puede que podamos asociarla al aforismo, en la medida en que puede considerarse un fragmento de prosa e incluso un fragmento de pensamiento que no tiene ni quiere pertenecer a un “sistema”, pero para nada tiene que ver con el poema. El poema no es fragmento de otro corpus mayor, ni siquiera del libro: el poema es una estructura cerrada en sí misma con su propia autonomía y, en la medida en que seamos capaces de separarnos del idealismo y la trascendencia fenomenológica, el poema no es un fragmento de esa entidad “inefable” que conocemos como “Poesía” y que estaría en todas partes, en las rosas, en las nubes y en los borriquitos, “esperando la mano de nieve que sepa arrancarla”. No acaba aquí Neila: continúa afirmando que el aforismo emplea un lenguaje “con cualidades propias del discurso poético: un lenguaje sustancial y figurativo que no se separa de su objeto”. Creo que Neila vuelve a equivocarse: el lenguaje que habitualmente utiliza el aforismo, la mayoría de aforismos, es un lenguaje muy cercano al lenguaje de la prosa y, en este sentido, ¿por qué no relacionarlo con los apólogos e incluso con los microrrelatos, como hace muy lúcidamente Erika Martínez siguiendo a Lagmanovich?<sup>19</sup> Hablar de “lenguaje sustancial y figurativo que no se separa del objeto” parece más lenguaje de la filosofía que de la poesía. Y ese roce, ese punto de contacto entre la filosofía y el aforismo es otro lugar conflictivo que también han tratado con profusión los estudiosos, pero que no es el objeto directo de nuestra reflexión.

Por su parte, Justo Serna afirma que al aforismo le ocurre lo que al poema: “La palabra es la que es, siempre precaria e insuficiente, pero los versos son todo lo que son, medidos y relacionados: hay imágenes o enseñanzas que resultan de esa combinación y de esa

---

<sup>19</sup> *Loc. cit.* pág. 3, y David Lagmanovich, “El microrrelato hispánico: algunas reiteraciones”, *Revista Iberoamericana. Ensayo sobre letras, historia y sociedad*, núm. 36, pp. 85-96 [88].

disposición. Un poema no puede ser resumido o parafraseado sin malograrlo. Un aforismo tampoco puede ser abreviado o glosado”.<sup>20</sup> Es curioso, porque en esta aproximación de Serna se mezclan, en primer lugar, una definición clara de lo que nos parece una diferencia evidente entre aforismo y poema, esto es, el verso con su medida y su cadencia y sus imágenes y sus combinaciones, de la mayoría de las cuales carece el aforismo, y en segundo lugar una característica común a ambos: su carácter irreductible a la glosa o a la paráfrasis. Aunque esa imposibilidad obedece a distintas causas en cada caso.

III. Pero, ¿cómo funciona un poema? Antes de iniciar una posible comparación o diferenciación, sería conveniente que estableciésemos un régimen de igualdad. Es decir, estamos hablando –o se suele hablar– del aforismo por una parte y de la poesía por otra. No hablamos de la “aforía”, si es que eso existe o puede existir, frente a la “poesía”, como sería lo justo. Y esta desigualdad en las argumentaciones es más importante de lo que parece. “¿Qué es poesía?”, se preguntaba nuestro poeta clásico más moderno. El Diccionario de la RAE la define del siguiente modo en su primera acepción: “Manifestación de la belleza o del sentimiento estético por medio de la palabra, en verso o en prosa”. A esta definición le siguen otras seis y solamente la última podríamos considerarla una definición filológica completa: “Arte de componer obras poéticas en verso o en prosa”. Las demás alternan el todo por la parte o se remiten a sí mismas, como suele ocurrir en los diccionarios, pero se incluye también una muy curiosa, la sexta: “Idealidad, lirismo, cualidad que suscita un sentimiento hondo de belleza, manifiesta o no por medio del lenguaje.” Es decir, al margen del lenguaje hay poesía en distintas manifestaciones, una poesía preexistente que, como defendía Juan Ramón Jiménez, el poeta se encargaba de desvelar, de desnudar. Muy a menudo, esta creencia en la “Poesía” como un estado ideal espiritual que se encarna en distintas manifestaciones o discursos, está muy presente en el inconsciente colectivo cuando se pronuncia la palabra mágica. De ahí que al poe-

---

<sup>20</sup> *Loc. cit.*, pág. 9.

ma se le considere muchas veces un fragmento de esa belleza ideal del mundo: “Podrá no haber poetas/ pero siempre habrá poesía”.

Me interesa mucho recordar aquí la definición de poema que hace Terry Eagleton en su libro *Cómo leer un poema*, por lo que tiene de práctica, técnica y desprejuiciada. Dice:

Un poema es una declaración moral –entendida la moral en su sentido etimológico–, verbalmente inventiva y ficcional, en la que es el autor, y no el impresor o el procesador de textos, quien decide dónde terminan los versos.<sup>21</sup>

Hagamos un esfuerzo, pues, y dejemos de lado esta creencia ideológica en la “Poesía”, y démosle por una vez el protagonismo que se merece al “poema”. Veámoslo, no como un fragmento de nada preexistente, sino como un mecanismo del lenguaje, una estructura fijada que produce unos efectos determinados y que se dirige a una parte concreta de nuestra percepción. Y analicémoslo en régimen de igualdad con el aforismo.

Un poema es, sin duda, una fórmula de lenguaje en verso, y en ocasiones mucho menos frecuentes, también en prosa llamada “poética”. Y el verso es un conjunto de palabras sujeto a medida y cadencia, o solo a cadencia, generalmente, en la modernidad. Aquí ya podemos apreciar algunos rasgos en los que el poema se diferencia claramente del aforismo: la medida. No me olvido de que la medida no es tan estricta en la poesía moderna como lo fue en la tradicional, pero sigue existiendo. El pretendido “versolibrismo” de la poesía moderna se refiere más a la rima y la distribución estrófica que a la medida. En cierto modo, podría afirmarse que la poesía moderna –al menos en el ámbito hispánico– es una “combinación libre de versos perfectamente medidos”. Y para que la cadencia exista es necesaria alguna extensión, cosa de la que el aforismo carece por su exigencia de brevedad.

Desde la inflexión que produce la estética vanguardista, la imagen y la metáfora van a tener una importancia fundamental en la poesía moderna y, como hemos visto, el aforismo, en general, es po-

---

<sup>21</sup> *Cómo leer un poema*, Madrid, Akal, 2007, pág. 35.

co metafórico. La chispa que produce, la intensidad o la sorpresa, provienen en general de otras figuras retóricas, entre las que destaca la paradoja.

El aforismo apela al conocimiento, al juicio, a la crítica, pero ¿a qué apela el poema? Hemos visto que se relaciona con la belleza o con el sentimiento de belleza y con los efectos que ese sentimiento puede producir. Es cierto que lo que el poema busca en primer lugar es desencadenar la emoción en el lector o en el oyente, pero eso sería limitarlo igualmente, como tantas veces se hace con el aforismo. Existen muchos poemas que apelan a la inteligencia del lector, a su juicio o a su percepción crítica, pero no son la mayoría, ni son el prototipo de poema, lo que un lector común entiende por poesía. Hay excepciones, por supuesto: la poesía de Mallarmé, la de los herméticos italianos, una parte de la poesía de Guillermo Carnero en España, etc. Como señala acertadamente Terry Eagleton:

Un poema puede ser la “ocasión” para un sentimiento, como cuando aquellos que han perdido un hijo encuentran alivio en poemas extraordinariamente sentimentales. Pero los sentimientos literarios son “respuestas” a los poemas, no meros estados de emoción que acontecen en su presencia. Y para poder considerar un sentimiento como una respuesta, debe darse una relación interna entre él y el propio poema.<sup>22</sup>

En este sentido, para establecer esa relación entre el sentimiento y el poema es imprescindible otro fenómeno característico de la poesía que tampoco es necesario, generalmente, en el aforismo: el “tono”. El tono es una modulación de la voz que habla en el poema y que nos quiere indicar cuál puede ser la dirección emocional que el poema intenta señalarle al lector. El tono ayuda a establecer esa relación interna entre el poema y la respuesta del lector. Y necesita, generalmente, algo de recorrido.

También hay excepciones en cuanto a la brevedad, la intensidad y la sorpresa, alguna de las cuales ya hemos citado: los epigramas, los haikus, los “artefactos” de Nicanor Parra, los aerolitos de

---

<sup>22</sup> *Op. cit.*, pág. 140.



Ory, las glorierías de Gloria Fuertes, los afoformas, etc. El caso de Nicanor Parra es paradigmático en lo que se refiere a un acercamiento desde la poesía al aforismo. Parra, en los años setenta, toma una manifestación callejera que los jóvenes estaban poniendo de moda en todo el planeta: los *graffiti*. Este modo de “mensaje especial callejero” que se inicia en los años cincuenta en las estaciones del metro de Nueva York y las grandes ciudades norteamericanas, y que se engloba dentro de lo que se llamó entonces la “contracultura” juvenil, alcanza su máxima manifestación y repercusión en la revolución estudiantil de Mayo del 68 francés. Parra toma la estructura y el gesto de estos mensajes, acompañándolos además de uno de sus aditamentos más antiguos: la ilustración que los acompañaba. De cualquier modo, a nosotros nos interesan en primer lugar los textos que Parra alinea con su poesía, a pesar de que estos “artefectos” fueron editados por primera vez como postales, presentados en un envase en forma de caja. Veamos algunos de esos textos, sobre todo aquellos que no están amparados en imágenes:

El pensamiento muere en la boca	Más que las flores abiertas interesan las que están por abrir	Para ser Presidente hay que ser escupido previamente.
---------------------------------------	---	---

¿Cuál es la diferencia de estos artefactos con un aforismo? Prácticamente ninguna, si acaso la disposición formal. Y podríamos citar otros muchos ( “La izquierda y la derecha unidas, jamás serán vencidas”; “USA, donde la libertad es una estatua”, etc.)<sup>23</sup> que solo se diferenciarían por el acompañamiento de las imágenes. Es decir, la frontera, en este caso, entre el poema y el aforismo es muy difícil de delimitar.

Hace unos años, la escritora Carmen Camacho publicó una antología titulada *Fuegos de palabras. El aforismo poético español de los siglos XX y XXI (1900-2014)*<sup>24</sup>, en la que curiosamente no incluye a todos los poetas que escribimos aforismos, aunque sí quiere

---

<sup>23</sup> *Obras completas & algo+* (1935-1972), ed. de Niall Binns e Ignacio Echevarría, vol. I, pp. 313- 557.

<sup>24</sup> Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2018.

adelantar una teoría del “aforismo poético español” en una introducción extensa y muy documentada. No obstante, las argumentaciones que la autora emplea para fundamentar estos fenómenos de escritura que ella denomina “fuegos de palabras” no están exentas de cierto idealismo que se apoya en conceptos como “espíritu de aforismo”, “incommensurable”, “palabra como creación”, “lo indecible”, “lo impensable”, incluso “dragones”. Al final no nos queda claro qué cosa sea ese sintagma difícil “fuego de palabras”, ni tampoco el porqué se incluyen tantísimos aforismos que no tienen, a nuestro juicio, nada de “poéticos”. Lo que la autora quiere demostrar es que, desde los momentos agónicos de la modernidad, con la explosión de las vanguardias históricas, hasta la presente posmodernidad, e incluso transmodernidad, el aforismo se ha ido hibridando desde su posición fronteriza y acercando a modos, recursos y formalizaciones muy cercanas a la poesía, de la que toma elementos, tonos, procedimientos y resultados muy afines. Erika Martínez lo explicó muy agudamente en un trabajo que también cita Camacho:

Hasta el día de hoy, el aforismo sigue siendo un territorio gobernado por la prosa del pensamiento. Desde principios del siglo XX, sin embargo, ese territorio tolera rincones donde los galimatías discuten la lógica moderna, la dispersión boicotea la eficacia literaria y las intuiciones caprichosas usurpan el lugar de la pertinencia gnómica. De la razón moral al acto poético, del pensamiento a la imagen, el aforismo navega bien entre dos aguas.<sup>25</sup>

En definitiva, no creemos que el aforismo moderno sea subsidiario del discurso poético, ni tampoco que participe de la lógica interna del poema ni que existan “aforismos poéticos” diferenciados de los aforismos *sensu stricto*. Pensamos que el aforismo moderno se sitúa en un lugar literario fronterizo, sometido, por lo tanto, a una hibridación constante de otros géneros –también de la prosa de ficción– y, por lo tanto, cercano en diferentes momentos a otras formas con las que mantiene un parentesco evidente.

---

<sup>25</sup> "El aforismo en castellano: tradición y vanguardia", *Revista Letral*, núm. 7 (2011), pp. 30-38 [38].

## ALGUNAS MARCAS MÁS EN LA PIEDRA

### *Dudas, anexos, novedades, remordimientos*

AITOR FRANCOS

Los criterios para encuadrar a un escritor como vasco tal vez pudieron parecer ambiguos, laxos incluso, no del todo definidos, en mi antología *Marcas en la piedra*.<sup>26</sup> Y lo son. Pretenden reflejar un carácter, o una forma de enfrentar el mundo, si se quiere, y de afrontar el contexto sociopolítico, tan concreto en este caso, no tanto una identidad. Obviamente, el lugar de nacimiento o de residencia y la cultura vasca –el euskera, por supuesto– son determinantes. Pero no siempre, como puede verse. De hecho, son más los escritores en castellano, aunque más de uno sepa y hable, o tenga nociones al menos, del euskera. Hay algo innato e inaprensible que los une. La historia común, vivida desde dentro; la marca del lugar. Por otro lado, la etiqueta vasca pretendía reflejar, además, unas influencias; mejor dicho, la posibilidad de determinadas influencias culturales. Contra todo prejuicio, el concepto, en lo aforístico, no se caracteriza, ni mucho menos, por la rudeza o la sequedad de estilo.

En verdad, la gestación de *Marcas en la piedra* no fue dificultosa y el contacto con los escritores, siempre, gratificante y alicionador. Es un grupo de aforistas consolidado, aunque no todos reconocidos. Fue, en mi opinión, indispensable rescatar a algunos de entre los que escriben en euskera y que, o no estaban traducidos, como es el caso de Tere Irastorza, o que no tenían fuera del País Vasco una difusión suficiente, como Ana Urkiza. Me quedé con ganas de incluir al navarro (pero residente en Madrid) Ángel Erro. La falta de un libro de aforismos cerrado y publicado, y el número reducido de textos que me podía proporcionar, dispersos en revistas como *Argia*, dificultaron la tarea y hubo que descartar su elección. De volver a hacerla, es muy probable que metiese también a Bixente Serrano Izko. Hace tres años, cuando leí por primera vez sus aforismos, me parecieron demasiado radicales, del todo sinceros y directos, tan alejados

---

<sup>26</sup> *Marcas en la piedra. Doce aforistas vascos*. Sevilla, Renacimiento, 2019.

de lo poético que no supe cómo justificarlos en el caso de decidir incluirlos. Ahora los rescataría, porque creo que esa es una gran carencia, en general, muy extendida en el aforismo actual: la agudeza crítica de tipo político. Un atrevimiento, diría, necesario, obligado. De manera indirecta o metafórica, es innegable que esa crítica existe, pero pocas veces abordándola exclusiva y directamente. La crítica que hizo de *Jauzika* Javier Rojo para *El Correo*, se tituló, acertadamente, “La heterodoxia acostumbrada”. Nada lo describe mejor. Lo es, un diario abierto, sin aspiraciones de grandilocuencia. Él, un aforista crítico, con un punto lúdico. Lástima la escasez, pues publicó con cuentagotas. En su libro póstumo, *Ene iratxoekin solasean* (Pamiela, 2021), se reúnen unos cuantos pensamientos breves más que Izko preparó y ordenó antes de morir.

No tuve la fortuna de llegar a conocer a Patxi Andiñón. Desgraciadamente murió en un accidente de tráfico al poco de publicarse la antología. Habíamos intercambiado varios correos, breves pero cordiales, y conservaba la esperanza de que se animase a acudir a alguna de las presentaciones. Por mediación de su hijo Jon, también poeta y productor de cine, tuve contacto con él. Aunque nacido en Madrid, se mudó al poco al País Vasco, donde se crió. Fue, por encima de todo, un intelectual que luego de apartarse de la música y el cine se doctoró en Sociología y encontró acomodo como profesor de universidad. Los aforismos recopilados en *Breverías* (Huerga y Fierro, 2014) habrá quien cuestione, y es lógico, si lo son. Esencialmente poéticos y nada rebuscados, se acercan más a la pasión, a la sentimentalidad y a los laberintos del lenguaje que a la razón elaborada; ciertos, instintivos y limpios. Resistirán.

Francamente, pasados casi tres años desde la publicación de *Marcas en la piedra* pienso en algunos de los escritores que quedaron fuera y lo lamento. Contra los que lo hicieron por decisión propia, como Fernando Aramburu, nada puedo objetar. Escuetamente contesté a mi e-mail aclarándome que no era viable adelantar una muestra de inéditos, pues los tenía comprometidos por contrato. Debo pedir disculpas en público –y lo hago tarde, lamentando su reciente fallecimiento– a Andrés Ortiz-Osés, y quiero dedicarle un espacio. Biográficamente me costaba encuadrarle en el País Vasco, a pesar de que vivió en Bilbao varias décadas, en los últimos años ya como ca-

tedrático emérito de la Universidad de Deusto. Otro factor influyó: de manera equivocada lo consideré solamente un filósofo, como si un filósofo no pudiese escribir brevedades (ahí tenemos a Ramón Andrés, y entre los clásicos citaré dos, pero hay decenas: Schopenhauer y Nietzsche). Dos libros de Ortiz-Osés, si no más, refutan mi error: *Liturgia de la vida (Breviario de la existencia)*, por encima de otros. Algo menos, *Meditación del existir*. Merecería una antología. Quizás, y es otra disculpa, la extraordinaria fertilidad de Ortiz-Osés, su vastísima producción, y la imposibilidad de revisarlo a fondo, de ahondar en él con lupa de detective, hiciese que le restara valor. Sus aforismos son a menudo atrevidos y agudos; muchas veces, en cambio, pecan de moralizadores y de prejuiciosos. Es, en todas sus formas posibles, contradictorio, polémico, cáustico, contestatario, demolidor.

Aunque no se le cataloga entre los aforistas, habría que mencionar, por parentesco en estilo y actitud vital con Ramón Eder, a Iñaki Uriarte. No lo incluí en la antología por razones lógicas, pero de los tres tomos de sus *Diarios* bien podrían sacarse estupendas ideas, alegorías, y por qué no, aforismos. Tímido, peculiar y algo asocial, llegó a la escena tardíamente, hasta el punto de que él mismo se confiesa abrumado por la etiqueta de escritor. No le creamos serio: tiene agudezas increíbles y bromas inolvidables. Pero eso no le resta un ápice de inteligencia. Cuando leo a Uriarte leo a Montaigne, a La Rochefoucauld, a Renard, a tantos maestros, sintetizados, digeridos y mostrados en pequeños trazos de inteligencia. Será, en cualquier caso, difícil separar a Uriarte de los que le preceden y dan sombra de conocimiento. En el fondo, él mismo se describe como un gran pesimista que se enfrenta a la realidad con resignación y cierto grado de dramatismo soñador, pero sin demasiado desgarro y con una actitud de pura contención (y no solo de estilo). Alguien que teme que la vida llegue para ridiculizarnos, él, que es un ejemplo de ascetismo y de vida fuera de los estándares. Como se define en una entrevista: un determinista radical. Uriarte haría bueno el dicho de que toda cultura es un malentendido. Y que siga siendo solamente eso.

De Itziar Mínguez Arnaiz (Barakaldo, 1972) se puede decir que debuta relativamente en el género. Antes de *Nubes y claros* (que se alzó con el último premio José Bergamín en 2021) ya había dado

muestras de algo parecido a lo aforístico en *Wikipoemia*. Los de Mínguez siguen la estela de Iribarren: usa el humor, es ácida, implacable en cuanto a mordacidad crítica y a la vez tierna y nada distante. Aforismos sencillos que son fruto de la observación más que de las re-friegas intelectuales. Como en su lírica, hay algo narrativo en ellos, escuetos, de afilada precisión; esa capacidad de observación favorece que surja un nuevo brillo de significado sobre las cosas y los hechos. Posee una mirada lúcida pero agridulce, atenta a la sorpresa de la vida, con una actitud moral ante las cosas, una obligación crítica.

Otro estreno (y utilizo esta palabra pues viene del mundo del teatro) fue el de Roberto Herrero. Había leído, años atrás, la brevísima obra de teatro *Como todos los martes (Hiru)*, un monólogo, y sé que obtuvo el Premio Euskadi en 1995 (que entonces no se llamaba así) por otra. En 2019 se estrena en el aforismo con *Abrir la ventana está sobrevalorado*, un libro impecable, donde no sobra nada. Desde luego, los cerca de 300 que recoge no me dejaron indiferente. Vayan dos ejemplos:

*No amar es una forma de alargar los días.*

*Siempre esperamos, como si la vida nos debiera algo.*

Reconozco que dudé con Tere Irastortza cuando cayó en mis manos *Txoriak dira bederatzi*. Pensé que había material suficiente con tono aforístico, siempre y cuando lo seleccionásemos y acomodásemos para que la muestra cuadrara en las pretensiones de la antología. Necesitábamos, así es, reescribir muchos de los fragmentos. Opté primero por traducirla, pero ella me pasó la versión en castellano que había preparado para el jurado del premio nacional. De ahí tachamos y extrajimos unos fragmentos fabulosos, retocados, emborronados, que eran diferentes de los del libro original: nuevos. Quizás se podría haber hecho lo mismo con más poetas. Poco antes había contactado con Julia Otxoa por ese motivo, y porque me hubiese alegrado que algunas partes de *Taxus Baccata* (Hiperión, 2005), libro por el cual sentía y siento aún profunda admiración, apareciesen en la antología; ella misma me contestó y convenció de que era mejor que no fuese así. Lo consideraba poesía y no otra cosa. Y se lo agradezco.

Lo sé ahora. No le di suficiente importancia al preparar la antología a algo que después he creído fundamental. Lo religioso y sus diferentes acepciones. O la idea de Dios. Muy presente, revisando a los autores, en casi todos, pero más en Insausti, Mayora, Arginzóniz, Uría, Irastortza; en Eder poco, y en un sentido más sapiencial y pagano; en Linazasoro, desde el escepticismo; en Iribarren desde una óptica nihilista, pero también mencionándolo. Beñat Arginzóniz se propuso, de hecho, reescribir el evangelio, el Nuevo Testamento, a la manera de los apócrifos del Mar Muerto: recuperar ideas, temas y simbologías. Vocación visionaria la del poeta, pero con un empeño laico y fundamentado en el concepto del hombre (así pues, lo tituló *El evangelio del hombre*, en 2016, apartando de la idea de Jesucristo cualquier atisbo de divinidad). No rescaté ningún extracto de ese libro, pero perfectamente se podría haber incluido en *Marcas en la piedra* («Os habéis abierto a lo maravilloso que brilla y ríe, os habéis ofrecido a lo imposible que muere y nace a cada instante»). Arginzóniz es –junto con Ander Mayora– el más humanista de los aforistas vascos y, sin embargo, también, con diferencia (y ahí, junto con Uría y Andión), el más poético. Junto con el lirismo hay un contexto mágico y religioso, de misterio, alrededor: también un aura de desesperación frente a lo incomprensible. Después de *Marcas en la piedra*, Arginzóniz publicó *Extrañas flores*, en el sello editorial que dirige desde Bilbao, El Gallo de Oro.

Algo querrá decir, por otra parte, que Ander Mayora se haya estrenado como poeta poco después de haberlo hecho como aforista. Indudable el hecho de que están íntimamente unidas poesía y aforística. En *El páramo* (2018), y aún más en *La clemencia del tiempo* (2015), hay escritos, la mayoría de hecho, soberbios y lúcidos, que pueden pasar por breves fragmentos filosóficos. Los temas son múltiples, como sucede en la vida, pero dotados de hondura intelectual, llenos de provechosas lecturas bien asimiladas. Surgen, no como revelación de la vida íntima, sino como acto de celebración, como una muestra de agradecimiento hacia el saber y la conmemoración del pensamiento como tesoro. Cree Mayora en el aforismo como memoria. Como cajón para condensar ideas.

En los diccionarios se suele aludir en la definición de aforismo no tanto a la concretada fuerza expresiva sino a su valor doc-

trinal. Equivocadamente. En todo caso, un valor didáctico pero nunca aseverativo o impositivo; sí inquisitivo. Sirve para aclarar o para poner duda al que sostenía una certeza quizás equivocada. No hay, en mi opinión, aforismo sin expresión poética. Es un decir distinto, nunca lineal. Uría es buen ejemplo de eso. Sigue con sus maravillosas marginalidades. Varía, se atreve, arriesga. Es dueño de una poética inconfundible, de *outsider* que habita el borde de lo imposible. Sus aforismos nacen con el brillo de la contradicción y lo poético. Uría busca el hallazgo afortunado, pero se despliega también en sus tareas como crítico y continuada reflexión teórica, impulsado por una ambición de saber y de indagar sobre el aforismo, como en *La ciencia de lo inútil* (Trea, 2018). En los fragmentos de Uría hay, sobre todo, iluminaciones: es difícil diferenciar qué es y qué no poesía en sus libros. Sucede en *Infancia es lugar* (Cypress, 2021) y antes en *Harria* (El Gallo de Oro, 2016). Le pasa también en los haikus, acompañados de dibujos en tinta negra: se leen con facilidad, pero se digieren con tiempo y repasos frecuentes. Arte global, en él todo escrito es un feliz acontecimiento de exploración y complementación.

Juan Kruz Igerabide sacó este 2021 pasado, en Apeadero de Aforistas, la traducción de su última entrega, *Hasta cuándo se puede tener razón*, en euskera *Noiz arte arrazoi* (Alberdania, 2020). Pero no fue el único: también salió *Motx-Motxean* (Denonartean, 2021, que vendría a significar *En corto*), acompañado de unos dibujos de Koldobika Jauregi. Fue de los primeros en publicar aforismos en euskera (con conciencia clara de estar escribiendo aforismos y no otra cosa), allá por el año 1994, aunque no fue exactamente en un libro de aforismos —entendido esto como un corpus formado únicamente por ellos—, sino en una compilación de fragmentos y poesía (*Sarean leiho*, Alberdania). Como él mismo ha sugerido en una entrevista a *El Aforista*, llevaba años fascinado por el género y leyendo a varios de los presocráticos y a autores como Patanjali. Para entonces, Igerabide había traducido los aforismos de Hipócrates al euskera en la época en que trabajó como profesor de lenguaje técnico en la Escuela de Enfermería de la Universidad del País Vasco (*Hipokratesen aforismoak*, libro publicado con prólogo de Iñaki Ugarteburu por Elhuyar, en 1995). En esa misma entrevista confiesa una de sus influencias más claras, G. C. Lichtenberg, autor que le obsesionó durante meses y



con quien comparte la idea, el concepto, de aforismo: recordemos que este los llamaba *waste books*, libros de desperdicios. ¿En qué consiste, cómo es ese proceso de escritura? Ir tomando apuntes, leer, hacer otras cosas entremedias; juntar cuartillas, trozos de papel, desecharlo, perder otros; dejar que pase el tiempo y haga su labor de desescombro. Igerabide suele ordenar los aforismos por temas más o menos homogéneos (un vicio universitario que se acabará curando, asegura) y eso es bastante poco común entre los aforistas vascos, donde es más normal la dispersión, el desorden, si no el caos. Los escritores que más le han podido influir seguramente no disten mucho de los que hemos leídos todos: Gracián, Cioran y Nietzsche, diría, están presente en la mayoría. En cambio, Igerabide es, de todos, el más cercano a Pascal y a Montaigne, el más epigramático también (él mismo cita a Marcial y a Juvenal) y un escritor clásico y que huye de pretensiones modernizadoras. Apura la frase hacia lo esencial, evita aspavientos, retóricas absurdas: repele toda palabrería innecesaria y ornamental (ese decir sin decir tan frecuente de muchos); así pues, primero tacha, luego escribe. Es habitual –y él lo hace– que se respete la primera intuición del aforismo, el núcleo primigenio. La piedra anclada al origen. Las marcas progresan, se pulen, se suman después.

Poco después de cerrar la antología, Ramón Eder recibió el premio Euskadi por *Palmeras solitarias* (2018). Ha tomado la palabra de maestro, es indudable. Y cierto ritmo de publicación, pues desde entonces ha sacado otros tres: *El simétrico milagro*, 2019, publicado en Bogotá, y otros dos en la sevillana Renacimiento, *El oráculo irónico* (2019) y *Cafés de techos altos* (2020).<sup>27</sup> Eder convierte la ironía en su equipaje. Apartó, casi del todo, otras expresiones literarias (excepción manifiesta la artística, la del dibujo, sus viñetas –tan kafkianas– y que suelen últimamente ilustrar las portadas de sus libros en Renacimiento). Aunque algo queda del poeta que fue en cada nota concisa que nos brinda. Como escribe en *El oráculo irónico*: "Tener voz propia como escritor es inventar un tono que parezca na-

---

<sup>27</sup> Con posterioridad han aparecido *Aforismos y serendipias* (Sevilla, Renacimiento, 2021) y *Aforismos del Faro de la Plata* (Santander, Alto Aire, 2022), una antología preparada por Carmen Canet.

tural y que no se parezca a ningún otro". Eder es una especie de Diógenes el Cínico amable, solo que él sí anota sus ingenios verbales. No trata de impresionar, pero lo hace, hasta diría que involuntariamente. Dice de los aforistas que suelen ser intempestivos y burlones. Que critican las imposturas y los tópicos y que hacen irónicos juegos de palabras que pueden parecer frívolos pero que son reveladores. Tal cual es él, nada lo definiría mejor. Ama las contradicciones que la realidad le ofrece y las lleva a la literatura. Las aborda, es cierto, con laconismo y valiéndose de la sabiduría que da tener el poder aún de asombrarse.

También Karlos Linazasoro, valiéndose de grandes dosis de humor, ha seguido publicando. En *Buzón de sugerencias* (Trea, 2020), volvió a la carga, transitando, de nuevo, por la ocurrencia feliz, no evitando lo contemplativo. Normalmente los escribe en euskera, pero el permitirse abordar él mismo su traducción le lleva a poder jugar con el lenguaje y adaptarlo sin estar sometido a las rigideces del trasvase, ampliando horizontes y duplicando semánticas.

No dista tanto el aforista vasco del resto; en propósito, al menos, no: cuestionar las verdades absolutas. Constatar, destilar ideas, poetizarlas. Seguirán surgiendo más marcas en la piedra. Irán engarzándose, alineándose, como el jardín de senderos que se bifurcan. La fertilidad de esta tierra es asombrosa.

## AFORISTAS MESETARIOS DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XXI

RICARDO VIRTANEN

Resulta indudable la importancia que ha adquirido el aforismo en las dos décadas transcurridas en el siglo XXI. La tradición del aforismo ha resultado intermitente durante todo el siglo XX, con lagunas evidentes. Entre los años diez y treinta, se observa un apogeo del aforismo español, desde la greguería aforística de Ramón Gómez de la Serna, a los aforismos poéticos, reflexivos de muy diversa índole de autores como Juan Ramón Jiménez, Machado, Bergamín, Benjamín Jarnés, García Lorca, Jardiel Poncela, Benavente, Max Aub, Ramón J. Sender o Ramón y Cajal. Entramos en un momento difícil para el aforismo en la posguerra española, donde destacan algunos nombres dispersos como Carlos Edmundo de Ory, José Camón Aznar, José Gaos, Juan Gil-Albert, Ángel Crespo, Rafael Sánchez Ferlosio, Gloria Fuertes, Cristóbal Sierra, Juan Eduardo Cirlot, Vicente Núñez, José Infante, José Ángel Valente, Fernando Arrabal, Andrés Ortiz-Osés o Rafael Pérez Estrada. El auge del aforismo en el siglo XXI viene correspondido con el interés de los escritores, tanto profesionales como aficionados, en desarrollar en el *fin de siècle* una estética del fragmento acorde con los tiempos. Para ello han concurrido numerosos factores, como el auge de las redes sociales o el empuje de esta literatura del fragmento, y por ende su aparición en libros misceláneos (Camacho, 2018, 21). Un aforismo, según nos detalla Javier Recas (2021, 84), va a implicar una reflexión breve, autónoma, semánticamente densa e imbuida de ingenio y agudeza. Demasiadas cosas como para que la colorea el regionalismo, casi siempre inexistente.

La posición del aforismo actual se halla lejos de lo que denominaríamos «moda episodal» de un género. Junto al haiku y el microrelato, el aforismo ha llegado para instalarse en un momento, principios de siglo XX, en que lo fragmentario toma acomodo en los escritores de entresiglos. Afecta a la novela, que combina distintos espacios en su devenir fragmentario (Javier Marías, Enrique Vila-Matas), y a la poesía, con el advenimiento de la poética del fragmento,

aquellos poetas que comienzan a publicar con el siglo. En la posguerra, el aforismo se mantenía en un discretísimo lugar, frente a la preeminencia del género poético. Pero en el siglo XX, pese a las diversas formas que adquiere en algunos autores, predomina el aforismo lírico –llamado también metafórico (Neila, 2016)–, frecuentado mayormente por poetas, si bien ocurre un fenómeno extraño que no había ocurrido nunca: se da el caso de un número nada desdeñable de aforistas que solo se deben a este género: Carmen Canet, Sergio García, Eliana Dukelsky, Felix Trull, Ricardo de la Fuente, Francisco Ferrero, o el que es quizá el aforista español con mayor determinación en el género: Ramón Eder, que si bien ha publicado algún poemario, su obra literaria transita exclusivamente por el aforismo. Y otra novedad en este momento de efervescencia del aforismo español es la normalización del aforismo femenino (como ocurrió con la poesía en los años ochenta), que hasta principios de siglo solo parecía reservado a un par de nombres: Gloria Fuertes y Dionisia García.

A finales del siglo XX surgen los primeros aforistas, poetas evidentemente, que se aproximan al género con algunas publicaciones. Estos serían Dionisia García, Manuel Neila (cuya labor crítica, además, es crucial en el esplendor del aforismo en el siglo XXI), Ángel Guinda, Lorenzo Oliván o José Mateos, sin olvidarnos de Andrés Trapiello, quien sin publicar un libro de aforismos como tal, incide en la regeneración del aforismo de entresiglos con la publicación de sus diarios desde 1990, donde aparecen insertadas series largas de aforismos. Aforistas mesetarios –o también «castellanos»– es el marbete con el que he querido denominar a un grupo de aforistas muy numeroso de principios de siglo que nacieron en torno al centro de la península, o bien se instalaron en algunas de las ciudades que la conforman. Escritores, pues, castellanos en su amplio designio nominal. El útero castellano (mesetario) es amplio, abierto, sin recovecos, bidimensional y de naturaleza cambiante. El castellano, un hombre, o una mujer, siempre a la intemperie del mundo. Al adjetivo mesetario, claro, habría que unir el de «montañés», porque localizaciones como León o Ávila, por ejemplo, se alejan del concepto «mesetario» *ad litteram*.

Y bien, si se ha observado que a algunos escritores les pesa la determinación de su localismo (véanse ciertos aforistas vascos, en la

reciente antología preparada por Aitor Francos, *Marcas en la piedra*, 2019), o algún caso aislado del aforismo andaluz, es complejo –imposible casi, diría yo– clasificar según su determinismo geográfico. Sí pasó con los aforistas de principios de siglo, donde el madrileñismo de Gómez de la Serna o Jardiel Poncela se percibía en parte de sus obras aforísticas; o también la presencia de La Mancha en la obra de Ángel Crespo. Algo que es innegable en la poesía, en el aforismo no es destacable, aunque hallemos conexiones parciales evidentes en casos concretos.

Ciertamente, en la taxonomía que vamos a generar en este artículo (el aforismo a principios de siglo), habría que tener en cuenta varias puntualizaciones, como son los términos orillados, ocultos, desplazados, acogidos y canónicos. Para entender qué queremos decir con «aforistas mesetarios», podríamos aludir a la antigua clasificación autonómica, la formada por las dos Castillas, la Vieja y la Nueva, esto es, escritores castellanos, que hoy se circundaría en torno a tres comunidades: Madrid, Castilla-La Mancha (Toledo, Segovia, Albacete, Ciudad Real y Cuenca), Castilla y León (Ávila, Soria, León, Valladolid, Salamanca, Burgos, Segovia, Zamora y Palencia). La aforística española del siglo XXI se siente emparentada entre sí por unas características identitarias que se refieren, *grosso modo*, a unas influencias comunes (moralistas franceses, Lichtenberg, Lec, Canetti, Renard...), más que a una determinación geográfica. Aun siendo aforistas muy alejados geográficamente, a autores como Ramón Eder, Carmen Canet, Sergio García, Carlos Marzal o Lorenzo Oliván les une un aforismo irónico, poético, cotidiano, moral..., para nada mediatisado por su localismo. La intención de este texto, pues, es la de mostrar a los aforistas que surgen en el siglo XXI, esto es, coincidentes con el surgimiento del nuevo aforismo español del siglo XXI, en torno al centro de la península, con algunos nombres que publican entre siglos y que aparecen como inductores de este brillante momento del aforismo español, alejado del desarrollado durante el siglo XX.

Llama la atención que sean solo once el número de aforistas de Madrid que practican el aforismo durante los siglos XX y XXI: Jacinto Benavente (1866-1954), José Bergamín (1895-1983), Gloria Fuertes (1917-1998), Ignacio Gómez de Liaño (1946), Pedro Casa-

riego (1955-1993), Rafael Marín (1955), Gloria Fernández Sánchez (1960), Benjamín Prado (1961), Ricardo Virtanen (1963), Rafael Gonzalo Verdugo (1969) y Paula Díaz Altozano (1990). Como desplazado, y por tanto al margen de nuestro estudio, se hallaría Elías Moro, nacido en Madrid en 1959, pero residente en Mérida desde 1982, ubicado pues en el ámbito literario extremeño. Como «adoptados», podemos apuntar estos nombres: José Camón Aznar (Zaragoza, 1998-Madrid, 1979), Rafael Sánchez Ferlosio (Roma, 1927-Madrid, 2019), Ángel Guinda (Zaragoza, 1948-Madrid, 2022), Manuel Neila (1950, Hervás, Cáceres), Andrés Trapiello (Manzaneda de Torío, León, 1953), José Luis Morante (El Bohodón, Ávila, 1957), Adolfo García Ortega (Valladolid, 1958), Jordi Doce (Gijón, 1967) y Eliana Dukelsky (Buenos Aires, 1982). El poeta Roger Wolfe, nacido en Reino Unido en 1962, ha residido en Madrid, pero también en Gijón, lejos pues del concepto mesetario.

Ignacio Gómez de Liaño, nacido en 1946, fue un destacado poeta experimental en las décadas 60 y 70. Después se ha prodigado en distintos géneros: poesía, novela, ensayo, diario y aforismo. Como aforista ha publicado *Breviario de filosofía práctica* (2005), y ha sido incluido en alguna antología como *Concisos* (2017). Su aforística podría situarse en un ámbito moral y conceptual:

La duda presupone la certeza. La certeza, al menos, de que se duda.

Lo moral es una interpretación de las cosas según el valor que les atribuimos.

Los otros me permiten ver la realidad desde las más variadas perspectivas sin necesidad de levantarme de la silla.

Rafael Marín, nacido en 1955, es profesor de filosofía. Lo calificaríamos como un «oculto», ya que no se ha prodigado entre los nombres habituales del género. Publicó en 2010 *Libro de citas de Marcelo del Campo*, que representa una miscelánea que el mismo autor refiere como «citas», procedentes de cuadernos escritos entre 1992 y 2009, que denomina «pseudoficción». José Ramón González nos lo descubre en *Pensar por lo breve*, donde detalla que Marín presenta una gran variedad de formas aforísticas: juego de palabras, reflexiones, poesía, experimentos visuales y verbales, aforismos y sentencias (Gon-

zález, 2013, 222). No hay duda de que es la paradoja su recurso más efectivo. Leemos algunos textos entresacados de su único libro:

La vida es un simulacro de la vida.

Somos mecanismos productores del pasado.

Te pienso, luego existes.

Gloria Fernández Sánchez nació en Madrid en 1960. Ganó el VII Premio José Bergamín de Aforismos con *Cortar por lo sano* (2020). Antes ya había presentado *La navaja de Occam* (2020). Su aforística se decanta por su aspecto moral y reflexivo, plenamente insertada en el aforismo lírico, dada su condición de poeta.

Benjamín Prado (nacido en 1961) es un poeta con una obra muy copiosa. Ha publicado ensayo y novela con éxito, aunque también ha recalado en el aforismo del siglo XXI con tres libros publicados en apenas cuatro años: *Pura lógica* (2012), *Doble fondo* (2014) y *Más que palabras* (2015). El aforismo de Prado recurre al chispazo, al silogismo y a la paradoja como procedimientos más usuales, a los que sumaríamos la ironía o el humor. De su libro *Doble fondo*, entresacamos estos:

Fuiste lo único bueno que me pasó en tu vida.

Lo inútil dura más por falta de uso.

Retirarse a tiempo es de cobardes.

Ricardo Virtanen (nacido en 1963), también poeta, novelista, diarista y crítico literario, se dio a conocer como aforista en 2008 con *Pompas y circunstancias*, al que siguieron *Laberinto de efectos* (2010), *El funambulista ciego* (2019), *Bazar de esquirlas* (2019) e *Interruptores* (2021), junto a Carmen Canet. Su aforística se incrusta en lo que él denomina aforismo lírico, evolucionando desde la greguería aforística a textos breves, casi poéticos, que llamó «esquirlas», donde se congrega todo el universo cotidiano que conforma el ser humano. Algunos textos recogidos de *Bazar de esquirlas*:

La eternidad dura un instante; la vida, todavía menos.

Lo que brilla no oculta su preocupación.

Tenía la frente erguida y las ideas aplastadas.

Rafael Gonzalo Verdugo (1969) ha sabido unir pensamiento y poesía en sus textos de manera original. Publicó hace más de una década tres libros: *Nostalgia geométrica del caos* (2001), *Tierra firme de la fantasía* (2004) y *El tiempo todo locura* (2007). En sus obras mezcla con inteligencia el microrrelato, las píldoras filosóficas y el atrezzo poético, donde el elemento social tiene una gran representación. No en vano el propio autor ha calificado a sus aforismos de «bufos». Leamos algunos de sus textos:

Seleccionamos olvidos.

El futuro y el pasado son contemporáneos.

El instinto es la educación de los milenios.

Paula Díaz Altozano (1990) es la más reciente adquisición del aforismo madrileño. Publicó *Meteórica* en 2021. Frecuenta la poesía, por lo que sus aforismos tienden hacia lo lírico, recreando una poética muy reconocible, con chispazos reflexivos en torno a nuestra cotidianidad. La aforista busca ahondar críticamente en la razón de existir, siempre con el planteamiento del arte como motor de lo creativo. Una mirada que no deja de husmear en la naturaleza y en lo humano para ofrecer una instantánea llena de reflexión con mirada poética. Seleccionamos algunos aforismos de *Meteórica*:

Escribir con la técnica del claroscuro.

El bolígrafo en mi mano: un arma ligera.

El misterio es que seamos, aquí y ahora.

Entre los «acogidos», ubicados en Madrid desde hace décadas, hay nombres clave del aforismo actual: Ángel Guinda (1947), Manuel Neila (1950), Andrés Trapiello (1953), Luis Valdesueiro (1953), José Luis Morante (1957), Jordi Doce (1965) y Eliana Dukelsky (1985).



Ángel Guinda nació en Zaragoza en 1948 y murió en Madrid en 2022, ciudad en la que vivió varias décadas. Fue fundamentalmente poeta, con una obra que se extiende desde los años setenta, si bien realizó incursiones en el aforismo hasta el punto de que en ocasiones una cosa y otra se fusionan, son *la misma cosa*. Guinda fue, además de un aragonés «adoptado», un inductor de la nueva aforística, puesto que publicó su primer libro de aforismos, *Breviario*, en 1992. Después llegaron sus *Máximas, mínimas* (1994) y *Huellas*, en 1998, este último sí, ya en el proceder del aforismo del nuevo siglo. Después publicó un libro mixto, *Toda la luz del mundo. Minimal love poems* (2002), y en 2014 *Libro de huellas*, el cual reunía su aforística, *grosso modo*. Para Neila, sus escritos aforísticos «abordan cuestiones de tipo cognoscitivo, moral y literario» (Neila, 2016, 151). Sin duda, detrás de una extrema poetización de sus textos se encuentra una voz que desarrolla ante todo un pensamiento crítico y estético de gran altura. Seleccionamos estos aforismos de *Libro de huellas*:

Escribir como se vive.

Cada día nos deja algo, aunque solo sea su noche.

La poesía es una pregunta a todas las respuestas.

Manuel Neila se conforma en uno de los baluartes del aforismo contemporáneo, tanto por sus múltiples escritos teóricos y sobre los aforistas del siglo XX como por su obra en marcha desde finales de siglo. Nacido en Hervás, Cáceres, en 1950, su juventud transcurrió en Oviedo, y luego ha vivido en Madrid durante décadas. Nos hallamos ante otro «adoptado» entonces, y sin duda se suma a ese grupo de aforistas (también poetas) que son considerados inductores, al publicar su primer libro de aforismos en 1998: *El silencio roto*. Después llegaron *Pensamientos de intemperie* (2012), *Pensamientos desmandados* (2015) (reunidos más tarde, junto a *Pensamientos del malestar*, en *El juego del hombre*, en 2018), la antología *Discordancias. Antología esencial* (2019) y *Palabras en curso* (2021). Los aforismos de Neila inciden en un aforismo moral, donde los pareceres, las discordancias toman el pulso del decir reflexivo (con influencias en su última etapa del Mairena de Antonio Machado), con numerosas incursiones en el aforismo metafórico y metapoético. Se adivinan nom-

bres como Chamfort, Lichtenberg, Joubert, Canetti, Gómez Dávila o el español Sánchez Ferlosio, siempre divagando entre lo elegíaco y lo himnico, en perfecto juego dialógico del hombre consigo mismo y con el mundo. Sus breverdades (como él mismo refiere) abrazan una tradición que dispensa lirismo, profundidad, juicio crítico, sobriedad y concisión (Barrios, 2018). De *Palabras en curso* señalamos estos ejemplos:

La felicidad consiste en un deseo que permanece como deseo.

En demasiadas ocasiones, los aforismos no dejan ver el bosque.

Para instinto artístico, el de los pájaros.

Andrés Trapiello (1953) es oriundo de Manzaneda de Torío, León, si bien se instala en Madrid en los años setenta. No ha publicado nunca un libro de aforismos como tal, pero sí *El arca de las palabras* (2006), cuyo contenido nos remite a una serie de entradas lexicográficas en las que refunda el significado de palabras del diccionario, con un gran sentido poético y aforístico. Asimismo, y esto resulta más significativo, Trapiello ha desarrollado un aforismo propio, en muchos sentidos moral, en las entradas de sus diarios, reunidos bajo el título de *Salón de pasos perdidos* desde 1990, cuando publica *El gato encerrado*. Unos textos con gran influencia de autores como Juan Ramón Jiménez, Bergamín y, sobre todo, la aforística diarística de Jules Renard. De su primer diario, entresacamos estos aforismos:

A veces sentimos que la vida es como nuestra letra. Ni nos gusta ni la entendemos.

Escribir con defectos propios, antes, o mejor, que con aciertos ajenos.

Vida literaria: o es vida, o es literaria.

Luis Valdesueiro nació en un pueblo de Ávila en 1953, si bien vive en Madrid desde niño. Publicó un solo libro en el siglo pasado, *Lucidario* (1997), aunque se ha prodigado en las redes sociales las últimas décadas, sobre todo en su blog *Las esquinas del día*. Su aforística tiene su base en los moralistas franceses, aforistas contemporáneos como Lec e, incluso, Carlos Edmundo de Ory, por sus textos

apocopados y sintéticos. Estos se corresponden con los aforismos líricos contemporáneos por una leve conceptualización del decir entre la poesía y la filosofía:

La necesidad. ¡Qué mejor timonel!

El dolor, exacto.

El misterio de la existencia. La ardua monotonía.

José Luis Morante (1957) es un poeta y crítico literario, nacido en El Bohodón, Ávila, aunque desde principios de la década de los ochenta se radicó en Rivas Vaciamadrid, Madrid. Estamos ante un «canónico», presente en la mayoría de las antologías de aforismos publicadas en el nuevo siglo (antes del siglo XXI no se realizó ninguna en España). Su aforística se mostró con el cuaderno *Sueltos* en 2008. Después editó *Mejores días* (2010), *Motivos personales* (2015), *Migas de voz* (2020) y *Planos cortos* (2021). Hiram Barrios ha incidido en su tono conversacional y confesional (2021, 11). Sus textos han recalado en el aforismo lírico, pero reflexivo, con presencia del aforismo social (sobre todo en sus primeros libros), y con uso de procedimientos como la ironía, la paradoja o el enfoque metapoético, que se sumergen en la cotidianidad para deletrearnos la naturaleza humana paradójica. Seleccionamos algunos aforismos de su antología *Migas de voz*:

Alguien escribe. Soy parte de la trama. Un personaje episódico.

Los derrumbes emiten destellos líricos.

Aforismo: Un zumbido de abejas.

Adolfo García Ortega, nacido en Valladolid en 1958, pero residente en Madrid desde 1975, podría ser considerado un «oculto» en el ámbito aforístico de principios de siglo, puesto que publica *Habitaciones irreales* en 1999, esto es, en la antesala del aforismo actual. Con influencia de Barthes, Canetti, Cendrars o Wittgenstein, su aforística se encamina, pues, hacia un texto filosófico, metapoético, de envergadura conceptual. En 2015 publicó *No es lo mismo (Aforismos cardinales)*. Lo considero «orillado» u «oculto» por la nula presencia en

antologías surgidas en el nuevo siglo, pese a sus varias publicaciones en el género. Apuntamos algunos ejemplos de *Habitaciones irreales*:

¿Por qué escribir? Por perpetuar un gesto ya heredado.

Todo poema es metáfora del cuerpo del poeta. Es carne palabreada.

La literatura es el simulacro de lo real en lo ficticio.

Jordi Doce nació en Oviedo en 1965, pero parte de su vida ha transcurrido en Madrid. Poeta de obra representativa en su generación, ha publicado dos entregas aforísticas: *Hormigas blancas* (2005) y *Perrros en la playa* (2011). Sus aforismos se encaminan dentro del decir sorpresivo, sintético, lleno de hondura y lirismo. En ellos hallamos la mezcla vital de lo fragmentario y lo prosístico, al transcribir con ingenio notas, poemas, instantes que acontecen en lo cotidiano. Por todo ello, José Ramón González señala su «carácter epifánico» (2013, 275). Del libro *Hormigas blancas*, estos ejemplos:

Un molusco hundido en el cieno: el corazón.

La muerte, el último fotógrafo.

El vacío del que tiene mucho que decir y no puede decirlo.

Finalmente, Eliana Dukelsky nació en Buenos Aires en 1982, pero ha vivido en Madrid gran parte de su vida. Ha publicado *La lengua o el espejo* (2015, II Premio Internacional José Bergamín de Aforismos), *Crianza* (2018) y *Electra destronada* (2021). Aforista plena, su lento pero seguro caminar en el aforismo contemporáneo denota una caligrafía aforística reflexiva, donde la identidad resulta el motor de los pensamientos, siempre bien quebrados por recursos como la paradoja o la ironía. Desde su segundo libro se orientó hacia un aforismo con claras marcas feministas, donde la mujer es presencia omnímoda. De *La lengua o el espejo*, entresacamos estos textos:

Una parte de mí sospecha de la otra.

Me dejaste sola, contigo dentro.

La soledad siempre viene en sacos rotos.

En el ámbito de Castilla-La Mancha, destacaron dos nombres clásicos durante el siglo XX: Ángel Crespo (Ciudad Real, 1926-Barcelona, 1925) y Antonio Fernández Molina (Ciudad Real, 1929-Zaragoza, 2005). En el siglo XXI no hallamos nombres presentes de manera clara en el panorama aforístico, aunque sí podríamos sumar a un «adoptado»: León Molina. Nacido en La Habana, Cuba, en 1959, se ubicó en la provincia de Albacete. Ha publicado los libros *Mapa de ningún sitio* (2015) y *Tirar la piedra y esconder la mano* (2020), aparte de un peculiar libro antológico de aforismos españoles titulado *Verdad y media* (2017). Sus textos se adhieren con firmeza al decir lírico. Son breves y sintéticos, donde la ironía, la reflexión y el humor se entremezclan con lo poético, con claras influencias de Joubert, Lichtenberg, Lec o Gómez Dávila, siempre como apócope de brillantez intelectual y lírica. De su primer libro, seleccionamos:

La certeza es pasado, la duda futuro.

Sé tu istmo.

La poesía es un barco hundido que navega.

En el ámbito castellano-leonés, existiría la separación entre «mesetarios» y «montañeses». Hallaríamos los siguientes nombres: Luis Felipe Comendador, Ángel de Frutos Salvador, Mario Pérez Antolín, Ricardo de la Fuente, Camilo de Ory y Jacob Iglesias.

Más «montañés» que mesetario, Luis Felipe Comendador, nacido en Salamanca, Béjar, en 1957, es un poeta algo orillado hoy día, aunque en los 90 y principios de siglo tuviera una gran presencia en el territorio literario con la proyección de revistas literarias, premios de poesía y editoriales. Ha publicado dos libros de aforismos en la primera década del siglo: *Aráñame* (2006) y *No pasa nada si a mí no me pasa nada* (2008). Su aforística camina entre la ironía, el humor y la paradoja, con gran peso del aforismo crítico o ético, social e ideológico podríamos decir. En palabras de Morante, «apuesta por la factura humilde de una ética que se siente en la periferia» (2020, 12). De *No pasa nada si a mí no me pasa nada*:

Se asombra quien busca, no quien posee.

La melancolía es el misterio de la belleza.

Huir es también correr hacia algún sitio.

Ángel de Frutos Salvador (Torregalindo, Burgos, 1952) recrea sus aforismos con el nombre de “afuerismos”. Publicó *Puentes en el desierto* en 2007. Sus textos son dardos breves, sintéticos, irónicos, donde prevalecen los juegos de palabras, con incidencia de lo psicoanalítico. Veamos algunos ejemplos de su único libro:

Puede ser que así como fue no sea.

Hablar por hallar.

Afuerismo: prisma de rotos.

Mario Pérez Antolín (Stuttgart, 1964), nacido en Alemania, se trasladó a Valladolid con un año, donde estuvo hasta los 25, cuando se instaló en Ávila, donde reside. Es uno de los aforistas canónicos en este primer tramo de siglo XXI, presente en casi todas las antologías del género, coordinando una con el título de *Concisos* (2017). También poeta, ha publicado los libros de aforismos *Profanación del poder* (2011), *La más cruel de las certezas* (2013), *Oscura lucidez* (2015), *Crudeza* (2018) y *Contrariedades* (2020). Su aforística da la impresión de partir de un entorno diarístico que desarrolla su pensamiento con dosis reflexivas, filosóficas, sociales, políticas, pero también con temperamento poético, con gran uso de la ironía. En sus últimos libros ha tendido al aforismo sintético, sin abandonar nunca el carácter prosaico de sus textos, con tendencia al ensayo prosístico en numerosos ejemplos. Según José Luis Morante, en él «se clarifica la noción de progreso de la modernidad» (2020, 14). De su último libro, *Contrariedades*, seleccionamos estos textos:

El secreto es el refugio de la verdad.

Está más cerca del abismo y no consigue tocarlo.

La orfandad siempre llega a deshora, como el pedrisco.

El segoviano Ricardo de la Fuente, nacido en 1956 e instalado en Madrid, se halla en el ámbito claro de lo mesetario. Es autor de un solo libro de aforismos: *Andar en la nieve* (2017), el cual se alzó con el Premio José Bergamín de Aforismos en 2016. El aforismo de De la Fuente es sorpresivo, con gran agudeza en su planteamiento intelectual y gran uso de la ironía como procedimiento asertivo, donde no falta el humor ni el chispazo reflexivo. De su único libro destacamos estos textos:

Me gusta la métrica de los pensamientos de mi pereza.

Todos hablaban mal de todos y todos tenían razón.

Era tan dogmático que criticaba a los pájaros por irse por las ramas.

Camilo de Ory (Segovia, 1970), segoviano residente primero en Málaga y después en la capital de España, además de nieto del gran Carlos Edmundo de Ory, publicó *300* en 2012, libro donde impera el juego conceptual. De Ory es un aforista que gusta de la provocación en sus aforismos en la red, así como del humor negro y cáustico. Estos aforismos pertenecen a su libro *300*:

Poeta o higienista verbal.

Conmovedora la insistencia de la lluvia.

Dios y dos son cinco.

Jacob Iglesias (Palencia, 1980) es autor de un libro de aforismos titulado *Ovejas negras* (2018). El propio Iglesias se ha referido a su libro como «una de esas cajas de hojalata donde antiguamente se guardaban utensilios de costura, botones, retales o carretes de hilo». De temática variopinta, Iglesias conforma un aforismo prototipo inserto en la cotidianidad y con predilección por el juego de palabras y el decir sorpresivo. Algunos ejemplos entresacados de *Ovejas negras*:

Al darle las gracias contrajo sin darse cuenta una deuda.

¿El epitafio más triste?: «Nunca hizo mal a nadie».

Su manía de corregir a la gente le sumió en la erudición.

En definitiva, mostramos un extenso mapa del aforismo castellano, con numerosos nombres que desarrollan en la actualidad una aforística clave en el contexto español. La nómina apuntada no es exhaustiva. El aforismo es un género escurridizo, cambiante, regenerado en todo momento por novísimas actualizaciones. Y algunos aforistas aparecen al margen del canon que se va generando, y no se visualizan de manera preponderante. Hemos querido anotar los nombres que aparecen en antologías, estudios actuales, premios, etc. Habremos de estar atentos para localizar a aquellos «ocultos», como esas novedades que el rico aforismo español actual seguirá desarrollando en estas primeras décadas del siglo XXI.

### BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Barrios, Hiram (2020), «Pensamiento y sensibilidad», prólogo a *El juego del hombre. Discordancias*. Sevilla, Renacimiento, pp. 9-13.
- (2021), «Breviario de ideas», prólogo a *Migas de voz*, de José Luis Morante. México, Universidad Nacional de México, pp. 9-16.
- Camacho, Carmen (2018), *Fuegos de palabras. El aforismo poético español de los siglos XX y XXI (1900-2014)*. Sevilla, Fundación José Manuel Lara.
- Francos, Aitor (2019), *Marcas en la piedra*. Sevilla, Renacimiento.
- González, José Ramón (2013), *Pensar por lo breve. Aforística española de entresiglos. Antología (1980-2012)*. Gijón, Trea.
- Molina, León (2017), *Verdad y media. Antología de aforismos españoles del siglo XXI (2001-2016)*. Sevilla, La Isla de Siltolá.
- Morante, José Luis (2020), *11 aforistas a contrapié*. Mérida, Liliputienses.
- Neila, Manuel (2016), *La levedad y la gracia*. Sevilla, Renacimiento.
- Pérez Antolín, Mario (coord.) (2017), *Concisos*. Madrid, Cuadernos del Laberinto.
- Recas, Javier (2021), *El arte de la levedad*. Sevilla, Cypress Cultura.



# MUJER Y AFORISMO

CARMEN CANET

Para hablar sobre el aforismo y la mujer he acudido a estudios, a artículos, a lecturas, a conversaciones, a reflexiones, y todas nos llevan a que la presencia de las mujeres en la tradición aforística es muy escasa. Seamos realistas: nos encontramos ante un género no normalizado y con el añadido de que la mujer, por varias cuestiones que todos sabemos, no ha aparecido en el mapa literario como se merece. Si la poesía es un género menos leído entre los lectores comparado con la novela, el aforismo ya es un desconocido.

La importancia del aforismo como género literario es mucho mayor de lo que normalmente se suele recordar en los manuales de literatura, dice Ramón Eder, en su 'Elogio del aforismo'; también Erika Martínez y Carlos Marzal concluyen en sus aportaciones teóricas a este género fragmentario con la misma idea. Añado que coincido en mis reflexiones en este dato.

Definir, delimitar el aforismo sabemos que es imposible y actualmente es innecesario hacerlo. Son muchos y muy interesantes los estudiosos desde todos los tiempos que se han dedicado a este tema, a su clasificación y caracterización. Se coincide en que el aforismo es ese género fronterizo inmenso y rebelde que no se puede ni se debe acotar. Este indomable que no se puede cercar, como dice Erika Martínez: "El aforismo discrepa hasta consigo mismo". La verdad que no tenemos necesidad de definir estas frases libres, ni de delimitar este género breve que tantas alegrías está dando últimamente. Aquí tampoco vamos a tratar de sus inicios porque sabemos que el aforismo está en el origen de las civilizaciones, y que a través de máximas, sentencias... se ha prodigado en la cultura de todos los tiempos. Y también sabemos que la segunda parte de este siglo pasado, ha sido una época de penumbra frente al siglo XXI, aquí es en donde ha resurgido. El aforismo contemporáneo ha estado apartado de la escena principal. Después de los años de vanguardia, regresó tímidamente en los 80 para consolidarse en el XXI. Este género tan clásico y repleto de tradición está viviendo una época feliz y cada vez más con más empuje.

Entre mis estudios sobre la escritura en aforismo, refrendado por otros investigadores existe un hecho real, y es que en las épocas de decadencia, de guerras, de perturbación social, de rebelión con lo establecido, de transición, es cuando este género se ha cultivado con mayor productividad. Los aforismos suelen agudizarse en épocas oscuras, de caídas, de decadencia y es comprobable. Así, consecuencia de esta crisis y malestar social que vivimos es significativo que el género resucite, parece que se necesiten nuevos aires, nuevas formas de expresión con esa carga de denuncia social, de sarcasmo, ironía y de cercanía a lo cotidiano. Reaparece y se presenta generalmente para quitarnos peso, para aligerar las cosas, y actualmente con este mundo de prisas, de estrés, nos conviene. Esto junto con la dosis terapéutica que suele poseer y con el ingrediente dialógico, diarístico y confesional que tiene, provoca esta aparición que incluso en redes esté tan de moda, aunque no podemos confundir el oficio con la ocurrencia, pero tiene ese punto de instantaneidad de aquellos envites clásicos. Nace este género que evoluciona y se adapta a nuevas formas de sentir. Cada época ha vivido con mayor o menor intensidad este género literario fronterizo, híbrido entre la literatura y la filosofía (Homero y Platón), sentimiento y pensamiento. El aforismo contemporáneo está exento de solemnidad, de grandilocuencias, del sentido sentencioso y de su origen didáctico, ya no corren tiempos para esto. Son frases abiertas que invitan a que el lector participe. El aforismo actual tiende a ser poético, ese pensamiento en donde filosofía y lírica se abrazan. José Ramón González escribe que “no siempre el aforismo ha estado del lado de la poesía, y que la propia noción de aforismo poético es relativamente reciente”. Lo que sí es una obviedad es que la gran mayoría de autores aforistas son poetas.

Una vez hecho este preliminar sobre el género, trataremos de hablar de las aportaciones que las mujeres han hecho en este género y la verdad que no han sido muchas. No olvidemos que las mujeres por la educación recibida, por su generosidad y por tener un espacio privado que se les asignaba, no tuvieron oportunidades. Decidieron a su manera, ser creadoras de tantas cosas cotidianas, de las pequeñas cosas que son necesarias para vivir. En toda la tradición literaria y en la historia de la literatura donde no aparece, estamos seguros que ha participado. En concreto en el refranero popular que está construido

con frases de las cosas que nos suceden en la vida, son anónimas y debajo de ese anonimato habitan inmensidad de mujeres porque nosotros mismos lo hemos vivido con las mujeres que nos han criado, madres, abuelas, tías, nos lo han recordado, lo han transmitido de generación en generación como la mejor tradición de la lírica tradicional. Son frases exentas de retóricas, hablan de las cosas sencillas que nos acontecen, esta forma de transmitir lo inmediato y la experiencia, resulta parecido al aforismo contemporáneo que realmente son diarios del pensamiento y siempre en busca de un interlocutor que puede ser bien una persona, o bien un elemento de la naturaleza, al estilo de las *canciones de amigo* que fueron tan importantes en el origen oral de la literatura y que luego se fue recogiendo por copistas en pergaminos, en los cancioneros, en las glosas y en los romances. Ahora bien, no podemos confundir refrán con aforismo.

Para el tema que tratamos es necesario e imprescindible el estudio, el recorrido que hace Manuel Neila en el libro *Bajo el signo de Atenea. Diez aforistas de nuestro tiempo* (Renacimiento, 2017), un estudio fundamental y único, la escasez de estudios sobre esta temática es muy grande. Así en el estudio preliminar, Manuel Neila nos introduce largamente en el género aforístico. Nos detalla y aporta una información rigurosa sobre la voz aforística de la mujer, como él la denomina, partiendo de la Edad Moderna y en tres ámbitos: anglófono, alemán e hispánico. En el apartado dedicado a ‘La voz de la mujer’, Neila dice: “Uno de los rasgos definitorios del aforismo moderno es la irrupción de la otra voz: esa que las mujeres vienen reclamando de forma cada vez más perentoria frente, o junto, al orden simbólico masculino”. Continúa diciendo que como ha señalado la pensadora Adriana Cavarero, “las figuras femeninas de la tradición filosófica y literaria –de Penélope a doña Inés, pasando por Margarita– no escapan en definitiva a los roles de la mujer fijados secularmente por el hombre”. Expone que durante la denominada Edad Moderna, “las mujeres tomaron ocasionalmente la palabra y comenzaron a hablar de ellas, sobre todo en cartas y diarios íntimos, aunque también en máximas, aforismos y novelas. Y así lo han señalado Christa Bürgër y Peter Bürger, en su estudio sobre los ‘Proyectos vitales de mujeres de cuatro siglos’ del libro *La desaparición del sujeto*

(Akal, 2001), desde Madame de Sévigné hasta Colette Peignot, pasando por Marie von Herbert”.

Las mujeres se empiezan a manifestar en el clasicismo francés y sigue su desarrollo y presencia en el Romanticismo centroeuropeo, por eso nos apunta que comienza a normalizarse en el modernismo anglófono; así, “*Las reflexiones o sentencias y máximas*, de La Rochefoucauld, son el resultado de las conversaciones mantenidas en los salones de su buena amiga, Madeleine de Suvré, marquesa de Sablé, que se publicaron tras su muerte, autora asimismo de un conjunto estimable de *Maximes*, que se publicaron tras su muerte. La moda de las máximas corresponde a un clima propicio de esta época, un espíritu que estaba de moda y que era un divertimento cultural en las veladas literarias, era un momento en que los ‘honnêtes gens’ trataban de igual a igual a las mujeres: “Nunca se llega a ser un *honnête homme* sin que hayan intervenido en ello las mujeres”, escribió el caballero de Mère, cuyas *Máximas, sentencias y reflexiones morales* fueron muy elogiadas. Otras mujeres además de Madame de Sablé, escriben con este estilo gnómico, apodíctico y sentencioso, como Madame de Scudéry, que salpica de sentencias sus novelas, y Madame de Sévigné, que las dispersó en sus cartas”. Estas mujeres fueron reconocidas por su escritura en la época.

Siguiendo con este estudio, nos dice que “en el ámbito de la lengua alemana, las mujeres no ocuparían el lugar que les corresponde como aforistas hasta el último tercio del siglo XIX. La aristócrata austriaca Marie von Ebner-Eschenbach, que había iniciado su carrera literaria como dramaturga y novelista, se estrenó en el género abreviado con su colección de *Aforismos* (1880), que ha sido su obra más difundida. Defensora de la vigencia de la mujer y su papel activo en la sociedad, se sirvió del aforismo como modalidad expresiva de su cosmovisión. Fue poeta, novelista y autora de obras teatrales. También la alemana Isolde Kurz disfrutó en su tiempo de amplio reconocimiento. Se enfrentó con acritud a la misoginia de Nietzsche y reunió sus aforismos en *Bajo el signo de Aries. Aforismos* (1905).

Por lo que respecta al ámbito anglófono, “la escritura aforística no se normaliza hasta el siglo pasado, si exceptuamos a Emily Dickinson, cuyos poemas pueden pasar a veces por auténticos aforismos, habida cuenta de su carácter gnómico y, a veces, sentencioso.

Entre las aforistas más destacadas en lengua inglesa, destaca a Hellen Keller, Dorothy Parker o Lillian Helman, y a las escritoras jóvenes Barbara Kruger o Jenny Holzer”. Todas en sus respectivos libros reflexionan con ingenio en sus aforismos.

Ya en el ámbito de las letras hispánicas, la voz de las escritoras en el ámbito aforístico no se normaliza hasta avanzado el siglo XXI. En el XX, la mexicana de origen alemán, Mariana Frenk-Westheim, traductora de *Pedro Páramo*, *El llano en llamas* y *El gallo de oro*, de Juan Rulfo. O María Zambrano, considerada como la figura femenina más importante del pensamiento español del siglo XX. Fue discípula de Ortega y Gasset, abandonó la “razón vital” del maestro, en pos de una “razón poética” con la que adentrarse en el ámbito de la poesía: *Filosofía y poesía* (1939). Aunque no publicó aforismos exentos, el poeta Antoni Marí, espigó de sus ensayos, sus pensamientos. También Gloria Fuertes, a la que se ha considerado hasta hace poco poeta para niños, que lo era, pero sin olvidar que tiene una obra importante y original. Una poesía de primera. Coincidió con los poetas de la Generación del 50 y Jaime Gil de Biedma, un poeta tan emblemático y maestro de tantas generaciones posteriores, preparó una antología de su obra porque consideraba su obra esencial, que se tituló: *Que estás en la tierra*, editada en la colección Colliure, de Seix Barral, en 1962. Fue una mujer sencilla y feminista. Es en esta época cuando Gloria Fuertes estuvo viviendo y trabajando en los Estados Unidos, enseñando poesía española en la Universidad de Bucknell, en Pensilvania, adonde se fue a principios de 1961. Estuvo tres años dando recitales por diversas universidades americanas. Vivió la guerra, la posguerra y todas las penurias que conllevó. Fue muy amiga de Ramón Gómez de la Serna. El libro que reúne su obra aforística lo tituló *Glorierías* (2001), como versión personal de *Greguerías* (1962), títulos significativos de su identidad y amistad. Y como comprobamos fueron escritos en la misma época pero el de ella se ha rescatado y publicado en los albores del XXI, por la Editorial Torremozas. Publicó mucho y en importantes editoriales pero no solo poesía y cuentos para niños. El libro que la sacó del olvido fue *Poeta de guardia*, en la colección El Bardo, Barcelona, 1968. Es un libro muy particular, muy interesante y raro por la forma de mezclar vida, poemas, aforismos, fotos y poemas inéditos, titulado *El libro de Gloria Fuer-*

tes. *Antología de poemas y vida* (edición y textos de Jorge de Cascante), en el prólogo dice: “Cuando escucho a alguien infravalorarla o tomársela a broma pienso que no se puede estar más perdido”.

Hablemos de Dionisia García (1929), de una dilatada y prolífica obra poética, narradora y ensayista, la única mujer reconocida en este género en el siglo anterior. Dionisia García ha publicado cuatro libros de aforismos: *Ideario de otoño* (1987), publicado por la Fundación Caja Mediterráneo, y reeditado en 1994, con el añadido de una segunda parte. (Comentar que diez años después de este libro de Dionisia García, en 1997, la Diputación de Huelva y la Fundación El Monte coeditan *Aforismos y pensamientos*, de María Asunción Echagüe). Ya en el siglo XXI publica en la editorial Renacimiento *Voces detenidas* (2004), *El caracol dorado* (2011) y en Libros del Aire en la Colección “Altoaire”, que se acaba de inaugurar con su último libro, *Vuelo hacia adentro* (2022). Libros al Albur editó en 2019 *El hilo de la cometa. Antología esencial (1987-2011)*, con prólogo y selección de mi autoría. Una muestra de algunos de sus aforismos: “La cometa me recuerda lo que quise haber sido”; “Dado que los varones no sacan adelante este mundo crispado, ¿por qué no dejar libre el paso y alternar más con las damas?”; “A pesar de los avances y excepciones, en esta época la mujer es todavía un reclamo publicitario”; “Las mujeres pueden atravesar el desierto. Solo se notificará que los hombres encontraron el agua”. Acaba de editarse su obra reunida en la Serie mayor de la colección ‘A la mínima’ de Renacimiento con el título *El pensamiento escondido* (2022), que he prologado y estudiado su obra aforística. Es la primera mujer, también, que aparece en esta colección.

Volvemos, de nuevo, a *Bajo el signo de Atenea. Diez aforistas de hoy*, por ser una antología única, porque no se había publicado hasta ahora ninguna sobre este género en donde se reúnen a las mujeres que escriben en este género en la actualidad. Como ha dicho el antólogo en el prólogo del libro: “Las diez aforistas que aparecen en esta muestra se cuentan entre quienes cultivan en la actualidad el género con mayor probidad, y son de seguro las más representativas de cuantas practican la escritura discontinua en nuestra lengua, hasta donde hemos podido llegar”.

Aparecemos por orden generacional y cronológico, y en ese mismo orden voy a ir detallando sus obras aforísticas. Carmen Canet tiene publicados: *Malabarismos* (2016, 1ª edición; 2020, 2ª edición), *Luciérnagas* (2018), *La brisa y la lava* (2019), *Olas* (2020), *Legere, eliger* (2021), *Monodosis* (2022) y *Cipselas* (2022), aparte de *Cóncavo y convexo* (2019), junto a Javier Bozalongo, e *Interruptores* (2022), junto a Ricardo Virtanen. Ha editado, prólogado y ha hecho la selección de la antología bilingüe español-alemán, *Spanischsprachige Aphorismen: Dionisia García, Carmen Canet, Eliana Dukelsky* (2021). Actualmente dirige la Colección de Aforismos “Altoaire”, de la Editorial Libros del Aire. Isabel Bono tiene publicados *Hielo seco* (2015) y *Caballos que cantan* (2021). Ana Pérez Cañamares, *Ley de conservación del momento* (2016). Gemma Pellicer, *Medidas extremas* (2021). Carmen Camacho, *Minimás* (2008, 1ª edición; 2009, 2ª edición) y *Zona franca* (2016), y la edición de la antología *Fuegos de palabras. El aforismo poético español de los siglos XX y XXI (1904-2014)*, publicada en 2018. Erika Martínez, *Lenguaraz* (2011). Victoria León, *Insomnios* (2017). Eliana Dukelsky, *La lengua y el espejo* (2015) con el que obtuvo el II Premio Internacional José Bergamín de Aforismos, *Crianza* (2018) y *Electra destronada* (2021). Azahara Alonso, *Bajas presiones* (2016). Y Raquel Vázquez, con un libro aún inédito, titulado, *Entre coche y andén*. Todas tenemos una trayectoria literaria en otros géneros, el ensayo, la crítica literaria, la poesía, la novela, el relato, el microrrelato y la traducción.

Una buena noticia es la incorporación de mujeres al mundo aforístico como Ana Urkiza, con su libro *Un hermoso lugar la felicidad* (2018); Gloria Fernández, *Cortar por lo sano*, que en 2020 ganó el Premio Internacional José Bergamín de Aforismos; y en 2021 lo obtuvo Itziar Minguez Arnáiz con *Nubes y claros*. Mencionar a Paula Díaz Altozano, con *Meteorica* (2021) y a Sihara Nuño, con *El olor del espacio* (2022). Pilar Gorricho, Rosario Troncoso, Laura Millán y Estefanía González, entre otras, comienzan a publicar en revistas, los incluyen en sus libros y los difunden en redes.

Cuando presenté en la Cátedra de las Mujeres Leonor de Guzmán de la Universidad de Córdoba esta antología que nace, como ya he dicho, gracias al escritor Manuel Neila, *Bajo el signo de Atenea*, se planteó un interesante coloquio, asistió un público atento, estába-

mos en la mesa redonda, María Rosal, Noni Benegas y yo misma, lo primero que se planteó es que no entendían por qué tenían que existir antologías solo de mujeres, ni de poesía, y en este caso de aforismos; tuvimos que responder que el hecho de que existan y estén saliendo, es debido a que en las que se publican, la presencia que se da a las mujeres es mínima. Y esto viene de largo como muy bien argumenta Noni Benegas en su emblemático libro: *Ellas tienen la palabra. Dos décadas de poesía* (1997), en su estudio preliminar, riguroso y necesario. Su compañero de antología Jesús Munarriz dice en el prólogo: “Me gustaría, nos gustaría a los antólogos, que en el futuro, en el siglo XXI ya tan cercano, no hubiera que seguir haciendo más antologías poéticas *de mujeres*, por la sencilla razón de que sus obras, valoradas como se merecen, pasen a integrarse en el acervo común de la poesía española contemporánea. Es un paso obligado, no por cumplir con *cuotas* femeninas sino por pura justicia. A ello puede ayudar, con su aportación teórica, tan esclarecedora, el estudio de Noni Benegas. Esperemos que así sea”. Pues así no ha sido.

En 2018, Carmen Camacho en la edición citada, *Fuegos de palabras*, dedica un capítulo titulado: “Nosotras”, en donde comenta esta problemática que dice que es de origen estructural, y habla de la llamativa ausencia y sus posibles causas.

Si repasamos la presencia de mujeres en las siguientes antologías sobre el aforismo nuestra presencia es mínima y es lógica. Así, en *Pensar por lo breve. Aforística española de entresiglos* (2013), de José Ramón González, aparecen 50 aforistas, 3 mujeres. En *Aforistas españoles vivos* (2015), de José Luis Trullo, 10 aforistas y una mujer. En *Concisos* (2016), de Mario Pérez Antolín, 20 aforistas, 5 mujeres. En *Verdad y media* (2017), de León Molina, 60 aforistas, 6 mujeres. En *Fuegos de palabras. El aforismo poético español de los siglos XX y XXI (1904-2014)* (2018), de Carmen Camacho, 48 aforistas, y 6 mujeres. En *Espigas en la era. Micropedia de aforistas españoles vivos* (2020), de Elías Moro y Carmen Canet, 115 aforistas, 14 mujeres. En *El cántaro a la fuente. Aforistas españoles para el siglo XXI*, de Manuel Neila y José Luis Trullo, 56 aforistas, 10 mujeres. En todas estas representadas, en algunas podría estar alguna aforista más pues en esas fechas de publicación ya había algunas con obra publicada, pero debemos respetar y entender siempre el criterio y razones del



antólogo. En consecuencia como ocurre en las distintas antologías de otros géneros, son cosas que pasan; como dice Noni Benegas: “Llama la atención la falta de coincidencia de los antólogos en los antologados”. Seguro que los antólogos y editores tienen sus razones como hemos comentado y las subjetividades y gustos son respetables; interviene así el grado de afinidad con quien coordina la antología, su criba, su criterio y los años que quieren abarcar.

Las editoriales están haciendo una gran labor, creando colecciones para rescatar obra de mujeres; así, *Renacimiento*, *Torremozas*, *La Isla de Siltolá*, *Cuadernos del Vigía*, entre otras. Es muy de agradecer, pero triste.

No se entiende que en el mundo humanístico literario ocurran estas posiciones de poder por privilegios, no es lógico y es incomprendible, se delatan tantas cosas, como dice Pierre Bourdieu, en *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario* (Barcelona, Anagrama, Colección Argumentos, 1995). Escribía: “Si los poetas vieron reconocido su magisterio unificados por generaciones y había exclusividad masculina, no se midieron las consecuencias de tal exclusión”, pues, como observa Bourdieu, “poco favor se le hace a un determinado colectivo cuando se escamotea de otros a su alrededor. Toda la singularidad o la grandeza de los elegidos se pierden o caen bajo sospecha si se ignora el mundo de sus contemporáneos con los que, o contra los que han alzado su obra”.

El ejemplo más conocido de esta problemática como símbolo de todas las mujeres invisibilizadas en el siglo XX, son las llamadas “las sin sombrero”, fueron las mujeres de la generación del 27, unas pioneras en esta lucha, esas mujeres geniales que tuvieron que huir de España por luchar contra el franquismo, la injusticia, la desigualdad, por estar al lado de los más desfavorecidos. Tienen todas una obra y una trayectoria. Existieron, crearon y triunfaron, estas mujeres que no solo gozaron en su tiempo de éxito nacional e internacional, sino que a través de su arte y activismo desafiaron y cambiaron las normas sociales y culturales de la España de los años 20 y 30. En la primera antología que todos hemos manejado de la Generación del 27, Gerardo Diego tuvo presiones y no incluyó a ninguna. Fueron Ernestina de Champourcín junto con Josefina de la Torre, las dos únicas poetisas que Gerardo Diego incluyó en su segunda antología. En fin, fue-

ron tantas y numerosas, mujeres todas universitarias, luchadoras a contracorriente, tan generosas que no les importó ser visibles, son ejemplo de modernidad. Lo triste y tardío es que ahora se reconoce por todos los estudiosos y críticos que fue por el hecho de ser mujeres, aun viviendo la misma historia, la misma lucha, con las mismas inquietudes y calidades literarias y artísticas, y con el mismo exilio. Además sus extravagancias fueron muy criticadas, frente al entusiasmo que se tuvo en este terreno, por ejemplo, con Dalí o con Buñuel, entre otros de esta generación.

Decía Ángeles Mora en una entrevista reciente, que “si las mujeres no hubiéramos salido de lo privado es como si las aguas subterráneas nunca rompieran la tierra para salir a la superficie: no nacerían los ríos, no tendríamos manantiales. La vida, como el agua busca su cauce. Las mujeres trabajadoras manuales de clase humilde, siempre salieron a trabajar. Hemos tenido un doble trabajo, el peso de la casa y la familia, y el trabajo fuera de ella. Solo las de familias ricas podían tener educación y podían aspirar a pensar y a escribir. De hecho las primeras mujeres escritoras pertenecieron a familias adineradas. Algunas, a veces, entraban en un convento, se convierten en monjas para, paradójicamente, sentirse libres y desarrollar un trabajo intelectual, Santa Teresa, Sor Juana Inés de la Cruz, grandes escritoras de nuestra lengua. En la modernidad, esta es una cuestión muy evidente. Las mujeres teníamos que escapar de la realidad ideológica que nos impuso el mundo burgués. Por siglos sabemos que el trabajo intelectual ha estado vetado, se ha tenido que escapar de una realidad impuesta por dicho mundo. Hubo que romper las dicotomías privado/público, razón/sensibilidad, algo necesario para quitar barreras, aun sabiendo que estas son falsas: lo privado entra en lo público y lo público en lo privado. Lo personal es político, se viene repitiendo mucho por el feminismo desde hace tiempo. La razón y la sensibilidad tampoco se dan por separado. Aún hoy hay «techos de cristal». Se ha avanzado mucho, pero los cambios sociales no ocurren solos, hay mucho trabajo y esfuerzo por debajo. A veces se ignora la lucha que ha habido que sostener para que las cosas fuesen cambiando, nuestra lucha ha sido importante como la deuda de mujeres escritoras que nos precedieron”. Esta situación está cambiando mucho. Siempre se ha pensado que la escritura de la mujer se entretenía en cultivar una lite-

ratura que no tenía que ver ni con el pensamiento ni con la vida real sino con las tareas caseras y “con flores y palomas” como diría Rosalía de Castro en un poema: (“De aquellas que cantan palomas y flores/ todos dicen que tienen alma de mujer./ Pues yo que no las canto Virgen de la Paloma,/ ¡ay! De qué la tendré?”).

Javier Perucho, en el número 28 (2022) de *Transversales* (pp. 305-324), en el artículo ‘Vestigios e indicios del aforismo femenino’, *EEV Letral. Revista electrónica de Estudios transatlánticos de Literatura*, habla de la aparición del aforismo en clave femenina en las Repúblicas de las Letras Literarias de México y de España, cuyas fechas de publicación se remiten a la segunda mitad del siglo XX. Esta irrupción tardía de las aforistas en la historia del género obedece a una diversidad de factores sociales y políticos. Las aforistas han remontado ese acceso tardío y reclamado un puesto en la historia, como revela Perucho.

En todos los trabajos, estudios, entrevistas y reflexiones propias está claro la no presencia de las mujeres en la historia, que está marcada por condicionamientos sociales, por una educación sexista y aunque está evolucionando, queda aún mucho por recorrer y esto es un hecho que no tiene discusión. La ausencia de escritoras en la historia de la literatura es obvia. Cómo se nos retrata en la ficción, otra obviedad, como evidentes los roles que se nos han dado. Desde siempre debemos incidir que la mujer ha sido un sujeto invisible de la historia aunque haya participado siempre como hemos apuntado al principio y haya sido un pilar muy importante manteniendo todo el peso, el trabajo y el cuidado de la familia e incluso haya estado en la vida cultural representada. Siempre por educación y tradición se le ha asignado el espacio íntimo, el público ha sido un espacio asignado al hombre. Por esto es tan importante que tantas editoriales estén en el buen camino y saquen a la luz a las mujeres que se quedaron en la sombra. Es también importante la labor de los editores y del profesorado en el aula porque hay muchas ausencias en los libros de texto que hay que subsanar. La historia ha sido poco generosa con nuestra generosidad.

Dice Carlos Saura en una entrevista en *El Cultural* del 10 de febrero pasado “que la gran revolución, después de la industrial, ha sido la femenina. Y me parece muy justa y necesaria”.

Esta carencia histórica es difícil de entender en nuestro tiempo y tampoco hay que buscar culpables, los motivos son los que son e iremos corrigiendo con el esfuerzo de todos. Es de justicia y de humanidad que todos vayamos juntos en este camino que es la vida.

# PODERES Y APORTACIONES DEL AFORISMO DE INSPIRACIÓN CRISTIANA

JESÚS COTTA

## Introducción

Este texto no pretende agotar un tema que daría para varias tesis doctorales, sino solo aproximarse a lo que un buen aforismo de inspiración cristiana puede aportar al pensamiento actual. Sé bien que aforismos inspirados en filosofías ateas o en otras religiones hacen aportaciones valiosísimas, pero aquí, por mis intereses personales, voy a tratar solo el de inspiración cristiana; y, por limitaciones de tiempo y conocimiento, me centraré en una docena de autores, casi todos vivos y españoles; me voy a dejar, pues, muchos y buenos aforistas en el tintero.

He evitado en el título la expresión de “aforismo religioso”, porque etiquetas tales como literatura femenina, literatura comprometida, cristiana... entrañan el riesgo de hacernos creer que su interés solo reside en el tema que tratan, y el mérito en la causa que abandonan; y eso es un gran error: un buen libro es un buen libro, ya lo escriba un ángel o un diablo, ya defienda a los azules o a los rojos. Así que aquí no voy a citar a representantes del cristianismo, sino a autores que, como yo, escriben de lo que les da la gana, pero que no pueden evitar nutrirse de sus creencias cristianas, aunque muchas veces ni digan el grandioso nombre de Dios, como ocurre, por ejemplo, con la obra de Tolkien, que no lo nombra, pero cuya antropología, moral y escatología son no ya cristianas, sino católicas.

Surge ahora la siguiente pregunta: ¿por qué un aforismo de inspiración cristiana iba a interesar a un materialista? En primer lugar, por la misma razón por la que un aforismo materialista puede interesar a un cristiano: porque las ideas opuestas ponen las nuestras a prueba, o nos elevan a donde las nuestras no llegarían jamás (así, por ejemplo, el materialista Lucrecio, que defiende que los dioses no intervienen en la naturaleza para absolutamente nada, comienza su obra *De rerum natura* con un sublime himno a Venus, quizá porque intuía

que solo con una figura religiosa lograría expresar en toda su misteriosa grandeza el poder fecundo y generador de la naturaleza, que es seguramente lo que quería transmitir); y, en segundo lugar, porque las personas nos interesamos unas por otras no solo por comulgar con las mismas ideas, sino por compartir algo más universal y profundo que las ideas: las emociones y las actitudes; por eso, cuando José Camón Aznar en su impagable *Aforismos del solitario* dice: “El ciprés crea a su alrededor claustros góticos”, estoy seguro de que toca la sensibilidad del corazón más ateo, aunque se trata de un aforismo de dinámica religiosa y simbología cristiana (por cierto, es este un autor que hay que leer antes de morir, aunque sea por aforismos como este: “Los rayos, al caer, cambian de intención varias veces”).

Todo esto explica por qué un filósofo como Fernando Savater, que se define a sí mismo como agnóstico y progresista, se declara entusiasta de los magníficos aforismos del colombiano Nicolás Gómez Dávila, católico y reaccionario; dice de él en un artículo de *Babelia* (29 de diciembre de 2007): “no comparto ninguno de sus axiomas, pero sí la mayoría de lo que deduce de ellos” (algo parecido le pasa con Chesterton). Sirvan estos tres aforismos suyos para ilustrar cómo pueden seducirnos unas deducciones a partir de axiomas que, en frío, no compartimos: “Los Evangelios y el Manifiesto Comunista palidecen; el futuro del mundo está en poder de la coca-cola y la pornografía”, donde el axioma es que gula y lujuria son pecado, pero la deducción es que el enemigo de algo tan grande como el hombre no es algo tan grande como el Diablo o el Capital, sino algo tan ridículo y feo como el dejarse arrastrar por los impulsos más primarios; “La vida es un combate cotidiano contra la estupidez propia”, donde el axioma es esa sabia advertencia de Jesús de que lo impuro no está fuera del hombre, sino dentro de su corazón, y lo que se deduce de ahí es que el mal más peligroso está dentro de cada uno y no es, por tanto, un supuesto enemigo exterior (capitalismo, consumismo, etnocentrismo, globalismo...); y “En la historia es sensato esperar milagros y absurdo confiar en proyectos”, donde el axioma es la fe cristiana en la Providencia, y lo que se deduce de ahí es algo perfectamente asumible para quien no cree en la Providencia: que la historia del hombre es imprevisible y está salpicada de hechos inesperados con

consecuencias aún más inesperadas que han cambiado el curso de la historia.

Y ahora que hemos leído esos tres aforismos, repetimos la pregunta: ¿por qué un lector como Fernando Savater se puede dejar convencer o fascinar por unos aforismos nacidos de unos axiomas que rechaza? Y creo descubrir tres razones que añado a las anteriormente dichas y que son las que voy a tratar en este artículo: porque los axiomas nacidos del cristianismo son capaces de dotar al pensamiento de tres capacidades especialmente valiosas para este género literario: amplificar, iluminar y disentir. Estas tres capacidades son, a su vez, tres funciones, tres poderes, tres alicientes, tres aportaciones a la literatura, que, casualmente encuentro más o menos reflejadas en este aforismo de Gregorio Luri: “Debemos al cristianismo tres cosas fundamentales: la música sacra, la profundidad del alma y la mala conciencia, que es lo mismo que decir la gran literatura”.

### **Primer poder: amplificador**

El materialismo, al menos en su versión de calle, la más ramplona (esa que reduce lo espiritual a lo cerebral), niega lo sagrado y, así, amputa el horizonte del mensaje, le impide remontar el vuelo, lo reduce a la mera materia del objeto artístico o a la interpretación subjetiva que hagamos de él. Cuando a hombros del fervor pasa la Macarena por las calles en la célebre *madrugá* sevillana, un ateo, o un protestante o un musulmán, como yo de hecho he oído varias veces, puede pensar: “Ahí llevan los idólatras o los fanáticos a su muñeca”; sin embargo, un católico ve en esa muñeca la imagen de la Madre de Dios, Reina de la Creación, Madrina del Cosmos, que mantiene los cielos abiertos a los pecadores. El célebre Transparente de la catedral de Toledo no es un mero truco de luz: convierte en celeste la luz terrestre. La creencia religiosa amplifica, pues, el mensaje de esa talla: otorga a un objeto terrestre un significado celeste. ¿Qué buscaba el movimiento pictórico y poético del simbolismo sino eso: amplificar, potenciar, el mensaje del objeto artístico trascendiéndolo con un significado espiritual?

Las religiones desempeñan muy bien este papel amplificador del mensaje porque consideran que la realidad está presidida por una

realidad superior, lo divino, que se rodea de lo sagrado, y así las cosas visibles del mundo nos remiten a realidades superiores e invisibles. La Venus de Willendorf es algo más que una mujer desnuda y entrada en carnes: nos vincula con la fecundidad sagrada de la Madre Tierra.

Pero esa amplificación no es igual de grande y eficaz en todas las religiones: en las religiones, digamos, inmanentes, lo divino reside en el mundo, o incluso es el mundo, como ocurre en la religión griega, cuyos dioses no han originado el mundo, sino que han sido originados por él: el mundo es su hábitat (“Todo está lleno de dioses”, decía Tales de Mileto); pero en una religión de un Dios trascendente, como la cristiana, lo divino es precisamente lo que no es universo; ahí Dios es lo radicalmente distinto de cualquier cosa imaginable. “Dios es siempre otra cosa”, dice Gabriel Insausti y, desde la incredulidad, Elias Canetti: “Ya no hay grandes palabras. La gente, de vez en cuando, dice «Dios», simplemente para pronunciar una palabra que una vez fue grande”. Y Joseph Joubert: “Dios es el lugar en el que no me acuerdo de todo lo demás”. Y Enrique García-Máiquez, en *El vaso medio lleno*: “Quisiera no hablar tanto de Dios; pero decidme algo mejor”. Y Camón Aznar: “¡Dios mío!, y todo el universo cabe en mi pecho”.

Dios, en efecto, es la única palabra objetivamente grande, la auténtica medida de todas las cosas; sin Él, es el hombre quien se convierte en la medida de todas las cosas y, entonces, tan pronto le da por considerarse lo más grande, tal como hacían los ilustrados, como lo más vil, como hacen hoy algunos animalistas. Matar a Dios no nos engrandece: nos empequeñece, porque nos reduce el horizonte. Como dice Camón Aznar: “Ese cielo que miras es del tamaño de tu pupila: todo lo que se nos ocurra, salvo Dios, es en el fondo más pequeño que nosotros”. Y también: “El Ser perfecto de Parménides es la esfera. Ella es la imagen del Universo. Pero llega el cristianismo y la coloca en la mano de Dios”.

Las religiones inmanentes y el materialismo tienen en común que pueden reducir a Dios a cosa o a concepto. Dice Andrés Ortiz-Osés: “Los unos convierten a Dios en cosa; los otros convierten la cosa en dios”. En el cristianismo, sin embargo, Dios es precisamente aquello que no es una cosa. La poesía de San Juan de la Cruz no nos



abriría los cielos si fuera solo sublimación de un deseo sexual reprimido, como pretende el materialismo, o conexión con una fuerza natural sagrada, como ocurre en las religiones inmanentes; solo los abre si es el balbuceo de un alma ante una realidad divina inefable; entonces no solo los abre, sino que sitúa el yo en la cumbre de todas las cosas y lo pone cara a cara con el gran Tú.

Así pues, si alguna religión hay capaz de amplificar el campo de acción del mensaje artístico hasta límites insospechados es una religión trascendente: aquella donde la divinidad está más allá de todos los límites imaginables y excede nuestra capacidad de comprensión y lenguaje; y, por eso, puede dotar al aforismo de una capacidad de abrir los cielos en un chasquido de dedos, de apuntar directamente a la Causa primera y última de todo, es decir, de amplificar el mensaje al infinito con solo decir *Dios, cielo, ángeles*, e incluso otras palabras más de este mundo, como *conciencia, inspiración, silencio, luz, perdón...* Incluso algo tan aparentemente terrestre como Eros puede proyectarse hasta lo celeste si lo consideramos como el amor de Dios a nuestros cuerpos, su guiño de simpatía. Dice Enrique García-Máiquez: “¿De qué voz es eco la conciencia?” y “Cuando Dios encarga libros, lo llama *inspiración*”. “¡Grita, silencio! Sé que contiene la voz de Dios”, dice Dora Rivas en *Raíces en el cielo* (pero lo podrían haber gritado los protagonistas de la gran película de Scorsese, *Silencio*). Dice de la luz el poeta Jesús Montiel en *La última rosa*: “Uno de mis hijos levanta la almohada bajo la que me escondo y después sonrío mientras el sol aureola su cabecita. Los ángeles del último día abrirán del mismo modo nuestros sepulcros”. ¿No es maravillosa esta vuelta de tuerca que, saltándose todo el protocolo del tiempo y del espacio, nos traslada de una escena cotidiana al fin de los tiempos?

## **Segundo poder: iluminador**

El aforismo de inspiración religiosa puede tener también el poder de iluminar. ¿Iluminar qué? El significado del universo.

En efecto, la gran pregunta es si el universo es un hecho bruto que se limita a estar ahí y al que le ha surgido sin querer, por un accidente cósmico, un bicho inteligente cuyo cerebro no puede evitar, por su propio funcionamiento, preguntarse por el significado de

algo que no lo tiene, o bien si el universo ha sido originado con un fino ajuste por un Logos como hogar material de una criatura dotada de logos como Él y capaz de apelar a Él. El hecho de que haya surgido en el universo esa criatura capaz de preguntarse por el significado es ya indicio de que el universo puede tenerlo y de que el hombre, el último en salir, está conectado con el Primero (desde los griegos, es esta una vieja intuición mitológica y filosófica).

Preguntarse por el significado del universo es preguntarse en el fondo por el significado de la razón que lo busca. Si no existiera nada, dos más dos seguirían siendo cuatro: la razón, no el universo, es el gran misterio. Dice Alonso Pinto Molina en su estupendo libro *Colectánea*: “Más que el ajuste fino del universo, la prueba de la existencia de Dios es el ajuste fino del alma” (Alonso Pinto, otro autor imprescindible, aunque solo sea porque dice: “¿Qué es la fama? Es el olvido cogiendo aire” y “La media verdad es la papada de la mentira”).

Cuando digo significado del universo no me refiero al funcionamiento del universo (que es lo que las ciencias estudian), sino al significado de ese funcionamiento, aquello que, de ser conocido, nos permite vivir con un sentido. Ya sabemos cómo funcionan los átomos, pero lo que no sabemos es qué gran libro están escribiendo. Ya sabemos cómo nacen y mueren las estrellas, pero ¿hay algo que nos quieran decir? ¿Son gemas de alguna corona? ¿Está el universo expandiéndose en todas direcciones a la búsqueda de algo que no sea él? O como dice Camón Aznar: “Toda la explosión florestal del universo con sus luces, cosechas y pensamientos, ¿no serán formas de la gratitud?”.

Solo hay indicios del posible significado; por eso hay más preguntas que respuestas. Nos falta la piedra Rosetta, que es el papel que la poesía y el aforismo y el arte pretenden desempeñar con su vocación iluminadora.

Pero ¿existe algo capaz de dar sentido a todo lo que existe? Dice Wittgenstein en su *Tractatus*: “El sentido del mundo debe quedar fuera del mundo; en el mundo todo es como es y todo sucede como sucede; en él no hay ningún valor”. Camón Aznar lo dice así: “Las águilas cuando vuelan no salen nunca del círculo de su alma”. La respuesta cristiana es que, si hay algo capaz de dar sentido al uni-

verso, no puede ser el propio universo, sino una realidad distinta y superior y anterior a él: Alguien. Sin Alguien que lo abra para que entre viento fresco, el universo es una absurda burbuja cósmica expansiva. O existe un Dios trascendente capaz de dotar de sentido al universo, o todas las cosas que valoramos del universo, tarde o temprano, están abocadas a la desaparición, a la nada, al absurdo.

Dice José Mateos en su *Tratado del no sé qué*: “Amar algo es, indefectiblemente, vincularlo a Dios, o sea, enlazarlo con el Único capaz de librarlo del absurdo y de la desaparición”. Eso es lo que ocurre en la preciosa canción *El pájaro Chogüí*; en ella, un niño cae accidentalmente de un árbol y muere, pero en los brazos maternos se convierte en chogüí. Ahí late una verdad poética y religiosa: un niño es una cosa demasiado grande como para desaparecer tras la muerte; seguramente, después de morir, se convierte en pájaro. Esta es la preciosa respuesta de una religión contra el absurdo de la muerte que todo lo devora: vincular lo que amamos con lo sagrado para iluminarlo, darle un sentido y salvarlo.

Pero en las religiones immanentes lo sagrado, aunque superior, sigue perteneciendo a este mundo: el niño se convierte en un pájaro, pero, al final, el pájaro también es de este mundo y acabará volviendo a él; en realidad, la única manera de salvarlo y consolar a la madre es pensar que el niño en realidad no ha muerto y, para creerlo cuando es evidente que al niño se lo ha tragado la negra tierra con la negra muerte que aquí todo lo puede, no queda más remedio que apelar a un Dios trascendente que es señor de la tierra, de la vida y de la muerte. Lo que nos salva de la muerte no puede provenir de la tierra donde todo acaba muriendo. Jesús Montiel explica muy bien ese salto infinito que es el único capaz de salvar de la eterna muerte al niño, y con una imagen muy de andar por casa: “Un matrimonio de palomas ha saltado a la luz del mediodía desde el tejado de enfrente. Los dos ancianos del barrio tendrán el mismo desenlace”.

Así pues, si el sentido del universo ha de venir de fuera del universo, solo lo puede proporcionar un Dios trascendente, o sea, distinto del universo. Si el sentido de la vida ha de provenir de fuera de la vida, no puede provenir sino de la otra. Si el sentido del yo no puede venir del yo, ha de venir de un gran Tú, y el logos de un Logos. De esta manera el yo remite a Dios, esta vida a la otra, y el mundo

natural al sobrenatural, y así el universo y todo lo que en él somos y hacemos revela un significado: el de ser obra Suya, con su huella impresa, que lo ilumina desde dentro. Es una respuesta muy sugerente porque el universo se convierte en la obra de un Dios personal. El universo se desdiviniza, pero, a la vez, se personaliza, porque tiene las huellas dactilares de una Persona.

Y todos esos significados cristianos pueden resultar en un aforismo inspiradores incluso para quien no los comparte, porque se nutren de una experiencia humana previa a las creencias conscientes que nos separan y que tantas veces son solo ruido superficial: la experiencia religiosa.

¿Y en qué consiste esa experiencia? En sentirse vinculado a una realidad superior a todo lo demás, en sentirse más explicado por ella que por el mundo visible que nos rodea. Es una experiencia que podemos tener en lo hondo de la conciencia, aunque en la superficie la neguemos. Por más que afirmemos que somos solo un animal más en el mundo y de los peores, nuestro comportamiento y nuestros sentimientos están gritando que algo, como el universo, no puede explicar del todo a alguien, como el hombre; que a alguien como yo solo lo puede explicar Alguien, incluso aunque ese Alguien no exista. Para tener esa experiencia no es necesaria la existencia de Dios, sino la del hombre, que Lo necesita: es esa necesidad profunda la que define al hombre, la que lo distingue de todo lo demás, la única capaz de eliminar la experiencia angustiada del absurdo, del sinsentido, de dar esperanza a la madre del niño que se cayó del árbol; y por eso es una experiencia que nos define tanto. Puede que Dios y amor sean solo señuelos evolutivos, pero ¡desde luego que existen la experiencia religiosa y la amorosa! Aún más: solo ellas llegan a ciertos hondones y fibras de nuestra personalidad. Puede que alguien nunca se enamore y nunca crea en Dios, pero la amorosa y la religiosa siguen siendo experiencias que explican lo que es ser humano.

Valgan estos aforismos como muestra de que, aunque en la superficie no se compartan las creencias, podemos conectar por las experiencias íntimas que todos tenemos de lo que es ser humano.

Dice Dora Rivas en *Raíces del cielo*: “Soy también todo eso que no recuerdo, de manera que no soy solo mi actividad cerebral, sino algo previo y espiritual a ella y, por ello, los olvidos, incluso los

de una persona con Alzheimer, no van a la nada”; y “Somos mucho más profundos que nuestra psicología, porque yo no soy mis neuronas, sino quien las contrata”. Dice José Luis Trullo: “El fuero interno: única morada de la dignidad personal. Allí donde estáis solos tú y Dios”, y aquí la dignidad no consiste en quererse valioso de modo voluntarista, sino en saberlo desde ese santuario íntimo donde habitan el yo y la divinidad (el *daimon* de Sócrates)”. O esta lúcida y sorprendente definición del éxtasis místico que hace Camón Aznar: “Sublime espectáculo: el del cuerpo desmayado en brazos del alma”. Y en este aforismo Enrique García-Máiquez ilumina incluso la labor literaria: “A los escritores realistas Dios nos reclama, antes o después, sus derechos de Autor”. Y eso debe explicar bastantes surrealismos, que, desde este planteamiento tan original, se convierten en subterfugios para esquivar a Dios o en ingenios para llegar antes a Él. Y estos dos de Camón Aznar: “*Sobre el piano*. La mano torpe ha roto un acorde. Y en el firmamento se ha abierto una grieta, donde el arte es un acorde de la música del Gran Citarista”; y “Solo desde el cristianismo es posible la novela. Solo se puede manejar libremente a los hombres después de haber eliminado el destino: con el destino, el protagonista está abocado a un solo carril y, por ende, a la tragedia, pero, sin destino, puede ocurrirle cualquier cosa, como de hecho ocurre en las novelas”. Y Juan Kruz Igerabide: “Puede que el azar sea Dios. Al revés, imposible”, donde el azar es el elegante disfraz de la Providencia. O estos tres de Alonso Pinto: “Quien vive conforme a la Eternidad será llamado *de otra época* en cualquiera que viva”, es decir, vivir con la vista puesta en lo superior al mundo nos libera de las modas y de las ideologías que afligen al mundo, pero también nos convierte en disidentes; “Si no podemos perdonar a nuestros enemigos en esta vida, los perdonaremos en la otra, como perdonamos a nuestro mejor amigo después de haber soñado toda la noche con su traición”, donde las enemistades que arrastramos durante toda una vida quedan reducidas al nivel de una pesadilla pasajera de la que hay que librarse cuanto antes; y “Está muy cerca de la omnipotencia quien ama todo lo que Dios hace”, donde nos ofrece una fórmula sencilla para adquirir un poder sobrehumano en una vida humana: amar la voluntad de Dios, aunque uno no la entienda.

Toda esta iluminación no anula el misterio del universo: al contrario, cuanto más lo ilumina, más insondable y misterioso se muestra, como cuando encendemos una luz en una catedral infinita.

Ese segundo poder es la insustituible aportación que el aforismo de inspiración cristiana puede hacer a un género que, en gran parte, consiste en encender una luz contra la oscuridad del mundo.

### **Tercer poder: disentir**

Y ahora toca tratar un tercer poder, que tiene mucho que ver con el de iluminar: el de disentir y ejercer una crítica renovadora o transgresora. Y lo hace en tres niveles.

En un primer nivel, el cristianismo, incluso en las épocas de más fervor, es portador de una idea que acaba volviéndolo revolucionario y polémico: la idea de que solo Dios merece adoración, solo Dios tiene la última palabra, solo Dios puede otorgar la dignidad al ser humano, solo Dios puede perdonar y condenar... Ávidos de quedarse con Su poder, le han salido siempre muchos competidores: el emperador, la limpieza de sangre, la patria, los horóscopos, la raza, la ciencia, la clase social, la utopía..., por no hablar de lo sagradas que se están volviendo en nuestra época cosas como la salud, la alimentación, la realización sexual, el deporte, la naturaleza, la madre Tierra, el yoga, las energías positivas y negativas o la fama en las redes sociales. Dice Gabriel Insausti: “Lo malo del ateísmo son los sucedáneos de Dios” y ahora “Nos queda de Dios esa comezón que siente el mutilado en el miembro fantasma”. Una vez que se mata a Dios, muchas monas vestidas de seda, muchos becerros de oro, quieren sentarse en su magnífico sitial; pero el puesto les viene demasiado grande, porque no tienen el poder de colmar el corazón. Dice José Mateos, otra vez en su *Tratado del no sé qué*: “Para el hombre no hay escapatoria: si quiere acercarse a Dios, tiene que haber matado antes a muchos dioses”, que son todas esas supuestas instancias de este mundo con las que en vano pretendemos dar sentido a las cosas de este mundo: Estado, Ciencia, Raza, Progreso..., todas con sus presuntuosas mayúsculas. Esos falsos dioses de los que tantas veces colgamos todas nuestras esperanzas han provocado muchos suicidios. Di-

ce Felix Trull: “¿Tienes una sed inconcreta que no se sacia con ningún agua? No te engañes: tienes sed de Dios”.

La idea que llevó a los primeros cristianos a negarse a adorar al emperador de Roma y, el siglo pasado, a la minoría cristiana de Corea a tener idéntica osadía con el emperador de Japón, es la misma que llevó a nuestra santa Teresa de Jesús a enfrentarse a un concepto que, para casi todos, era más importante que Dios: la honra, *la negra honra* la llama ella, entendida como una preocupación obsesiva por mantener a los ojos de los demás el estatus, la hidalguía, la limpieza de sangre etc. Santa Teresa llega a hacer una afirmación totalmente provocativa contra aquella aplastante presión social: “Prefiero la virtud al linaje”; si tuvo la santa libertad de decir eso, fue no solo porque fuera nieta de un judío converso, sino porque era cristiana y pensaba que la verdadera aristocracia era espiritual, no de sangre.

En un segundo nivel, el mensaje cristiano es una caudalosa fuente de crítica y transgresión en el terreno moral, y por dos razones: porque pone el listón moral altísimo (el pecado ya no es hacer el mal, sino incluso desear hacerlo, y el bien ya no es no hacer el mal, sino actuar a favor del prójimo) y porque señala claramente quién es mi enemigo: yo mismo, mi tendencia a los pecados capitales, a la empatía selectiva, al maniqueísmo... Ambas razones dificultan el aburguesamiento, el acomodo moral, la relajación, el creerse libre de pecado como los fariseos, la airosa salida de culpar a otros de los males propios y, en fin, toda esa misantropía hoy tan de moda que no es sino un disfraz para justificar por qué no movemos un dedo para ayudar al prójimo. Lo explican muy bien estos dos aforismos de Camón Aznar: “¡Qué fácil sería el cristianismo si en vez de predicar el amor al prójimo, lo hubiera hecho al hombre en abstracto!”: qué fácil es, en efecto, ser filántropo y practicar la solidaridad con los lejanos y qué difícil, en cambio, amar al prójimo y practicar la fraternidad con él; y este otro: “Síntesis del calvinismo: ama a Dios y te ahorrarás tener que amar a sus criaturas”, donde critica todas esas perversiones religiosas y morales que solo buscan crearnos buena conciencia. Y Enrique García-Máiquez: “Todo el cristianismo consiste en convertir el verbo *sacrificar* de transitivo a reflexivo”, porque, si algo condena el cristianismo, es esa fea tentación humana de descargar nuestra ira, nuestros

egoísmos o nuestras frustraciones sobre víctimas inocentes: el inmigrante, el ateo, el creyente, el no nacido...

En un tercer nivel, el cristianismo es un mensaje cada vez más transgresor contra el pensamiento hoy dominante, porque precisamente este pensamiento se ha ido afianzando desde la Ilustración a fuerza de desplazarlo a él, y a veces contra él. Gran parte de las afirmaciones de la actual opinión pública consisten en lo contrario de lo que siempre ha afirmado la tradición cristiana respecto a todos los asuntos relevantes: sexualidad, maternidad, familia, tradición, muerte, educación de los niños, culpa, interpretación de la historia, trato con los animales, sentido de la vida... El mensaje que hoy cala en la sociedad no es aquel según el cual el hombre es el rey de la creación, imagen de Dios, bendito desde la concepción hasta su muerte natural, una naturaleza noble, pero caída y llamada por tanto no al placer y la felicidad, sino a la justicia, a la santidad, y para quien dar la vida por los demás es la máxima donación; al contrario, hoy el mensaje que se da en los colegios, en las redes, en la publicidad, sobre todo desde Mayo del 68, es: *Ámate a ti mismo, Te lo mereces, Sé fiel a ti mismo, Sé tú mismo, Busca tu autorrealización, No te sientas culpable, Pruébalo todo, Eres bueno por naturaleza, No te resignes, El hombre es el peor animal de la Tierra, Abortar es un derecho fundamental...* Lo que está de moda en los medios y en las redes sociales no es precisamente decir que rezamos el rosario o mortificamos la carne o que el sexo sin amor es degradante... Estas opiniones, o bien están proscritas, o son ridiculizadas, o nos cierran muchas puertas.

Las ideologías dominantes (feminismo, ideología de género, animalismo, ecologismo, indigenismo, nacionalismo, marxismo...) tienen casi todas en común el considerar que el Progreso al que aspiran se logra alejándonos de la tradición, de la religión y de la naturaleza humana; no han conspirado contra el cristianismo, pero sí han llegado a un *consenso no pactado*, como alguien lo ha definido: el de considerar que la antropología cristiana es una respuesta caduca que no conduce al Progreso en ningún ámbito.

Cada época tiene unos dogmas y estos arrojan un tabú sobre los pensamientos de donde les pudiera venir la refutación: eso han hecho las ideologías con el cristianismo; pero, como la historia toma unos rumbos imprevisibles, he aquí que estamos asistiendo a un pro-



ceso en el que, al arrinconar el cristianismo, lo han convertido a la vez en la principal fuente de refutación de los dogmas actuales, en un potentísimo arsenal donde encontrar argumentos, actitudes, ideas con que oponerse a los mantras políticamente correctos y resistir y atacar desde ellas. Cuando un gran libro deja de leerse, cualquier cita que venga de él nos parece muy original y lúcido; y eso es lo que, en mi opinión, está pasando ahora con el cristianismo: es un gran libro que está dejando de leerse y todo el que bebe de él tiene por tanto muchas cosas aparentemente nuevas que decir al mundo.

Igual que hace unos siglos el ateo tenía que ir a contracorriente y eso le daba musculatura intelectual, hoy el cristiano empuñado en seguir siéndolo está mucho más ejercitado que el que sencillamente comparte estas grandes corrientes ideológicas o bien se deja arrastrar por ellas. Y eso explica por qué hoy yo, como lector de aforismos, encuentro tanto vigor y tanto tino y puntería y lucidez en los aforistas que beben de la tradición cristiana. No estoy diciendo que un ateo esté menos capacitado para la crítica, ni mucho menos, porque esa capacidad la tiene cualquier persona inteligente; digo que la cosmovisión cristiana aporta modelos, valores y toda una tradición artística y filosófica que llevan a cabo sobre nuestro mundo una crítica que ninguna otra tradición puede realizar.

Una de las vocaciones del aforismo es sorprender, hallar, redescubrir, y eso se consigue yendo contra lo que damos por hecho, contra las modas, contra lo que está bien visto hacer, decir y pensar, rompiendo tópicos y pensamientos fáciles y prejuicios que nos oscurecen el mundo o nos impiden conectar ideas aparentemente inconexas o desconectar ideas aparentemente conexas. Y para todo ese cometido el pensamiento de raigambre cristiana es hoy un filón, porque es justamente lo contrario del pensamiento dominante, y lo puede hacer desde una posición conservadora, una posición reaccionaria o una posición revolucionaria. Dice Alonso Pinto: “Hay que agradecer a los enemigos del catolicismo que devuelvan a nuestra religión, de tiempo en tiempo, su insolencia original”.

A un hombre que se ha creído todo eso de que somos solo un animal más, condenado a la muerte, le tiene que interpelar por fuerza un aforismo como este de Gómez Dávila: “Ideario del hombre moderno: comprar el mayor número de objetos, hacer el mayor número

de viajes, copular el mayor número de veces”, que es una atinada crítica a la voracidad con que vive el hombre por haber abandonado la idea de vida ultraterrena y la necesidad de dominar las propias pasiones. A un hombre que haya oído tantas veces decir que nunca hay que decir que no a los placeres sexuales, le tiene que interpelar este aforismo tan reaccionario y expresivo de Camón Aznar: “Con el vientre sobre la tierra. Así se arrastra esta sucia civilización sin castidad”. O este otro: “*¡Entrégate a la ley de tus instintos!*”, dice Nietzsche. *¡Pero si mis instintos no son míos!*”, donde desenmascara el ardid del pensamiento fácil de hoy, según el cual hacer lo que nos apetece es lo mismo que hacer lo que queremos. O este otro: “*¿Y esa pata de elefante que me oprime desde mi nacimiento? Es el cuerpo*”: una buena vuelta de tuerca en esta época que ha puesto la apariencia estética del cuerpo en el sitial de Dios.

Y he aquí una remesa de aforismos reaccionarios e inteligentes de Alonso Pinto que ponen el dedo en las llagas de la modernidad: “Solo deberíamos escuchar aquella música que no nos avergonzara en presencia de un ángel”, para quien sienta disgusto ante toda esta moda musical obscena y barata que invade los gustos; “Está bajo el síndrome de Estocolmo quien hace la apología de su libido”; o “La modernidad ha conseguido que el hombre se sienta acomplejado por no ser vicioso”; o “Cuando las familias deben formarse según los preceptos del Estado, y no el Estado según los preceptos de las familias, la tiranía ha llegado a su excelencia”; “Aburrirse es esa invasión a nuestra intimidad en la que el invasor somos nosotros mismos” (este para quien esté harto de tanto *tumismo*); o “Un hedonista no es otra cosa que un masoquista que empieza por el final y acaba por el principio”, donde desenmascara la idea de que el hedonista conquista la felicidad a través de los placeres. Y, como colofón, este aforismo suyo que parece dedicado a los que tienen corazón de niño, los que no aman las cosas feas ni piensan que el hombre sea un ser despreciable ni están contaminados de ideologías que nos ensucian con sus maniqueísmos: “Como el cuello del cisne, la ingenuidad es un defecto majestuoso”.

Por eso, para todo aquel que quiera quitarse el bozal de la boca, las anteojeras de los ojos y el piloto automático del pensamiento, los aforismos que viven de la tradición cristiana pueden resultar liberadores, renovadores, inspiradores y transgresores.